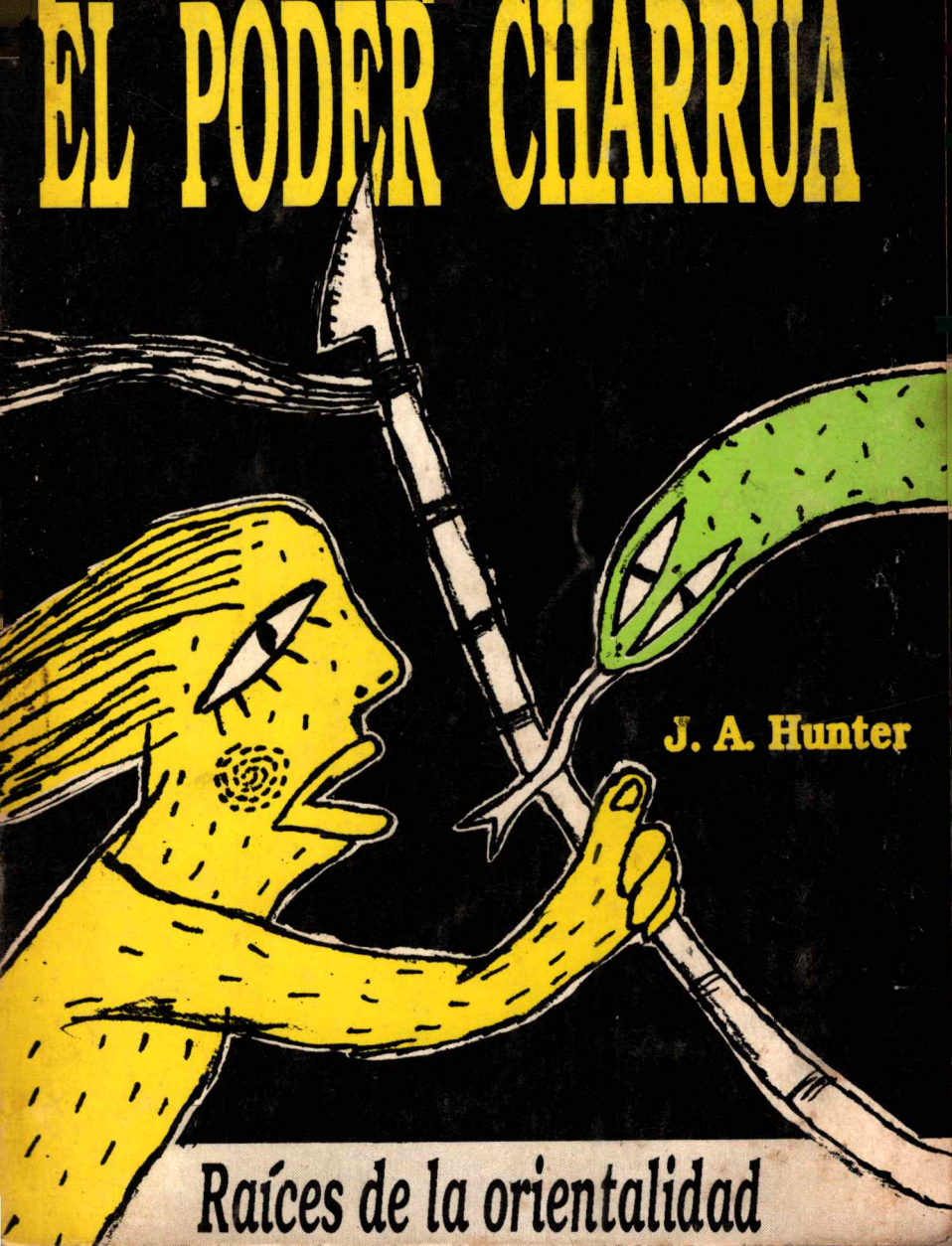
EL PODER CHARRUA



J. A. Hunter

Raíces de la orientalidad

© Túpac Amaru Editorial
Zabala 1322 of. 204
Queda hecho el depósito
que ordena la Ley
Impreso en Uruguay - 1989

J. A. Hunter

EL PODER CHARRUA

Raíces de la orientalidad

Enfoques/ 1

PRIMER TEMA

EL COLECTIVISMO PRIMITIVO

Introducción al primer tema

Frecuentemente vemos en nuestro país, especialmente en el interior, hombres con estas características: piel oscura, semilampiños, pelo lacio y grueso, ojos chicos y negros, pómulos salientes. Son los últimos vestigios de la nativa raza charrúa, definitivamente destruida en 1831 como sociedad organizada. En pocas generaciones de cruzamiento con blancos y negros se diluyó su origen primigenio.

El charrúa conformaba en esta Banda Oriental la corriente humana que siglo tras siglo, milenio tras milenio, de una u otra forma, por una u otra causa, se procesa de sur a norte, preferentemente por la costa atlántica.

A pesar de su inexistencia física, nos guste o no nos guste, el charrúa está en nuestra historia. Por alguna causa el pueblo uruguayo habla de la "garra" charrúa, de la valentía charrúa, de la "altanería" charrúa, del amor a la tierra y libertad charrúas. Por alguna causa, en los momentos difíciles y que demandan esfuerzo extremo, se trate de un partido de fútbol o de una encrucijada política, el uruguayo recuerda al charrúa. Por alguna

causa en la alegría o en el infortunio el charrúa llama a la conciencia del pueblo oriental.

Es innegable que un poder que se enseñorea por tres siglos en un espacio dado, determina la vida económica, social, moral y sicológica de la sociedad en cuestión. Máxime en el caso del charrúa que fue el elemento etnológico predominante hasta iniciarse las sucesivas oleadas inmigratorias destinadas a consolidar la ideología y la política de los herederos del invasor europeo. La mujer indígena, por ausencia absoluta de mujer europea en nuestro territorio, engendró y educó al núcleo fundamental de la cambiante sociedad uruguaya.

El llamado "complejo charrúa" guerreó y sufrió tres siglos, muriendo lenta e inexorablemente, pero marcando con su flecha heroica la conjunción de dos modos de producción diametralmente opuestos. Son dos eras antagónicas indisolublemente unidas en la historia del progreso del hombre: el modo de producción colectivista primitivo perfeccionándose y humanizándose a lo largo de cientos de miles de años, y el modo de producción de la propiedad privada con menos de diez mil años de existencia, en ascendente proceso de individualismo y egoísmo.

El comienzo de la extinción del charrúa, en la cúspide evolutiva del colectivismo primitivo, coincide con la época del máximo desarrollo espiritual a que podía llegar el sistema de la propiedad privada sobre los medios de producción. La sociedad oriental en los alrededores del 1800, venía generándose con básico aporte charrúa y se nutría, complementariamente, con las mejores ideas y conceptos del régimen capitalista en pleno ascenso. El humanismo y la moral charrúas y la ideología burguesa, en su expresión más alta, se sintetizan en nuestro territorio promoviendo extemporáneas e inquietantes personalidades para el nuevo imperio mundial emergente.

Fin y principio de sí mismo es el charrúa. Se niega como raza en su persistente y larga lucha por su libertad -esa libertad específica de su quehacer social- y se recrea como especie en el mismo espacio y en nuevos tiempos a través de los valores humanos en eterno desarrollo.

Del medio social creado con la sangre charrúa y su modo colectivista de producción, en oposición constante con otra raza y otro sistema de trabajar -indudablemente muy superior-, intentaremos extraer un conocimiento real, no ideal, de algunos aspectos esenciales de nuestra historia,

conscientes de que esta, como los ríos, nunca va en sentido inverso a su ley específica.

Cuál es el origen preciso de éste pueblo, guerrero por necesidad y por imposición del invasor, poco importa a nuestros propósitos. Importa sí señalar, que era uno de los menos desarrollados del mundo recién descubierto por el europeo.

Tal vez por la abundancia de comida en nuestra tierra, ayer y hoy excelente productora de proteínas, los charrúas y los pueblos de su misma etnia como los minuanos, guenoas, yaros, bohanes, etc., no practicaban la agricultura. A pesar de que en 1516 la siembra del maíz ya había descendido al extremo sur de la mesopotamia argentina, los charrúas eran todavía cazadores, pescadores y recolectores. Más tarde, y hasta su exterminio por Fructuoso Rivera, la introducción del vacuno y del caballo -caza mayor para un pueblo cazador- consolidó su formación económico-social.

El modo de producción charrúa caducó en las nuevas condiciones impuestas por el europeo, y determinó su extinción. Sin embargo, pese a su desaparición física y superada ampliamente su forma de producir, el charrúa es recordado y de alguna manera aún titila en la conciencia popular. ¿Por qué?

UBICACION DEL COMPLEJO CHARRUA

A la llegada de los españoles el charrúa vivía -como todos los pueblos de América- en una época histórica muy diferente a la europea de 1516. Allá se concentraba lo más avanzado del género humano. La civilización esclavista greco-romana con nuevo ropaje resurgía con pujanza de la llamada edad media a impulsos de un nuevo modo de producción: el capitalista. América estaba para entonces a miles de años de distancia. Aislada de Europa por un inmenso océano, apenas tenía esporádicos

contactos con pueblos atrasadísimos del este asiático. América era una prolongación social y cultural de la parte más aislada y subdesarrollada del inmenso continente asiático.

En realidad, en el decurso de los milenios, la presión asiática a través del canal de Bering o por desaparecidas cadenas de islas al sur del Pacífico y, posteriormente, por corrientes oceánicas portadoras de superiores niveles de desarrollo, se nutrió este continente con pálidos reflejos de los avances culturales que se daban cada vez más acentuados hacia occidente. Fenómenos geológicos cortaron en remotas épocas el fácil acceso asiático a estas tierras por el Pacífico Sur, pero siempre se encontraron formas para reanudar las corrientes humanas iniciadas hace decenas de milenios.

América estuvo unida al Asia unilateralmente de oeste a este. Nunca fue a la inversa. No hay indicios de emigraciones americanas hacia el Asia. El atraso americano se debió a la imposibilidad de acercarse a los polos culturales existentes en el planeta. De Asia a Europa y a la inversa, hubo permanentemente interinfluencias,no excluyendo del enriquecimiento de este tráfico el aporte africano, conformando en el Cercano Oriente el primer conglomerado humano que dejó atrás el antiquísimo colectivismo primitivo e inició la marcha ascendente de la propiedad privada. América solo tuvo, hasta 1492, un débil cordón umbilical con la porción asiática también semiaislada.

En América se procesaba un desarrollo similar al que aquellos pueblos muy adelantados ya habían superado hacía alrededor de ocho mil años. Aquí existían poderosos Estados, como el incaico y el azteca,entre otros, aun cuando en diferentes niveles de desarrollo. No existían Estados con larga experiencia de lucha contra otros. Casi toda América era todavía un continente de caminantes de origen asiático con avanzado grado de estabilización territorial. La base material de estos Estados era la agricultura, en general comunitaria. Algunos avanzando con firmeza hacia el régimen de la propiedad privada -como el incaico-, fácilmente confundido por algunos autores con un régimen "socialista" debido a la etapa necesaria del tránsito de la comunidad colectivista primitiva a la consolidación del estado esclavista. No debemos olvidar que, así como actualmente el socialismo científico arrastra consigo formas capitalistas de producción que se extinguirán, a la inversa, la entrada al sistema indivi-

dualista no puede dejar de conllevar poderoso lastre colectivista. El Estado azteca estaba en un nivel inferior de desarrollo, pues apenas eran unas pocas pero poderosas tribus confederadas para la explotación y rapiña de otras comunidades vecinas. Sin embargo, es preciso no dejar de ver el humanismo en proceso de rezagamiento y, todavía, un cierto poder popular en la organización social azteca, valores que se irán apagando para dar paso al movimiento hacia el individualismo, a partir de las capas dirigentes. El pueblo chibcha esbozaba el segundo Estado en América del Sur.

Es oportuno señalar que el tránsito del colectivismo primitivo al sistema opuesto no se da de manera violenta, revolucionaria, por la sencilla razón de que aún no existe una clase social que se oponga a la evolución. La contradicción principal todavía no emana de la sociedad, sino de la naturaleza. En el comunismo primitivo el cazador se esfuerza por servir a su pueblo y es en esa etapa cuando surgen los jefes estables y a veces los héroes, siempre con absoluta ausencia de egoísmos.

Existían también en nuestra América varias comunidades agrícolas, conformando el clásico espectro del alto neolítico, donde ya se perfilaban conglomerados humanos en vías de unificación según la comunidad de la tierra y raíz lingüística, tales como las de *lingua-geral* tupí-guaraní.

También poblaban nuestro continente numerosísimas agrupaciones en pleno colectivismo, sin agricultura, sin haber traspuesto la última fase histórica del paleolítico superior, cuya base de sustento era la caza, la pesca y la recolección de frutas y raíces. Entre estas estaban los grupos charrúas de nuestro actual territorio.

Esta formación económico-social colectivista es la primera en la historia del hombre, aunque pasa por diferentes fases y formas de organización social. Es sabido que entre la manada y la horda existen diferencias cuantitativas y cualitativas. Aquella no tiene límites territoriales y se mueve permanentemente en la búsqueda de alimentos. La horda, ya con algunos rudimentarios y muy toscos instrumentos de trabajo, evoluciona perfeccionando el primitivo palo y la piedra con su borde ya trabajado, heredados de estadios anteriores, pero sus límites territoriales son menores a causa de mejores herramientas para la consecución de alimentos. A medida que se perfeccionan los instrumentos que inciden más eficazmente sobre la naturaleza circundante, el hombre

reduce en extensión su nomadismo y cambia su estructura social, pero siempre sobre la misma base: la distribución cada vez más humanista de lo recolectado.

En un proceso que abarca cientos de miles de años, y que se interrelaciona en dilatadísimos períodos por toda la redondez de la tierra, los progresos del hombre se universalizan.Así, la utilización del fuego, del palo que se transforma en lanza y de la piedra con sus múltiples usos, más tarde o más temprano todas las sociedades adquieren los mismos conocimientos y los adaptan según el medio concreto de cada grupo humano.

La interdependencia del hombre a través del trabajo, con sus manos y su mente, no es solo de nuestra época. Ahora se llama "carácter social de la producción"; en aquellas remotas edades el contenido era casi el mismo: necesidad de trabajar, conocer y crear para sobrevivir. Esta ley específica de la sociedad humana surge en los largos días en que el hombre se va separando del reino animal. El fuego y el arco y la flecha indican dos jalones del progreso. Pero para llegar a la universal conquista del fuego como a la universal conquista del arco y la flecha, fue necesario también el pleno aporte del género humano en un proceso universalizado de extensión cultural.

El arco y la flecha usados por nuestro charrúa no indica quietistamente su grado cultural. Señala específicamente su asimilación y evolución, material y humanista, del larguísimo proceso del modo de producción del colectivismo primitivo.

Antes de entrar a ver más de cerca lo poco que conocemos de la vida del charrúa, es oportuno anotar que la historia oficial de nuestro medio engloba al hombre hasta el bajo neolítico en el despectivo concepto de salvaje, con aparente ignorancia -o interesado e hipócrita desconocimiento cuando se trata de las rezagadas sociedades americanas- de que al finalizar esa época histórica todos los seres humanos ya estaban dotados, física y mentalmente, de los atributos biológicos del hombre moderno, incluyendo las potenciales especificidades en la evolución del cerebro.

La conquista y explotación de los pueblos nativos de América -a veces hasta el extremo de su exterminio- por cuenta de invasores blancos, está llegando a su fin. A costa de inmensos sacrificios los pueblos americanos asimilaron mucho del europeo y ya comenzó la época del resurgimiento de las viejas raíces de origen nativo. Si la cultura del arco y la flecha y,

posteriormente, la agricultura tardaron más de 40 mil años en extenderse por América, la ciencia y la técnica modernas se asimilan en apenas cinco siglos. Este proceso de resurgimiento de multimilenarias raíces y valores se acelera en nuestros días y se hace necesario un mejor y consciente conocimiento de nuestro pasado para ver con más claridad las posiblidades del futuro.

En los pocos días de nuestra historia el pueblo oriental transitó por los cuatro modos de producción conocidos: el comunismo primitivo y las tres modalidades de la producción individualista. El trabajo esclavo de los negros y el espíritu señorial del español y portugués, interactuantes, fueron superados rápidamente por el sistema capitalista que avanzaba avasalladoramente.

Este proceso contradictorio que en Asia y Europa necesitó milenios para procesarse, nuestro país lo vivió en apenas tres siglos. Actualmente en el mundo avanza incontenible un nuevo modo de producción: el socialismo científico, negando con fuerza de ley toda la necesaria era individualista, para el surgimiento del hombre plenamente humanizado.

Nuestro charrúa se ubica en la historia uruguaya como dando un salto cualitativo por la ley de la negación de la negación. La ideología y el espíritu de la clase obrera uruguaya muy pronto dará remate al individualismo capitalista. Aflorarán, ahora conscientemente, los valores del viejo y espontáneo colectivismo primitivo charrúa.

LA SOCIEDAD CHARRUA

La alimentación

En estas tierras hoy uruguayas y riograndenses, familias charrúas compuestas de 30, 50 ó 100 personas cazaban preferentemente venado,

carpincho, ñandú, mulita, perdiz y pava de monte. En el Plata y el Atlántico pescaban abundantes peces y moluscos. Completaban su excelente dieta recogiendo butiá, pitanga, arazá, mburucuyá, cogollo de ceibo. No eran caníbales.

La producción diaria de alimentos se distribuía entre todos los integrantes de la gens o familia, incluidos los extranjeros y enemigos capturados. Posiblemente el orden de esta distribución en tiempos de hambre fuera el que se ha comprobado en otras tribus de esa época histórica: primero los niños, luego las mujeres y por último los cazadores. Nadie pasaba hambre o todos estaban racionados en períodos de escasez, no escapando a esta norma el transitorio jefe para la guerra, el más experto en la caza, ni la vieja curandera, predecesora del sacerdote y del médico.

Víctor Sanz, en *"La propiedad en el charrúa"*, analiza todos los aspectos de la propiedad en la sociedad charrúa y dice: *"Podemos llegar, pues, a la conclusión de que la propiedad de los productos de la caza y de la pesca era colectiva y se repartía libremente entre todos los miembros de la colectividad"*. Los charrúas, sostiene, *"dieron muestras repetidas de su generosidad a los españoles y a cuantos los visitaban, ellos y sus aparentados, en lo que a los alimentos se refiere. Carácter este, dicho sea de paso, no sólo corriente entre todos los indios, como señalan los conquistadores, sino habitual también en todos los pueblos nómades y cazadores primitivos"*. Recuerda, asimismo, que *"entre los dakotas, que poseen un concepto bien preciso de propiedad, no se permite el empleo del pronombre posesivo en combinación con la comida (...). Los melanesios de Sesu no venden jamás el plátano, el coco, ni el taro, sino que lo ofrecen generosamente a los extranjeros. En general, es desagradable para los pueblos primitivos vender los alimentos, prefiriéndose distribuirlos generosa y gratuitamente. Nadie padece hambre entre ellos mientras en la colectividad haya con qué alimentarse. Ni siquiera el holgazán, quien tan sólo pierde la consideración social, siendo objeto de burlas por parte de los demás y abandonado, a veces, por su mujer"*.

Los mexicanos, donde la propiedad privada estaba en avanzado grado de desarrollo, todavía conservaban la costumbre de compartir la comida, pues durante la noche se la entregaban a los soldados de Cortés cuando cesaba el combate.

Para la sociedad charrúa, como para todos los pueblos al borde del

neolítico, la alimentación era un derecho sancionado por el hábito de compartir la comida durante muchísimos milenios; es decir, nacía del ser social como un imperativo moral. Aquí y en América son muchos los ejemplos que lo prueban. Sin embargo por este solo hecho, sería un error medir la vida del charrúa, en términos de bienestar material, comparándolo con los actuales grupos humanos todavía muy atrasados.

En algunos aspectos -como vestido, vivienda, higiene- muy poco se diferenciaba el charrúa del más primitivo *homo-sapiens*.

El mundo del charrúa no era un paraíso idílico porque su nivel de desarrollo era bajísimo, pero la multimilenaria concreción colectivista había sedimentado un relacionamiento humano que se procura reactivar hasta el día de hoy.

El hecho de ser cazadores, pescadores y recolectores, pone límites a su producción. Dependen para subsistir exclusivamente de lo que se puede cazar, pescar y recoger diariamente. En consecuencia se vive al día. No hay sobrantes. No hay acumulación y menos la forma de conservar ningún alimento. La ausencia de riqueza no da lugar a la codicia, a la apropiación indebida, a los privilegios. No hay posibilidad de que surja quien acapare lo que no existe. Por el contrario, el hombre busca estrechar el relacionamiento interno de la gens para garantizar su propia supervivencia.

Por otra parte, la circunstancia de no ser aún agricultores y sedentarios sino cazadores y nómades, los ubica en aquel estadio histórico donde todos y cada uno de los integrantes de la gens están ligados a la producción -como en nuestra época la clase obrera- directamente a través del trabajo con sus manos. El trabajo individual o colectivo -como fabricar útiles de caza o los toscos cacharros de la cocina, cazar, pescar o la instalación de un nuevo campamento, etc.- tiene siempre un carácter práctico y colectivo, lo cual refuerza el espíritu unitario. El trabajo con la madera, la piedra y el barro, desarrollado miles y miles de años como praxis vital de la horda, propició y exigió un constante perfeccionamiento social. El charrúa, como primer obrero oriental, enraiza su colectivismo en ese larguísimo proceso prehistórico.

Pueblo pacífico

Los implementos para la caza eran, principalmente, las boleadoras, la lanza y el arco y la flecha. Siendo la primerísima tarea del charrúa la consecución del sustento diario, sus armas eran fundamentalmente herramienta de trabajo. Es decir, que antes que objetos para agredir a otros hombres, servían para la conservación de la vida. Las boleadoras, la lanza y el arco y la flecha fueron concebidos y desarrollados para la paz, no para la guerra. Semidesnudos, deambulaban en la búsqueda de comida dentro de un espacio delimitado con otras familias de su misma etnia.

Para la caza se hacían convenios sobre derecho territorial, los cuales descansaban por sobre todo en la confianza de que no se desconocería un pacto verbal. En consecuencia, se consideraba un delito grave no cumplir lo pactado, lo prometido. Por supuesto, la armonía y la paz entre las parcialidades charrúas, lo pactado y lo prometido, dependía de que hubiera o no suficiente caza para la alimentación de todos en el espacio dado.

De vez en cuando, forzados por escasez de comida o por simple crecimiento de la población, en una gens se producían reajustes territoriales, surgiendo entonces nuevos grupos de familias independientes o enfrentamientos bélicos. De aquí nacían nuevos convenios y alianzas para la seguridad de los grupos.

Los charrúas no eran hombres feroces como decían cronistas españoles, tal vez para justificar su impotencia frente a este pueblo. Sus guerras eran, más que por cualquier otra causa, por la defensa de su territorio frente a pueblos extranjeros invasores. También la necesidad de ir tras la caza y atrapar los animales, seguramente provocaría encuentros armados en épocas de crisis. El uso de la "tierra de nadie", que hacía de frontera entre una y otra parcialidad charrúa -por lógica donde se ocultaría la perseguida caza-, igualmente debió ser motivo de discordia.

Sin embargo, sus encuentros no eran sangrientos ni encarnizados, ni podían serlo si nos atenemos a la época histórica vivida por ellos -época de ausencia de codicia y rapiña-, al grado de parentesco habido entre las familias nómadas y a los relatos de viajeros europeos contemporáneos.

Los vencidos quedaban en libertad o eran asimilados por la gens vencedora, como derivativo del sistema en el cual la libertad es inherente al régimen económico y social.

En una sociedad donde las rencillas personales se resuelven a golpes, sin armas -según Azara- y es suficiente que uno de los contendientes dé la espalda, sin huir, para que el asunto quede concluido sin menoscabo del vencido, es evidente la ausencia de rencor, odio o ferocidad. En esa sociedad faltaban los elementos sustanciosos que generan estos sentimientos negativos: el individualismo malsano, el egoísmo o el ansia de posesión anejo a la propiedad privada, incluyendo la mujer como objeto de uso.

Hay múltiples pruebas de que en la guerra el procedimiento era similar: bastaba que uno de los beligerantes huyera para que la guerra terminara. No se perseguía y destruía al adversario.

La persistencia de la paz y la libertad para conseguir el sustento diario sedimentaba en la conciencia social e intergens el valor de la "palabra dada", acerca de la cual el charrúa era muy exigente. Por tanto, la mentira, la falsedad, el engaño para sacar ventaja personal o colectiva quedaban ausentes de sus hábitos por la simple razón de que no existían esos antecedentes en el relacionamiento social; lo cual no debe confundirse con una supuesta "mentalidad infantil", como algunos han pretendido, dada la facilidad con que eran engañados.

Raíces de la moral popular

La supuesta "ferocidad charrúa" está en contradicción con sus hábitos en la guerra y en el seno de su sociedad. El trato amable y el compañerismo exigían no llamar o hablar a gritos, sino suave y siempre con voz normal. Por esto un charrúa nunca llamaba de lejos, a gritos, sino que apuraba el paso, se aproximaba y comunicaba en voz baja. Por el contrario, las actitudes o gestos destemplados, altisonantes, eran para la agresión o la guerra; de aquí el griterío en el combate, indicativo de enojo y procurando intimidar al adversario. Era la forma de expresar el máximo

desagradó. Tal vez en estas costumbres esté la incomprensible causa de la muerte de Solís, fuera o no emboscado por los charrúas, pues estos hábitos formaban parte de la cultura de casi todos los pueblos de esta época histórica. La inexistencia de contradicciones antagónicas en la sociedad charrúa se reflejaba en la estabilidad síquica, la paz y el bienestar íntimo en el diario relacionamiento.

También la cortesía obligaba al nativo a regalar cualquier objeto personal cuando se lo elogiaban, elogio que, por rudimentaria ética, jamás haría un charrúa. Esta costumbre, tal vez oriunda de los antiguos fueguinos, era usual entre los antiguos gauchos. "Está a la orden", se dice actualmente como forma rezagada. Es interesante observar cómo se expresaba la base material del colectivismo en el comportamiento individual del charrúa y su legado al pueblo oriental.

El respeto al difunto y a sus pertenencias de más valor junto al túmulo indica un mundo espiritual opuesto al del saqueo en las tumbas faraónicas (y las precauciones para evitarlo) a partir de la "civilización", o la orgía de oro que se dieron los españoles con los objetos sagrados en el Cuzco.

Estos detalles revelan que, según las costumbres charrúas, las recomendaciones de los viejos cuando reunían a los jóvenes no eran meras palabras que caían en el vacío. Es de hacer notar la ausencia de coerción. o correctivos de cualquier naturaleza violenta para los actos de los miembros de la familia. *"No tienen ni leyes, ni costumbres obligatorias, ni recompensas, ni castigos, ni jefes para mandarlos. Todos son iguales, ninguno está al servicio del otro*(...)", comenta el observador Azara. Pero otros autores señalan que los viejos decían a los jóvenes que *"no hicieran agravio ni mal a nadie ni fuesen holgazanes y vivieran de su trabajo"*.

El charrúa no tenía un cuerpo de leyes para organizar la sociedad. En lugar de "leyes" el charrúa tenía un conjunto de normas morales de cumplimiento espontáneo. La obligación del cumplimiento de estas normas no venía impuesta de manera coercitiva como nuestras leyes actuales, sino que esas normas de comportamiento individual eran aprehendidas en el proceso del relacionamiento social. La desnudez de mujeres y hombres no era inmoral, pues aún no se había impuesto la comercialización del sexo ni surgido la lascivia. No existía una ley reglamentada que prohibiera que un charrúa se apropiara de las armas, la comida o el caballo junto al túmulo del difunto, pero los hábitos, las

costumbres desarrolladas durante milenios, sedimentaron en la conciencia social charrúa un cuerpo de normas morales que guiaban el comportamiento individual del charrúa. Actualmente, en pleno régimen capitalista -régimen que es la quintaesencia del robo- existen muchísimas personas, especialmente en los sectores populares, que no roban, no por miedo a las leyes vigentes ni a la policía, ni al castigo, simplemente no roban porque sienten en su conciencia el peso del juicio social; es espontáneo el rechazo de estirar la mano sobre lo ajeno aun ante la seguridad de la impunidad.

En el régimen del colectivismo primitivo charrúa, la moral no solo sustituía las leyes para el ordenamiento interno del grupo familiar o gens, sino que garantizaba los convenios con otras familias dentro del territorio oriental. Estos principios morales del "hereje" se refugiarán luego en los sectores populares oprimidos en un reposo expectante a la espera de condiciones materiales favorables para su posterior desarrollo.

De los pocos datos que nos llegaron sobre los charrúas -debido a la ignorancia y egoísmo del conquistador victorioso- siempre surge una contradicción con la supuesta *"condición amorfa del individuo al que están cerradas todas las posibilidades"*, como se enseña actualmente. Por el contrario, después del largo camino andado condensando en sí la cultura paleolítica y haber arribado al borde de la agricultura cargando una profunda experiencia humanística, estaban prontos para dar un salto en la historia, como en efecto esa posibilidad se dio, especialmente en el período artiguista.

Estos hombres, impregnados de un fuerte espíritu de grupo, al extremo de negarse la individualidad no pronunciando el nombre propio -fieles al gentilicio, aunque pudieran argüirse connotaciones mágicas-, son los que más han luchado en defensa de su tierra, su régimen social y sus sencillas pero nobles costumbres. *"La grandeza del régimen de la gens, pero también sus limitaciones, es que en ella no tienen cabida la dominación ni la servidumbre"*, dice Engels.

El arco y la flecha y el ganado

Nuestro charrúa, producto de aquella cultura espiritual multimilenaria de la prehistoria, nos da una visión del largo recorrido humano para alcanzar el más alto nivel humanista dentro del modo de producción colectivista primitivo, esto es, la caza, la pesca y la recolección de frutos. Es a lo largo de cientos de miles de años, de lucha y progreso, que el hombre arriba a la plenitud de una forma de trabajo y organización social representada por el arco y la flecha.

El arco y la flecha es la principal herramienta de la familia charrúa para conseguir el sustento diario. Es también el arma para defender la libertad de conseguir su alimentación. En él predomina el espíritu del trabajo sobre el espíritu de la guerra.

"Es con el arco y la flecha que el cazador asume su verdadera estatura histórica", dice Daniel Vidart. Es también con el arco y la flecha que el hombre da el primer salto cualitativo en la conquista del espacio. Marca un hito en la historia como todas las grandes conquistas: el fuego, la agricultura, la energía atómica. El xavante del Mato Grosso -según Fabre- hasta la década del '50 de este siglo, era un pueblo fundamentalmente cazador y recolector que iniciaba una muy rudimentaria agricultura en el deambular de su espacio. Este pueblo, de raíz étnica pámpida como el charrúa, despreciaba las armas de fuego por poco prácticas para su caza y para el medio en que vivía, expresado en razonamientos simples y certeros: *"Con tu arco* (carabina) -decía un xavante- *pasarías hambre cuando se te acabaran las flechas* (balas). *Cuando necesitamos flechas las tenemos al alcance de la mano. No deseamos tu arco que no tiene flechas y que trae un gran ruido que avisa a toda la caza"*. Un razonamiento objetivo y concreto.

El predominio del arco y la flecha como primera herramienta del quehacer diario, representa la curva culminante del ascenso humano en milenios tras milenios de trabajo y organización social colectivista. Actualmente, la energía atómica -átomos con predominio del espíritu de la paz, el trabajo, y la contención de las fuerzas agresivas del modo de producción que fenece- conlleva en la espira del desarrollo el humanismo

que se contrae al declinar el reinado del arco y la flecha.

En el apogeo del arco y la flecha, esto es, en el máximo de perfección social a que podía llegar el modo de producción colectivista primitivo, "descubre" el español estas tierras. ¡Es con el arco y la flecha del charrúa que choca aquí el europeo! Es con todo un proceso de necesaria solidaridad humana frente a fuerzas naturales aún incomprendidas, y un rudimentario pero concreto amor al próximo y al prójimo, que se enfrentará el europeo.

Tres siglos después del primer encuentro armado entre invasor e invadido, Félix de Azara escribe así de los que *"nos hacen"* tan cruel guerra: *"Cuando se piensa que los charrúas han dado más que trabajar a los españoles y les han hecho derramar más sangre que los ejércitos de los Incas y de Moctezuma, se creerá que estos salvajes forman una nación muy poderosa. Debe saberse, sin embargo, que los que existen actualmente y nos hacen tan cruel guerra, no forman hoy, seguramente, más que un cuerpo de cuatrocientos guerreros. Para someterlos se han enviado con frecuencia contra ellos más de mil veteranos, ya en masa, ya en diferentes cuerpos, para envolverlos, y se les han dado golpes terribles; pero en fin, el caso es que ellos subsisten y nos han matado mucha gente"*.

En este momento y en estas costas atlánticas eran los últimos representantes de la cultura del arco y la flecha.

Es conveniente insistir, para no olvidarlo, que a la cultura del arco y la flecha no se llegó por el chispazo genial de un cazador providencial o de un grupo de hombres iluminados, sino que fue el resultado del trabajo y desarrollo de toda la humanidad a través de cientos de milenios.

Los charrúas, forzados a pelear en defensa de su suelo y su libertad desde la llegada del invasor español, dieron su sangre y su cultura espiritual a la tierra oriental y al nuevo hombre oriental. A este pueblo le debe el uruguayo de hoy la herencia de un rico patrimonio: el compañerismo, la lealtad, el desinterés personal, la generosidad, el amor a la verdad y a la incuestionable libertad. Al charrúa le tocó una lucha desigual, pero digna y llena de contenido humanístico.

Cierto es, sin embargo, que vino en su ayuda un fenómeno nuevo a su habitat, tremendamente impactante y absolutamente asimilable por el viejo modo de producción charrúa: el ganado, fácil caza mayor.

El charrúa oriental, aunque tal vez no hubiera tardado en introducir la

siembra consciente desde la mesopotamia argentina o del norteño complejo tupí-guaraní, se afirmó como cazador con la introducción y expansión del ganado.

Con la superabundancia de la nueva caza, con las ventajas del dominio del caballo, el charrúa enriqueció su natural base material y de hecho reaseguró su organización social. Por consecuencia, para satisfacer su necesidad fundamental y desarrollarse sobre la base de su antiquísimo colectivismo, le era imprescindible su libertad de siempre. Una libertad específica, indisolublemente unida a su actividad cazadora, por la cual luchó y murió.

La conciencia social

En el complejo socio-económico charrúa, el individuo se centra en su grupo, que es su yo, su familia, su mundo espiritual. La primera persona no responde a sí misma, sino al todo a que pertenece y del cual depende para sobrevivir. El gentilicio impregna la individualidad. Allí aún está ausente la complejidad social que engendra la lucha de clases.

La conciencia social charrúa trasluce una objetivización espontánea. Puede verse en el diálogo de un cura y un charrúa, citado por Rodolfo Maruca Sosa en *"La Nación Charrúa": "El padre Cattaneo intentó hablarles de religión a los charrúas, éstos les respondieron fríamente, que ellos tenían padres y que no podrían abandonarles... Y como uno de los padres insistiera vivamente por convertir a un charrúa, diciéndole que si no, se iría al infierno, éste le contestó: 'Mucho mejor, así no tendré frío cuando me muera'* ". El cura entendió que las respuestas del charrúa eran cínicas. Los yaros, después de haber aceptado constituir una reducción, la abandonaron y explicaban la razón: *"'No nos gusta tener un dios que sabe y ve todo lo que hacemos en secreto'."*

Naturalmente, los frailes entendieron que *"tienen pocas luces para conocer lo feliz de la vida civil, y mucha malicia para no dejarse sujetar al yugo de la reducción"*.

En los milenios tras milenios de comunismo primitivo se va consolidando no solo un ascendente humanismo, sino una primaria cosmovisión materialista que da pie más adelante, cuando se desarrolla el pensamiento discursivo-analítico, para que todos los filósofos, en todas las sociedades, partan de un ingenuo materialismo.

La conciencia social charrúa es simple, no complicada a causa de ausencia de contradicciones antagónicas en su núcleo social, la familia. El hombre primitivo es materialista espontáneo –no como fruto del actual pensamiento histórico-científico–, pues, aunque ya había surgido la idea de una vida de ultratumba, el charrúa la considera real, material. Por esto pone comida junto al túmulo y las armas de caza del difunto. Por esto amenaza con sus armas al cielo –donde supone que se esconde una persona poderosa– si no cumple con lo que él desea, como en el viejo mundo xavantino.

Su primario conocimiento es objetivo, no ideal. Sin embargo, lo ideal está presente en la cabeza del charrúa porque él imagina que el muerto comerá y cazará; él imagina que arriba, en el cielo, hay un ser como él, concreto, que le manda tanto lo bueno como lo malo, lo cual engendra el temor, el desafío rebelde o el agradecimiento. Poco a poco se va haciendo posible la representatividad del hombre de arriba por uno de abajo, visible, en el proceso del desarrollo de las fuerzas productivas, con la complejidad de su organización y cuando los más hábiles cazadores y héroes van acumulando privilegios. Son las fuerzas de la naturaleza, de la sociedad y su poder que él todavía no conoce, pero que lo induce más a amarlas que a temerlas. En la cabeza del charrúa todavía está ausente el reflejo de las contradicciones sociales.

Pero el idealismo, aun sin base social, se irá consolidando en el curso de la negación del viejo colectivismo primitivo y será imprescindible a todas las futuras clases dominantes como base de las ideologías, con fachadas deístas o no, de sometimiento popular.

El trabajo para la colectividad desarrollaba espontáneamente la conciencia social charrúa en sentido inverso al trabajo para sí, individualista, propio del conquistador. La sociedad charrúa heredó normas de conducta que surgían espontáneamente de ese multimilenario modo de producción. Entonces, es apenas lógico que nuestro aborigen condensara en sí espesa conciencia colectivista y opusiera tan desesperada resistencia

al invasor, portador de incomprensible individualismo.

El charrúa no aceptaba amos ni podía someterse a nadie, dada la formación de su conciencia colectivista y libertaria, enemiga del servilismo impuesto en toda sociedad con antagonismos internos. De allí que, en América, el conquistador siempre encontró muy fuerte resistencia cuando chocó con pueblos cazadores y nómadas, no agricultores, no sedentarios.

Con los mexicanos o los pueblos del incanato, los chibchas o los guaraníes, la conquista fue rápida, expeditiva. Fue suficiente asesinar a los máximos dirigentes -los Atahualpas y los Moctezumas- y someter a las castas privilegiadas. Los pueblos agricultores rápidamente percibieron las ventajas del arado de hierro, la tracción animal, las nuevas semillas y técnicas superiores. En este aspecto, la conquista significó un considerable avance para los pueblos americanos, pues los tupambaes, tierras de su dios o de su comunidad, que en la práctica eran lo mismo, los ayllus, tierras de la comunidad proveniente de los antepasados, florecieron rápidamente. No así la parcela individual, pese a los esfuerzos de los curas, debido a la conciencia colectivista sobre la propiedad de la tierra y a la necesidad ancestral de trabajarla en comunidad. Por otra parte, la existencia en muchos lugares de América de las contradicciones propias de un régimen de ascendente individualismo y opresión, facilitó la tarea de sojuzgamiento del español, ducho en esas truculencias, como las alianzas de Cortés con pueblos sometidos al mexicano.

La estructura social del charrúa era sólidamente igualitaria. No existían aún -entre los charrúas- los que pensaban y ordenaban. No había nacido aún el jefe militar permanente. No existía todavía el sacerdote, sino la vieja curandera, sin privilegios especiales. No había nacido aún la explotación del suelo ni el comercio. En la sociedad charrúa no habían nacido aún las contradicciones internas que engendra la propiedad privada. El complejo socio-económico charrúa era todavía lo resultante de un profundo paleolítico cargado de colectivismo.

El charrúa era un hombre libre, con esa libertad que deviene desde más allá de los albores del *homo-hábilis*, inherente a la necesidad de ir tras la caza y la alimentación. Pero esa libertad nada tiene que ver con el concepto abstracto y subjetivo, ajeno a la realidad del día a día, que nos han impuesto nuestras clases dirigentes. Por el contrario, es una libertad

concreta, real, pues sin su libertad el charrúa no come. Para el charrúa, tierra y libertad son conceptos inseparables e interdependientes que los expresa en la *praxis* consuetudinaria. Libertad sin tierra donde cazar o tierra sin libertad de cazar, condena al charrúa a la muerte por hambre o a transformar sus herramientas de trabajo en armas de guerra. Las tierras y los animales de la Banda Oriental eran vitales para el modo de producción charrúa, pues miles de años lo separaban del desarrollo alcanzado por el invasor.

El proceso charrúa esencialmente caracterizado -como ya se dijo- por ausencia de contradicciones internas en el grupo social, colocaba a nuestro subdesarrollado pueblo nativo como el exponente vivo de una de las grandes aspiraciones del hombre: el trabajo en paz con libertad. Este paraíso terrenal, idealizado y añorado aún después de diez o doce mil años, se fue apagando cuando el hombre dio un paso gigantesco y progresivo con la agricultura, la sedentarización y la subsecuente propiedad privada. Aquella realidad social fue sustituida por crecientes ansias populares a un retorno imposible y por sueños utópicos de muchos generosos idealistas, unos inspirados en la visión de aquel remoto pasado, otros poetizando el futuro.

Se refuerza la conciencia social

Seguramente el charrúa se encontraba muy cercano al inicio de la agricultura. En un desarrollo lineal, la siembra casual y la observación de la misma -como los palmares de Rocha plantados sin intención en la trashumancia de los nativos-, la siembra consciente -como el primitivo maíz de los chaná-timbúes en el delta del Paraná-, la presión de pueblos agricultores del norte y el oeste, más el acicate de las necesidades internas, conducirían al charrúa a la adopción de la agricultura. Pueblos con experiencias agrícolas rodeaban la *"banda de los charrúas"* o *"tierras de ningún provecho"*, según los españoles. Poco a poco la penetraban con la siembra, preferentemente por el norte. La fama de celosos guardianes

de su territorio -que ya tenían cuando llegaron los españoles-, debiose quizás más a luchas con tupí-guaraníes que entraban a cazar y sembrar esporádicamente, que a enfrentamientos con cazadores de su misma etnia. Con estos existían pactos verbales de difícil ruptura. Aquellos, en general guaraníes, eran portadores de una aún no asimilada o necesaria cultura agrícola.

Entre los pueblos subtropicales y sudatlánticos, la penetración de la cultura del maíz -de norte a sur-, en general indica el contacto de los cazadores sureños con los agricultores norteños. Sin embargo, inmigraciones por el Pacífico Sur pudieron haber traído rudimentos de agricultura, pues el ñame tiene ese origen, abandonada en las frías tierras patagónicas. Con nombres guaraníes y quechuas -no charrúas ni oriundos del sudeste asiático-, se introducían objetos no conocidos pero necesarios, junto a informaciones de una vida más estable, más segura, más sedentaria.

Por tanto, un poco más acá de 1516, los españoles hubieran encontrado un charrúa agricultor, como los nativos del norte y oeste de nuestro país. Pero esta tendencia se truncó, más que por la presencia del español y su modo de producción, por la introducción del vacuno y del caballo. Con estos animales inesperados, desconocidos pero plasmantes en las raíces culturales charrúas, su régimen cazador y colectivista se fijó, consolidó y amplió sobre esa ancha y sólida base pecuaria.

Es evidente, entonces, que se plantearía una contradicción irreconciliable con el europeo, portador de otro sistema económico y social opuesto al imperante en estas tierras charrúas. Más tarde o más temprano tendrían que chocar, pues entre la libertad y la servidumbre exigida por el invasor, solo existe oposición.

"La historia del ganado será, de ahora en adelante, en este medio en que se debaten dos pueblos por antagonismos político-económicos, la propia historia del hombre y de la tierra", escribió Aurelio Porto. Ni Goes ni Hernandarias pudieron imaginar que, con su generosa iniciativa, ponían las bases para un proceso histórico que trasciende al español y al portugués.

Entre esos dos pueblos señalados por el historiador Porto, también vivía el complejo socio-económico charrúa, el cual fue el primero en sentir los efectos determinantes de la presencia del ganado.

Se modificó la tierra, la flora y la fauna. El hombre indígena, único habitante de estas tierras, cambió algunos hábitos. Se hizo esencialmente carnívoro y "de a caballo". Se sintió fuerte; poderoso en su medio. Del vacuno extraía casi todo lo que necesitaba, con gran ventaja de su antigua caza. Para el charrúa, con el sentido de la propiedad como el que pueda tener el tero en su espacio, el ganado era todo suyo. Estaba en su tierra.

Ya no sería lo mismo cazar venado, carpincho o ñandú y encaminarse necesariamente a la siembra como todos los pueblos americanos que le precedieron en desarrollo, que cazar vacas y caballos. Las ventajas de la caza mayor eran manifiestas y además placenteras.

El charrúa ya no sería agricultor. La superabundancia de ganado signaba su destino de cazador y reafirmaba su conciencia social.

Reagrupamiento charrúa

La creciente riqueza ganadera reunía en estas tierras a viejos desprendimientos del tronco común, como los guayanas del alto Uruguay, en un fácil y atractivo regreso a la vida de puros cazadores. De allí que algunos interpretaran erróneamente -como "un retroceso al salvajismo"- el hecho de que núcleos de cazadores-agricultores abandonaran la rudimentaria siembra y se incorporaran a la caza del vacuno.

La supuesta guerra de los yaros y charrúas aparece tergiversada, pues aquellos entraron *a caballo* por el Ibicuy en 1636, cuando el charrúa apenas comenzaba la caza del vacuno *a pie*. Más bien es de suponer un entendimiento entre ambas parcialidades consanguíneas, pues es evidente la supremacía del caballo en un enfrentamiento bélico, y en esa "guerra" el charrúa oriental continuó con su predominio. Posteriormente fueron los minuanos quienes acordaron su reincorporación a la gens-base charrúa. Es oportuno señalar que los yaros aparecen en la historia como los introductores del equino en la Banda Oriental, pues los españoles, temerosos y previsores, no propiciaban su difusión en estas tierras.

La captura del vacuno y la defensa del mismo exigían un proceso inverso a la antigua costumbre de dividirse en pequeños grupos indepen-

dientes, a causa del crecimiento de la población y para un mejor aprovechamiento de la tierra y sus frutos.

La riqueza atrae y el charrúa, como familia madre, se reforzaba con el aporte de nuevas parcialidades de su misma etnia allí donde se adensaba el vacuno, aunque en este proceso integracionista a veces mediaran desacuerdos. Habrían, lógicamente, diferencias -solucionadas en el curso de sus interminables discursos de carácter histórico-personal, habituales entre cazadores-, nunca contradicciones antagónicas, pues si las hubieran habido, los españoles las aprovecharían en su beneficio, como Cortés en México y Pizarro en Perú.

El charrúa continuó moviéndose con entera libertad y con más poderío en su viejo espacio. Pero, en menos de un siglo, debido a la geofagia portuguesa, al fantástico incremento del ganado y al creciente interés español, la presencia blanca fue cada vez más asidua y numerosa. El desarrollo charrúa por la vía pastoril sufría anestesiante influencia de los visitantes "compradores" de cueros. En cantidades cada vez mayores venía el alcohol, la yerba mate y el tabaco; aumentó asimismo el uso de las telas, que antes las usaban escasamente las mujeres, de procedencia guaraní. Tampoco faltaron en el intercambio objetos de hierro para uso campero. El poder charrúa, sobre la base del colectivismo primitivo, había llegado a su máximo poderío.

La madre oriental

Pero el poder charrúa no descansaba solamente en el dominio de su espacio territorial, en la herramienta y el espíritu del arco y la flecha.

En el lapso que medió entre 1516 y 1831, primero y último enfrentamiento entre vencedor y vencido, el charrúa fue coparticipando en la formación de la nueva y creciente población, cuya base económica, la caza del vacuno cimarrón, continuó por largo tiempo.

El aumento incesante del ganado pronto atrajo la codicia propia del nuevo régimen de producción. Faeneros de los cuatro puntos cardinales

confluyeron al territorio oriental. Más de un siglo dura la penetración para las vaquerías.

El negocio particular del cuero y del sebo del capitalista porteño, del portugués de Colonia, de aventureros de ultramar como Moreau, santafesinos y bandeirantes paulistas, fue poblando el territorio oriental con hombres de diversos orígenes, pero no de mujeres. Incluso las derrotas de los nativos misioneros frente a los mamelucos depredadores y la patriótica guerra guaranítica forzaron la emigración de varones, en buen número, al sur del río Uruguay.

Al calor de mujeres del complejo charrúa y de otras nativas, muchos fueron asentándose en parajes adecuados para la explotación del cuero, la grasa y el sebo.

Un fenómeno real, nunca recordado en la historiografía, es la absoluta ausencia de mujer europea o criolla blanca en nuestro país, por lo menos hasta 1726. Después de esta fecha, por más de un siglo fue minoría insignificante asentada especialmente en Montevideo.

Se ha ocultado la originaria esencia de la masa gaucha, ideando a un europeo adaptado al medio y lleno de virtudes, pasando por alto la matriz nativa. Se cae en el absurdo de dotar -en este caso sí- a ladrones, desertores y aventureros de toda laya, de valores morales que son propios de los hijos de la tierra y oriundos de una sociedad organizada con principios opuestos a los del conquistador.

Sin embargo, fue en las tolderías primero, en los pueblos misioneros, en las reducciones de Soriano, de Maldonado, de Colonia, en rancheríos, en estancias cimarronas, donde se procesó el cruzamiento del hombre europeo o criollo con la mujer indígena, por la sencilla razón de que no existía mujer de otro origen. De esta unión salió el poblador errante de los campos orientales, pues nómada, cazador y "de a caballo" era la raza charrúa.

Salió, como es lógico, el primogénito de la cruza, el "gauderio". Este personaje es poco simpático a la mayoría de los historiadores uruguayos debido, en parte, a que es el primer producto del portugués con la nativa y cuyo nombre se extendió también a los hijos de padre español. Hoy en día, el verbo "gauderear", usado en algunos puntos del lado uruguayo fronterizo con el Brasil y por orientales que hablan "portuñol", significa "hacer travesura" y no es más que un lejano reflejo del contenido de la

penetración norteña. A partir de la primera generación entre la madre charrúa y el varón europeo, el nomadismo no es solo colectivo charrúa, también se mueve en los dilatados campos el solitario mestizo, el más tarde llamado gaucho, quizás por *guacho*.

Puede decirse con certidumbre que a medida que se generaliza el mestizaje, el poder charrúa se reduce cuantitativa y cualitativamente. La filtración de las concepciones y prácticas del español y del portugués en la nativa formación socio-económica colectivista, junto a la permanente pérdida de sus mujeres y sus niños, corroe y desintegra al complejo charrúa como sociedad organizada. Pero en el vientre de la indígena se va gestando el nuevo hombre: el gaucho y la china.

La representatividad del arco y la flecha como cultura espiritual se indujo a través de la madre charrúa. La mujer no tiene un papel pasivo en ninguna sociedad. Podrá ser libre o sometida pero es, junto al varón, sujeto de la historia. En la singular sociedad oriental, la mujer charrúa tiene una participación doblemente activa: es madre libre y en uniones con europeos hace las veces de padre por la generalizada ausencia de este, lo cual, hasta el día de hoy, en buena medida perdura.

Ella no solo nutre y protege al nuevo ser, sino que también le da los consejos que en su gens lo hacían los ancianos cuando reunían a los jóvenes para imbuirlos de principios morales. La mujer nativa, que gozó de entera libertad para tomar o dejar marido, que coparticipaba de la responsabilidad en el trabajo de la comunidad, que cantaba a sus hombres en la partida para la guerra sus deseos de victoria y pronto regreso, no tuvo "espíritu de resignación" porque no conocía la servidumbre ni la opresión, sino firmeza en las elementales concepciones multimilenarias del colectivismo primitivo.

La mujer charrúa es la sembradora de las virtudes humanistas puestas de manifiesto por nuestro pueblo y cantadas por escritores y poetas en nuestra cortísima historia. Historia, en efecto, de muy pocos siglos, pero impregnada de hechos y perfiles ideológicos de personalidades que se conjugan con lo más granado del ascendente proceso humano universal.

Es con la madre nativa que el espíritu del poder charrúa se extiende en el espacio y en el tiempo.De sus entrañas salen el gaucho y la chinaque esparcen espontáneamente el polen humanístico que fertilizó nuestra sociedad. Las millares de Guyunusas dieron absolutamente todo de sí.

Intentaron perpetuar su carne, su sangre y su amorosa concepción de darse íntegras en la felicidad o en el sacrificio.

Declinación charrúa

Cuando comenzó la penetración española para el dominio efectivo del territorio oriental -especialmente con la fundación de Montevideo-, esta nueva tendencia del nativo volvió a dislocarse. No fueron agricultores y ya no serían nuevos caballeros mogoles. En el mundo eran otras épocas. El poder militar del europeo -miles de años más avanzado- era incontrastable. Para el charrúa se iniciaba su caída y la lucha para sobrevivir, pues comenzaba el avance incontenible del poder español.

No valió el deseo charrúa de convivencia pacífica. No valieron los pactos de amistad: *"de aquí adelante vivirían con los españoles como hermanos"*, acordaron en 1732 el Cabildo montevideano e Iguitabuiabo, cacique minuán. El charrúa, al no poder expulsar por la fuerza al invasor, pretendía convivir con el español manteniendo su régimen económico y social, el único que conocía y comprendía. Pero también el europeo estaba imposibilitado de comprender el colectivismo nativo. El antagonismo entre ambas concepciones y sistemas de vida se expresaba en los constantes combates. El invasor, apoderándose de más y más tierras y ganados para venderlos a españoles particulares; el nativo, defendiendo lo que era suyo e imprescindible para su vida.

Cada enfrentamiento con el español significaba no solo una derrota militar que los embutía más y más Uruguay arriba, sino además la pérdida de lo más preciado: sus mujeres y sus niños. El botín del conquistador fue siempre, en estas tierras, mujeres, niños y caballos. Lamentablemente, el mismo botín hizo Fructuoso Rivera en Salsipuédes, ya en el Uruguay independiente.

Los españoles solo tenían ojos para el avance de los portugueses hacia el sur: tan solo soñaban con los futuros "marquesados" en estas hermosas tierras. Los habitantes primitivos, los dueños de la tierra, los que la amaban, eran apenas un subproblema a eliminar. Para el complejo socio-

económico charrúa era la disyuntiva de ser o no ser, era la vida o la muerte. De allí su lucha desesperada, de allí su heroísmo en la defensa de su tierra. De allí, después de la masacre de Salsipuedes, las *saudades* y los ruegos de los pocos exilados en el arroyo Saicão, Brasil, ante el sargento Benito Silva para que consiguiera el permiso para el regreso a la amada patria.

En un sentido general, el poder charrúa fue decreciendo inexorablemente en los tres siglos de lucha. El choque de dos modos de producción antagónicos debía decidirse y se decidió por el más avanzado. Las exigencias del sistema europeo de producción no podían detenerse ante impedimentos ético-morales ajenos a su concepción individualista. La conquista y la rapiña de los productos americanos se hacían cada vez más imperativos en la Europa del pujante desarrollo capitalista. El poder charrúa, basado en el régimen primitivo de la propiedad colectiva, debía ceder su puesto de mando y lo cedió. Entre el arco y la flecha y las armas de fuego, entre las herramientas para el trabajo y la paz y las armas para matar hombres, la suerte estaba echada. Diez mil años de desarrollo los separaban y dos mundos hacían su interregno: el mundo del colectivismo espontáneo y el mundo del colectivismo científico.

El charrúa y Artigas

Al cabo de tres siglos el poder charrúa ya no tiene el poder militar para la defensa de su patria. Ya no se necesita de su asentimiento para cuerear; ya no se le da caña, yerba y tabaco a cambio del permiso y la colaboración para arrear ganado; ya no se necesitan *"más de mil veteranos para envolverlos"* y asegurar la venta de sus tierras a europeos. El poder charrúa es solo su conciencia social rezagada. Queda un resumen sintético de los mejores hábitos del hombre, procesado a través de milenios de colectivismo "prehistórico", que impregna a nuestra antigua sociedad campera, cuyo portador es el mestizo, hijo de la india charrúa y el europeo. Perduran hasta hoy vestigios del viejo medio nativo que hibernó en la conciencia de las capas pobres del campo donde le fue propicia la supervivencia.

Al asomar el siglo XIX, del hondo colectivismo nativo, expresado en el patriotismo y el humanismo, y del nuevo modo de producción en su más alta representatividad ideológica -debido al impulso capitalista en Europa-, surgía la posibilidad de una síntesis que a corto plazo ubicaría la región al nivel de lo más avanzado. Surgía la posibilidad de la fusión del espíritu del arco y la flecha del charrúa -dominante en la Banda Oriental- y la cultura material burguesa europea en pleno ascenso.

Las ideas más avanzadas del sistema capitalista llegaban de Europa y Estados Unidos, coincidiendo con las espontáneas concepciones básicas de esta nueva sociedad mestiza y su aspiración a un reordenamiento social superior. Trabajo, bienestar, libertad, fraternidad, humanismo, empujaban a la acción a las masas orientales que ya habían parido a su máximo representante: José Artigas. La revolución burguesa europea y la exitosa experiencia norteamericana plasmaron en una sociedad que tendía y buscaba una salida a un estadio superior.

Una población cada vez más numerosa y apta en el manejo de la pecuaria, exigía un reacondicionamiento social y una mejor y más justa distribución de las cuantiosas riquezas generadas por las nuevas y superiores formas de trabajo sobre nuestros campos y vacas. Ya no existía tanto despilfarro y destrucción de la riqueza natural. La producción del tasajo comenzaba a tomar vuelo. El ganado era mejor aprovechado por propietarios individuales.

Incluso las últimas generaciones charrúas -forzadas por el conquistador- asimilarían formas más productivas del trabajo pecuario. Los destacamentos charrúas, acampados cerca de las tropas artiguistas en el sitio de Montevideo, por ejemplo, no eran ya, con relación al aprovechamiento del vacuno, igual que sus abuelos. El ganado tenía poco desperdicio. También en su deambular, escapando de las tropas españolas, el charrúa habría practicado algunas formas de pastoreo para no verse sin carne. Estaban lejos los días en que eran los amos absolutos de los dilatados campos orientales llenos de vacas. En el proceso de penetración y colonización del europeo, el charrúa iba comprendiendo la irreversibilidad de la nueva presencia y, en consecuencia -lenta y forzadamente-, amoldaba su comportamiento ante la cambiante sociedad que lo absorbía.

El charrúa estaba apto para trabajar y sobrevivir como raza en las nuevas condiciones ya impuestas por el régimen de la propiedad privada;

de allí que, quién sabe por cuál convenio, apoyaron irrestrictamente al general Artigas.

Es lógico pensar en un pacto verbal -al estilo tradicional nativo- entre Artigas y los charrúas, porque, por un lado, las necesidades logísticas charrúas provendrían del comando artiguista a lo largo de las campañas bélicas. Es absurdo suponer la caza depredativa del ganado o un comportamiento independiente junto al jefe supremo. Tampoco era un pueblo capaz de servidumbre -como lo demostró durante tres siglos- a cambio de un pedazo de carne y la protección de un jefe blanco; por el contrario, de la estructura de su conciencia social elaborada en cientos de milenios surgía una sólida base conceptual acerca de la libertad y dignidad, aun cuando no fue autoconsciente. Se suma, además, el hábito de pactos con el conquistador, a pesar de que tales pactos nunca fueron cumplidos por el invasor blanco, lo cual refleja, a su vez, lo moral como ley inquebrantable del charrúa.

Abona la tesis del convenio verbal, del lado de Artigas, su ideario humanista, la nunca desmentida amistad y amor por el más débil –especialmente el charrúa- y su reiterada afirmación de quiénes tienen *"el principal derecho"*, pensamiento basado en una escala de valores humanos que de ninguna manera podría ser originaria de Europa. Es de considerar, además, el hecho de que Artigas hizo regresar a guaicurúes y abipones -antiguos desprendimientos del tronco charrúa, política inmigratoria coherente con todos sus principios- para trabajar la tierra, seguramente conociendo su estructura social comunitaria. Todo nos lleva a suponer que, con relación al charrúa -pueblo unido a toda la gesta emancipadora artiguista-, le fueran reservadas formas especiales de explotación pecuaria por convenio preestablecido.

Sin embargo, a pesar de los progresos del complejo socio-económico charrúa para su incorporación a la nueva sociedad, las corrientes más reaccionarias del nuevo modo de producción no cesaban de buscar su exterminio por motivos económicos o políticos.

Para convalidar la posesión de la tierra no solo fueron los españoles los que intentaron su exterminio, sino también los criollos. Así, luego de frustrado el asesinato masivo propiciado por Jorge Pacheco, aparece Manuel de Sarratea con el mismo propósito; pero esta vez no son las tierras el objetivo inmediato, sino la oculta intención de quitarle al general

Artigas su más firme y leal base social, el grupo humano más consecuente, bravío e incondicional de la persona del héroe.

Alcanza un documento para probar fehacientemente el intento sarrateano de *"cortar de raíz esta planta venenosa"*, convidándolos con caña, yerba y tabaco, *"para un día determinado... entre la embriaguez y festejos, teniendo tropa apostada"* echarse *"sobre ellos y sus mujeres"*, como consta en los documentos publicados por Eduardo Acosta y Lara en *"La Guerra de los Charrúas"*, pensamientos que más tarde inspiraron a Fructuoso Rivera.

Mientras tanto, en cuanto el charrúa se defendía de los constantes embates del blanco y lentamente asimilaba algunos aspectos de la cultura invasora, los campos y las vacas -objeto de la lucha entre las dos concepciones antagónicas- más y más eran del poder español.

Cada vez más propietarios individuales y grandes latifundistas fueron apropiándose de las antiguas tierras charrúas al amparo de las poderosas armas del conquistador, continuando luego sus reaccionarios herederos.

Trágico fin

En 1831, después de tres siglos de lucha contra el colectivismo primitivo, el *Presidente Constitucional de la República en campaña*, Fructuoso Rivera, dio fin a la tarea asesinando en una emboscada vil a los últimos guerreros charrúas y dispersando a sus mujeres y niños entre las familias montevideanas. El motivo de esta masacre era vender a particulares brasileños el último reducto charrúa, olvidando que este fue su aliado en numerosas campañas militares.

Manuel Lavalleja, que vivió en 1833 diez meses con los charrúas que escaparon de la matanza de Salsipuedes, comienza su narración así: *"El general Rivera para exterminar a los indios charrúas dio principio a su plan convidándolos para entrar al Brasil a traer los ganados que allí había, los cuales según él, los brasileños los habían robado de este país en todas las épocas y por tal razón nos pertenecían de derecho, y a los indios charrúas más que a todos."* (...) *"Muy fácil le fue a Rivera poner a los*

indios en masa para darles el golpe de muerte que les tenía preparado en los campos de Salsipuedes (...)"

El plan de exterminio fue preparado minuciosamente por el *Presidente Constitucional de la República en campaña,* incluso buscando la connivencia de los imperiales brasileños. En los documentos recopilados por Eduardo Acosta y Lára y publicados bajo el título *"La Guerra de los charrúas"* se prueba lo siguiente: *"Siendo de un interés común a la prosperidad y conservación de las fortunas internacionales la completa destrucción de los restos de indios salvajes, que aún se guarnecen en los estrechos de los territorios de ambos estados, a pesar de los reiterados esfuerzos que ha aplicado incesantemente el Gobierno Nacional a este importante objeto, el infrascrito, Presidente Constitucional de la República, ha creído el caso de dirigirse al Illmo. Sor. Coronel Comandante de la frontera de Alegrete, para reclamar la cooperación de las autoridades militares de S.M.I., si como es de esperarse, perseguidos por las tropas de la República, ellos volvieran a abrigarse en las posesiones del Imperio. Fructuoso Rivera".*

Documento A1, pág. 44. *"Quartel Gral. Durazno, Marzo 10 de 1831. El Presidente Gral. en Jefe ha recibido las notas 5 y 6 del corriente, en que el Sr. Gral. instruye al infrascrito de la necesidad de atender los puntos invadidos u ocupados por los salvajes sobre el Daymán, así como el estado en que se encuentran las reuniones mandadas organizar para las ulteriores operaciones de la Campaña. En consecuencia quiere el Gral. en Jefe, que el Gral. marche inmediatamente sobre aquellos destinos adonde reconcentrará toda la fuerza posible observando con ella la posición y movimientos de los salvajes, sin separarse de esta atención".*

"Es de la mayor importancia que el Sr. Gral. emplee todo su tino y destreza para hacer entender a los Caciques que el Ejército necesita de ellos para ir a guardar las fronteras del Estado y que el punto de reunión será en las puntas del Queguay Grande, para cuyo efecto se dirigen cartas a los caciques Rondeau y Juan Pedro, y que el Sr. Gral. les hará entregar instruyéndoles de su contenido. Si ellos no cumpliesen lo prevenido en las citadas notas particulares, es preciso no alarmarse por esto, disimularles y conservarse siempre a su inmediación , y si posible fuere, reunido a ellos. Si se moviesen para el centro de la Campaña es preciso seguirlos con cualquier pretexto, hasta ver si se consigue que el todo o parte del

Ejército se incorpore a la fuerza a las órdenes del Sr. Gral. Fructuoso Rivera." El primer presidente de la República comienza a armar la trampa mortal a sus antiguos compañeros de armas.

Documento C1 e) *"Mi amigo D. Julián: Sin falta estaré mañana temprano en el paso del Sauce, allí nos incorporaremos, pero es preciso que Ud. no se mueva de este punto mientras los charrúas no se hayan reunido a mí, hágales Ud. aviso para que se vengan al paso del Sauce donde los espero. Lo saluda su amigo F. Rivera". "Todo promete, amigo, un brillante resultado; sus avisos me han llenado de contento. Su amigo verdadero. F. Rivera"* .Perfidia y ausencia de humanismo trasunta este documento. Rivera fue, sin ninguna duda, el antigaucho.

"C) de Carl E. Bladh, viajero sueco que se hallaba en Montevideo cuando la llegada de los indígenas prisioneros. Incluye referencias de un connacional, teniente de marina A.G. Oxehufvud, lo que nos ha hecho designar esta versión como 'Informe Bladh Oxehufvud' : 'La mayoría de los indios existentes en Montevideo son prisioneros, tomados en 1831 a una tribu de la Banda Oriental por don Fructuoso Rivera, actual jefe de la República. Tuve oportunidad de ver la llegada de estos infelices y la forma brutal como eran tratados y destruída su comunidad'.

'El Presidente de Montevideo, en aquella época don Fructuoso Rivera, bajo el pretexto de lograr un acuerdo de paz con los indios, que vivían en los montes a orillas del Río Uruguay, los había invitado a concurrir a un lugar cercano a la frontera norte de la República. Los indios, que no sospechaban traición alguna, se presentaron en el lugar indicado en número de 400 a 500, encabezados por 4 ó 5 caciques. Muchos de ellos ya se habían destacado por su gran valentía en la reciente guerra contra Brasil, donde lucharon como aliados de Rivera (...) Acamparon (...) Tan pronto el efecto de la bebida se notó entre los indios, e inclusive cuando muchos de ellos dormían, las tropas los rodearon con todo sigilo y con sables y bayonetas atacaron a hombres, mujeres y niños dándoles muerte. Pero los caciques y muchos de los indios vendieron caras sus vidas. Uno de los caciques que había adoptado el nombre de Rondeau, tomado del exgobernador de Montevideo, llegó a formar como una trinchera con los cadáveres de sus enemigos, y ya habían sucumbido más de quince soldados a su lanza, cuando se desplomó entre ellos, cubierto de sangre y heridas. Otro cacique llamado Brown, cuyo

nombre se originaba en la admiración que sentía por el valiente almirante Brown y las luchas que entablara con su flota ante Buenos Aires, se mantenía invicto en el lugar del combate, pese a haber perdido todos sus hombres... Un jovencito de nombre Cordua, de edad de 13 a 14 años, ya hacía tiempo que revoleaba las bolas sobre su cabeza, y así se había defendido, dejando inclusive a un enemigo tendido en el suelo, muerto. Finalmente un jinete logró dominarlo, pero a las pocas yardas de ser conducido prisionero, el joven indio trepó de un salto a las ancas del caballo y tomando el cuchillo del cinto del jinete mató a este de una puñalada, arrojándolo a tierra. A plena carrera logró cruzar las líneas de caballería enemiga, pero el caballo estaba cansado y los que se lanzaron en su persecución no tardaron en apresarlo nuevamente. A este prisionero también le perdonaron la vida, para así aumentar el número de los que habrían de desfilar en Montevideo...'."

Así, arrancado el corazón de la raza madre, consumado el asesinato alevoso de los sembradores del amor a la patria, destruida la matriz del génesis del humanismo, se auspició un trasplante distorsionante de lo europeo en un pedacito de suelo americano. Así, con aquella masacre, Frutos Rivera -el de "corazón malo", según El Adivino- pretendió eliminar los odiosos valores espirituales nativos, que no los tenía ni podía portarlos la ideología avanzada de la época ni los colonizadores o recolonizadores que vivían con el corazón y la cabeza en Europa. En aquel cruel asesinato, Frutos Rivera castigó con furia y con odio la fidelidad a José Artigas y a su causa revolucionaria. El desarrollo de las fuerzas productivas, acorde con las formas y niveles permitidos por el imperialismo inglés, fue controlado desde la metrópoli imperial en resguardo de sus "fortunas internacionales" a través de sus servidores criollos.

La asimilación de la ideología burguesa, que debió ser puente para un desarrollo independiente, penetró en su peor forma, conformando un aparente nuevo ser social. Sin embargo, el charrúa es inseparable de la patria oriental. A poco de andar, la patria del charrúa absorberá e impregnará al nuevo hombre oriental con los valores espirituales subyacentes del viejo comunismo primitivo.

Concluido el matricidio nacional, los charrúas que sobrevivieron fueron conducidos prisioneros a Montevideo para exhibirlos como tro-

feos al estilo romano. Seguidamente, los gloriosos guerreros pasaron a las cárceles de los cuarteles, las mujeres fueron distribuidas como sirvientas-esclavas entre las familias oligarcas, y los niños, separados de sus madres, también fueron dispersados entre la población. La desesperación de las madres charrúas por reunirse con sus pequeños hijos, muchos de ellos de pecho, forzó la formación de un movimiento femenino de protesta por la incalificable atrocidad del blanco "civilizado".

Cuatro charrúas fueron remitidos a Francia para su estudio por varias academias de ciencia: Vaimaca, Senaqué, Tacuabé y Guyunusa, que iba encinta. Todos murieron muy pronto, después de ser exhibidos como animales raros en las ciudades francesas por un circo ambulante. La piel del guerrero artiguista Senaqué, surcada de cicatrices, fue vendida por 18 francos a la Casa Real de Salud del Jardín de Plantas.

SEGUNDO TEMA

LA PENETRACION EUROPEA

Introducción al segundo tema

En los siglos XVII y XVIII, mientras aquí en nuestro territorio el colectivismo primitivo charrúa alcanzaba la plenitud de su poder sobre la base de sus campos llenos de vacas y caballos, en Europa avanzaba la vanguardia de la humanidad en su ascendente marcha, pero dentro del sistema opuesto: la propiedad privada sobre los medios de producción. La burguesía europea era la portadora de lo más granado en tecnología, desarrollo ideológico y valorización del hombre individualmente considerado como fenómeno apto para servir a la sociedad. También fue, sin lugar a dudas, una etapa superior y necesaria de las concepciones idealistas que recubren la totalidad de la era de la propiedad privada. El proceso de negación de la primitiva propiedad colectiva -iniciado por su contrario, la propiedad privada, algunos milenios atrás en el Medio Oriente-, avanzaba en Europa incontenible y fatalmente inevitable.

Pero aquí, en nuestro medio, el colectivismo primitivo y la propiedad privada luchaban de manera creciente y cada vez más absoluta. El

colectivismo charrúa impregnó la vida de sus agresores, modificó aspectos importantes de su conciencia, hábitos de vida, sicología y visión del mundo, pero no pudo cambiar su esencia, esto es, el principio de la propiedad privada y su secuela, la explotación del hombre por el hombre.

Los agresores poco a poco minaron las bases del colectivismo primitivo charrúa, quitándole pedazo a pedazo sus tierras y sus frutos. Poco a poco corroyeron su organización social con su concepción y práctica individualista y egoísta. Y por último, para destruir su peligrosa conciencia social colectivista, solo encontraron un medio: el asesinato masivo del núcleo charrúa. La clase social dominante de la nueva sociedad continuó con la opresión del criollo mestizo, y se consolidó con oleadas tras oleadas de inmigrantes europeos para aplastar la conciencia social rezagada del charrúa.

Pero con la extinción racial del charrúa no se agota su poder. La historia tiene un sentido, una dirección, cuyo conocimiento orienta al hombre para escalar superiores niveles de desarrollo, a pesar de sus tragedias y tortuosidades circunstanciales.

A lo largo de tres siglos el charrúa dio una lección de libertad y solidaridad humanas con su lucha sin claudicaciones. La propiedad colectiva de la tierra-como medio fundamental de producción- determinaba y exigía un sistema de vida incuestionablemente humanista. Tierra, libertad y solidaridad se consustanciaban en una trilogía concreta. Por esto el charrúa, producto y recreador de esos valores, no se consideraba inferior a nadie. Era amable, hospitalario, fiel cumplidor de sus compromisos y consecuente luchador por su libertad. El charrúa sembró el sentimiento de patria que tantas controversias trajo después entre las clases dominantes extranjerizantes y ausente en las primeras generaciones de inmigrantes. El charrúa marcó el rumbo histórico del pueblo oriental.

Con su lucha por la tierra, por la libertad del usufructo de la misma como elemento básico de otras libertades, con su "garra" y tesón intransigente, en la defensa de sus principios multimilenarios, el charrúa nos está gritando desde el fondo de nuestra historia cuál es el camino a seguir en toda encrucijada enfrentada por el pueblo oriental. El charrúa no solo señaló el derrotero de los actuales habitantes de este territorio sino de todos los pueblos del mundo, por la simple razón de que todos los

pueblos del mundo van en la búsqueda de la concreción consciente -no espontánea como fue en su caso-, de aquellos valores humanos elaborados en cientos de miles de años que resurgen en la época actual con la ideología de la clase obrera, objetivamente rectora en el mundo.

Vimos que el charrúa, como sociedad organizada sobre la base de la libertad, poderoso y unido, en lucha y, simultáneamente, conviviendo con el europeo, poco a poco fue cediendo sus campos a un enemigo miles de años más desarrollado. Sin embargo, su conciencia social, favorecida por el medio geográfico, por el quehacer de las personas y por la herencia a través de la madre nativa, continuó activa en el seno de la nueva sociedad impuesta por el intruso europeo.

En este segundo tema echaremos un vistazo a este nuevo complejo social en formación, cada vez con más claro predominio militar e ideológico del invasor, consolidando la usurpación de las tierras charrúas.

Tierras y ganados, ayer y hoy

Antes del siglo XVII el territorio de la "Banda de los Charrúas" parecía a la espera del ser que lo complementara o preñara. La vida vegetal estaba en una etapa de transición donde muy poca incidencia tenía el hombre. Pero el hombre trajo el ganado. La tierra cambió y también cambió su curso la historia de la región. Ya no sería selva ni tierra de agricultores primarios. El ganado impuso un aspecto, un complemento importante que fijó y determinó la esencia del medio geográfico. Hoy, si a este país le quitáramos las vacas, los caballos y las ovejas, sería un espacio inconcluso. Con su introducción se señaló un rumbo a la ecología, con su proliferación y desarrollo, se impuso un quehacer humano inevitable.

¿Cómo serían la vida, el arte, la música, la literatura, la poesía, la sicología, los dichos y costumbres de los uruguayos sin la existencia histórica del charrúa, de los campos, las vacas, los caballos y las ovejas? Sin duda un conglomerado humano más en el planeta, pero no tendría las

características específicas que tiene el pueblo oriental ni los aspectos sicológicos e históricos tan profundos que encierra la sola palabra "gaucho". Por tanto, lo esencial de la formación socio-económica uruguaya está en lo que se ha denominado la "espina dorsal de la economía", esto es, los campos, las vacas y las ovejas junto a la explotación del hombre por el hombre impuesta por el invasor y continuada por los recolonizadores.

La existencia de millones de vacunos en la Banda Oriental promovió desde el principio de la colonización un desmesurado afán individual de acaparar tierras. El apetito geofágico no tuvo límites debido al carácter extensivo de la explotación pecuaria y a la concepción señorial europea. Tierras y ganados signaron la contradicción principal entre el nativo y el invasor blanco; tierras y ganados continuaron siendo el meollo de la contradicción entre pueblo y oligarquía después de las derrotas de la guerra patriótica del charrúa y de la democracia populista de Artigas.

Usurpación violenta

La ganadería, fuente inagotable de proteínas que siempre necesitará el hombre, es y será la principal riqueza del país. La simple reproducción del vacuno y ovino establece una base para la supervivencia humana. La ganadería es una riqueza mayor que los agotables pozos petrolíferos. Las minas de oro un día se acaban; el ganado sigue reproduciéndose.

Por esto, tan pronto pasó la fiebre del oro y los metales preciosos –objetos del más alto valor para el sistema de producción individualista–, los ojos de la codicia volvieron a una de las más antiguas monedas: el ganado. Españoles y portugueses vieron en el negocio del cuero de vacuno un nuevo filón para enriquecerse.

Desde 1638, luego del ataque y ocupación de los bandeirantes a los pueblos misioneros orientales, los portugueses conocieron las grandes posibilidades de excelentes negocios con reses y cueros. A ellos correspondió dar comienzo a la explotación del cuero, debido a su estrecho comercio con la incipiente industria inglesa.

Cuando por orden real portuguesa se instaló un puesto militar, en 1679, denominado Colonia del Sacramento, no se pretendió más que consolidar la permanente expansión militar hacia el sur y las constantes arreadas de ganado hacia el norte. Hasta hoy, el mercado natural del vacuno sureño son las densas poblaciones norteñas. Los portugueses construían un par de ranchos -a veces denominados "pueblos" para puntear sus cartas geográficas y dar base a su diplomacia en Europa- y hacia ellos marchaba el ganado sureño. Estas bases de producción se injertaban cada vez más adentro del territorio del complejo charrúa.

El nuevo modo de producción avanzaba. Cada vivienda y lugar de trabajo construidos por el europeo significaba una derrota al sistema colectivista. Jirones de territorio charrúa pasaban a tener un propietario. La propiedad privada no solo establecía el progreso de la riqueza pecuaria –aunque conservara muchas formas de la propiedad colectiva–, sino que, además, ligaba cada vez más la región a la economía mundial. Y aquí, como se verá más adelante, se injertan en la tierra oriental las primeras raicillas de una futura ideología.

Las arreadas portuguesas se intensificaron después que Cristóbal Pereira de Abreu, en 1731, llevó a Curitiba 800 reses. *"Tal remesa de ganado platense repercutió, en el altiplano de San Pablo, como si fuera la noticia de otras minas encontradas. Súpose que, en los ilimitados campos del sur, rebaños salvajes, sin dueño, defendidos por los charrúas indomables del desierto, abastecerían de cueros a cuantos pioneros se atrevieran a ir a apresarlos"*, dice el brasileño Pedro Calmon.

Se ve con claridad que en 1731 el negocio del cuero ya era conocido a nivel popular y no privativo de aventureros y jefes militares como el portugués Francisco Náper de Lancastre. También se ve que era un excelente negocio aunque arriesgado por la presencia del charrúa, pues se lo compara con "otras minas encontradas". Pero, además, queda definido el concepto de fondo -el de la lucha fundamental de las dos concepciones- de que no tienen dueño... acorde con la mentalidad europea de rapiña para el reparto individual del botín.

Los portugueses no solo llevaban los cueros, sino que tenían especial interés en el transporte de tropas para formar sus propios rebaños más al norte y, consecuentemente, más fácil comercialización para la creciente demanda.

Se diferenciaban, pues, de los españoles, gauchos platenses y charrúas en la forma de trabajar el vacuno. Estos solo aprovechaban el cuero y a veces el sebo y la grasa, perdiéndose enormes cantidades de carnes. Para esta época los portugueses ya habían remitido, experimentalmente, carnes saladas a Portugal. El flujo de ganado hacia el norte requería el puesto fijo, la primitiva estancia, instalada de tanto en tanto para el repoblamiento de las arreadas rumbo al norte. El portugués debía recorrer grandes distancias con las tropas; los españoles de Buenos Aires las tenían a la mano.

El carácter histórico de la conquista portuguesa -para el desarrollo de su industria y su comercio- imponía la posesión y el trabajo en la tierra. La explotación del palo brasil, la industria azucarera y más tarde el negocio de las *boiadas*, establece desde el principio un rumbo diferente al del español en su asentamiento en América.

También es de considerar que el portugués proviene de un minúsculo país lindante con el "gigante" imperio peninsular español. Por tanto, su fuerte burguesía comercial es celosa de su independencia, tradiciones y con ansias de dominio territorial. Por lo mismo, Portugal hizo diplomáticamente grandes esfuerzos para tener "derechos legales" para su presencia en América, recurriendo a cualquier arbitrio o triquiñuela para el contaje de las leguas oceánicas con tal de poner pie en el continente. Por tanto, mientras los españoles se hartaban robando el oro azteca e incaico, los portugueses trabajaban con sus brazos en América y su mente en Europa para la conquista de una parcela de tierra relativamente cercana a sus costas.

Para la conquista y saqueo del "Continente del Río Grande", los portugueses se valieron primero de los *bandeirantes*, mestizos norteños que asaltaban, depredaban, destruían y capturaban a nativos, mujeres y niños, para venderlos como esclavos en San Pablo y otros centros de trabajo; luego entraron el ejército portugués y los curas con su ideología de la cruz.

Desde la tercera década del siglo XVII las tierras de los cazadores nativos fueron poco a poco ocupadas para un mejor aprovechamiento de la riqueza ganadera, pero en beneficio del invasor. Lusitanos, santafesinos, españoles, porteños y nativos de las misiones jesuitas fueron asentándose en estas tierras con mujeres del complejo charrúa.

"Antes de que se estableciera la propiedad de las tierras, ya habían surgido los ocupantes que, aunque dispersos y en algunos casos seminómadas, constituían una realidad social en el territorio", dice Mario Dotta y otros en *"El Uruguay ganadero"*. La primitiva estancia de estos ocupantes, más la del español que la del portugués, se diferenciaba poco del modo charrúa de explotación; pero de hecho se iniciaba la propiedad privada de la tierra y sus ganados.

Para estas primeras oleadas de invasores, las tierras y sus ganados eran *"de naide"*, concepto que perduró en la conciencia oriental fruto del mestizaje. Pero en la cabeza de la camada dirigente europea el concepto era muy otro: la "conquista" o usurpación violenta, les daba el "derecho" a la propiedad particular.

Para el charrúa, la tierra y sus productos eran suyos, estando ausente de su conciencia la idea de la propiedad individual; para el mestizo, nacido *"en la juntura de dos razas/ como en el tajo de dos piedras/ nacen los talas"*, en el concepto *"de naide"* estaba implícito la propiedad colectiva pero también se abría paso la idea de la propiedad particular. En cambio, para el europeo, si la tierra no tenía "propietarios" -porque en su conciencia estaba ausente la idea de propiedad colectiva-, podía ser suya. Y la tomó. Aquel que aplicando su ley en Europa llenaba las cárceles de ladrones, esa misma "ley sagrada" dejaba de tener vigencia en tierras extrañas, aun cuando la propiedad con otras formas fuera defendida hasta la muerte. Por algo eran los herederos directos de los piratas y esclavistas fenicios y griegos.

Raíces de una ideología

La efectiva ocupación de las tierras charrúas por particulares blancos, después de largas y sangrientas luchas, estableció una interrelación directa entre el ocupante y la tierra. El blanco europeo ya no sería el aventurero conquistador y destructor. Se procesó un cambio importante en su comportamiento. Comenzaba una etapa de conservación y trabajo

sobre lo arrebatado. El trabajo, las relaciones laborales, los intereses materiales comunes con otros poseedores particulares de tierras, la procreación con mujeres nativas y, especialmente, su relación directa o indirecta con los centros compradores de sus productos, generó, poco a poco, un rudimento de ideología. Comenzó una manera de pensar en función de la defensa de ese nuevo mundo socio-económico. Comenzó, además, la lucha contra los poderosos acaparadores de tierra desde las alturas del poder, y que injertaba en una sociedad virgen y débil nuevas y fuertes contradicciones.

Más de un siglo de vaquerías fue dejando aquí y allá cientos de hombres asentados con mujeres nativas. Se instala el pequeño y mediano productor rural, tan cimarrón como el ganado que caza. Muchos de estos ocupantes escaparán al desalojo violento por parte del poder militar del gran latifundista y aparecerá en su momento un tipo especial de estanciero.

Cuando en 1729 se repartieron oficialmente suertes de estancias en la campaña oriental, portugueses, españoles, criollos y mestizos ya tenían porciones de tierras charrúas que las consideraban de "su propiedad" por derecho de conquista. Por esto la Real Instrucción de 1754 prescribía toda deuda fiscal de los ocupantes hasta el año 1700.

Los descendientes de estos aventureros, ahora con mentalidad propietarista y vendedores de "sus cueros", ligados a "su tierra" y el nuevo medio social en formación y por lo tanto en proceso ininterrumpido de transformación de sus ideas y conceptos, fueron imponiendo a la prole mestiza no solo una *sui-generis* concepción clasista sino, también, ellos mismos desarrollando un noble sentimiento hacia "su tierra".

Allí estaba naciendo, también, el futuro caudillo de montoneras.

En esa etapa de ocupación de las tierras charrúas, se fijan importantes aspectos de la conciencia colectivista nativa en la concepción individualista que nacía en nuestro medio rural. En aquella época, la moral charrúa imperaba como ley en todo aquello que escapara a la fuerza de la bayoneta del europeo. No es por azar que, por encima de la ley del europeo -avalada por su religión como oculta forma política- y de los grandes principios morales del charrúa se conserven aún hoy débiles reminiscencias. No es por azar que perduró hasta hace muy poco tiempo en nuestra campaña el valor de la "palabra dada", más segura que un documento sellado y

firmado, trasmitida y aceptada como herencia.

Con la transformación del aventurero y conquistador en propietario individual y trabajador rural, no estaba naciendo aquí un "nacionalismo" en la acepción europea de la palabra, aprovechado en Europa por la burguesía para atrincherar su mercado interno. Esta gente nace ligada al mercado internacional del cuero. Su principal comprador es el imperio inglés, de aquí su falso antimperialismo. Esta naciente oligarquía rural nada tiene, por el momento, para ofrecer al mercado interno. Sus intereses económicos se centran en los grandes mercados del mundo de su único producto, el cuero, que es el motor de su progreso. Allí se desarrolla el embrión de lo que más adelante se llamará Partido Nacional y el llamado riverismo.

"La figura del estanciero cimarrón se destaca como un elemento de primordial importancia en la sociabilidad criolla de la campaña. Su persona constituye el eje de la comunidad que se forma en su establecimiento(...)". "Su autoridad emerge naturalmente, de modo espontáneo, no en virtud de leyes o instituciones ajenas a la voluntad y al modo de vida de la población de la campaña. Su condición de criollo, su afinidad con la población rural, lo inclinan a compartir sus trabajos y sus juegos. Gauchos y paisanos lo reconocen como a uno de los suyos, agigantado por la riqueza y el poder. Así como lo obedecen en la ejecución de las faenas de la estancia, lo seguirán a la guerra." (...)" Entre los estancieros cimarrones se reclutan la mayoría de los caudillos, que tan importante papel desempeñaron en la historia de nuestro país, desde las guerras de la independencia hasta comienzos del siglo actual." (de *"Las vísperas de la primera independencia"* de R. Ares Pons)

Esta interrelación espiritual entre propietario y gaucho sin propiedad, no tiene un carácter de dependencia, pues el gaucho todavía -y por largo tiempo- puede cuerear en los campos abiertos. No le es imprescindible el salario como peón de estancia. Lo que sí es imprescindible es la sociabilidad, pues esta se enraiza en la manada, la horda y en la familia en sus diferentes formas. La dependencia de la sociabilidad es válida tanto para el gauchaje como para el gaucho-propietario. Pero el propietario es "el mejor cazador" y en su torno se desarrolla la cultura espiritual. Sin embargo, en el seno de esa sociabilidad está el germen de una contradicción antagónica -entre propietario y masa no propietaria- que

un día estallará,pero se rezagarán por largo tiempo los nexos espirituales.

La "dependencia personal" vendrá después y será entre propietarios, por razones conocidas. La masa gaucha sin propiedad no se enajenó a los propietarios, sino que su solidaridad fue espontánea a causa de la necesidad de la sociabilidad y, luego, de la afinidad cultural, material y espiritual. Por su parte, el propietario pequeño y mediano todavía sin títulos de propiedad -como lo era la inmensa mayoría- tendrá necesidad más tarde de enajenar su persona a un poderoso propietario para salvar su parcela de campo; la solidaridad de clase se desarrollará y al propietario sólo le quedará un nexo emocional con la cultura espiritual popular.

Estas raíces tienen su importancia para el análisis del voto popular, espontáneo y emocional, en el cuarto tema de este trabajo.

Nace el gran latifundio

Con la Real Instrucción de 1754 se cierra el período de posesión espontánea de la tierra. Por la misma se ordena un modelo de reparto del botín acorde a la tradicional escala de valores europea. Los más grandes latifundistas serán los más allegados a la cabeza coronada o los que con su fortuna compren tierras y servidores. Los fines geopolíticos con relación a Portugal se habían cumplido con la fundación de Montevideo y ahora a la metrópoli solo le interesaba la succión fiscal y la jerarquización de la propiedad según la cuna y la fortuna.

Es una sociedad que se desarrolla con asombrosa rapidez. Es una sociedad mixta, semi-colectivista pero con creciente predominio del individualismo. Comenzaba una revolución en el trabajo pecuario. Lo que en otras partes del mundo y en otras épocas históricas necesitó milenios para procesarse, en nuestro medio el cambio casi radical apenas duró pocos siglos. En el lapso de poco más de un siglo, en nuestro país se vivieron las cuatro etapas de la sociedad humana: colectivismo primitivo, esclavismo, feudalismo y capitalismo, con creciente y decisivo predominio de este último.

Así fueron surgiendo los Alzáybar, De la Cuadra, Reyna, Bruno Muñoz, Martínez de Haedo, Viana y tantos otros secuaces del poder real español. También desde el norte apretaron al charrúa los barones y comendadores portugueses. Así fueron acaparando tierras, ausentistas que vivían en Bahía, Río de Janeiro, Lisboa o Madrid y ricos residentes en Montevideo y Buenos Aires. Con la Real Instrucción de 1754 se introduce en el seno de la naciente sociedad mixta otra contradicción: latifundista *versus* poseedor mediano y pequeño, encima del viejo pleito entre el charrúa y el blanco.

El gran latifundio, resguardado por el poder militar extranjero, generó enseguida profunda desigualdad económica y social. Los pequeños y medianos productores de cueros -muchos de ellos mestizos- asentados con su familia en parajes adecuados, pronto sintieron la presión de los Alzáybar, Viana Achucarro o los Reyna. En el *"Diario de Viaje de Montevideo a Paysandú"*, dice el conservador cura Larrañaga: *"Así que pasamos* (el arroyo Monzón), *nos dijo Su Señoría D. Antolín Reyna, que ya estábamos en sus estados, y efectivamente cada estancia de estas tiene tantas tierras que muchas provincias y aun repúblicas de Europa no tienen tanta extensión. Era esta la primera vez que venía a su posesión y encontró sobre este majestuoso río varios colonos de que no tenía noticia: los hizo venir, y no les impuso otra pensión que alimentándose como lo hacían de sus ganados, le conservasen los cueros y el sebo y ayudar a las tareas de la estancia(...)"*. En fin, trabajo a cambio de nada, propio de la concepción señorial.

Pero sin estas contradicciones internas del sistema de producción de la propiedad privada, sin el afán individual de más tierras y ganados, sin el acicate del lucro, el desarrollo e incremento de riqueza estaría trunco. Con el modo de producción charrúa, depredativo y destructivo, muy pronto la Banda Oriental hubiera sido un desierto o un gran cementerio.

Complejo social contradictorio

Para comprender bien nuestra sociedad pasada y presente, debemos tener claridad acerca de los cuatro grupos humanos que se mueven en esa primitiva formación socio-económica, más o menos acabada a finales del siglo XVIII.

En primer lugar está el charrúa y su descendencia mestiza que deambula por la campaña. Sin propiedad individual, pero que en su conciencia vive el concepto de que los campos y las vacas son de su propiedad. Este grupo conforma la mayoría de la población.

La masa nativa y mestiza se mueve por los campos abiertos en procura de comida y una changa y a veces de mujer. Sin autoconciencia del proceso que vive, asimila todo lo proveniente de Europa: telas y artículos de hierro, ideas y conceptos extraños a su mundo telúrico. La masa oriental, a través de breves siglos, va sintetizando espontáneamente dos concepciones: la nativa, de origen colectivista charrúa, y la europea, cada vez con más preminencia burguesa. En su conciencia vive la propiedad colectiva sobre los campos y vacas, porque la hereda de sus antepasados charrúas y mestizos.

A nuestro juicio, aquí existía una sociedad organizada sobre la base de la propiedad colectiva de la tierra. Desconociendo este hecho básico, además su sociología y sicología derivadas, desconociendo la inexistencia de mujer europea en nuestro país, exceptuando Montevideo desde 1726 -lo cual da a la mujer nativa el papel de educadora de las nuevas generaciones-, no es posible comprender cabalmente la contradictoria conciencia social surgida de los dos modos de producción en lucha durante siglos en nuestro territorio. Este pueblo gesta, a lo largo del siglo XVIII, su propia autodefinición. Y se definió por lo más avanzado de la época: la propiedad particular de un pedazo de tierra. Su máximo representante, en el momento preciso, será José Artigas.

En segundo lugar está el colono asentado con familia. El varón puede ser blanco o mestizo, pero la mujer siempre es nativa o mestiza (china). Estos ocupantes son aquellos *"colonos de que no tenía noticias"* mencionados por el cura Larrañaga. Este grupo es mucho más pequeño que el

anterior, pero con creciente poder económico. Puede estar asentado en campos de un gran latifundista ausente o de "propiedad" de la corona española. Son los pequeños y medianos productores rurales.

En tercer lugar está el gran propietario rural, *"el hacendado de puro nombre"*, el que *"no ve nunca la campaña ni pierde la comodidad de su casa; a sus puertas le conducen los cueros, que él hace gala de ignorar cómo se faenan"*. Estos "hacendados" generalmente son comerciantes, barraqueros, exportadores e importadores que viven en Buenos Aires o Montevideo.

Pero debemos hacer algunas diferenciaciones entre los dos sectores muy ricos de la futura clase dominante.

El comerciante y barraquero, importador y exportador, íntimamente ligado a Europa, conlleva resabios del feudalismo español y parcelas en desarrollo del pensamiento burgués. Es un grupo pequeño pero poderoso, que tiende más a la ideología burguesa oriunda de Inglaterra y Francia que hacia el espíritu feudal de origen español. Los campos y su posición social los compra con el producto de su comercio.

Junto a este grupo que compra grandes extensiones con poquísimo dinero, está un grupo más pequeño aun, el ligado directamente al poder real. Dice Mario Dotta y otros en *"El Uruguay Ganadero"*: *"De esta clase de poseedores que impedían el progreso agropecuario existen numerosos ejemplos de los que solamente citaremos uno. En el Archivo General de la Nación de Montevideo (Museo, Caja 2) existen dos documentos: uno datado el 13 de Junio de 1770, que contiene las sucesivas etapas de una denuncia de tierras, incluyendo las gestiones de mensura a nombre de Doña Francisca Alzáybar (esposa del Brigadier D. Josef Joaquín de Viana), de campos realengos sobre el Santa Lucía; el otro documento datado en Buenos Aires en diciembre de 1770, confirma dicha compra, actuando como personero de Doña Francisca de Alzáybar el propio D. Francisco de Alzáybar. Estos campos situados en la rinconada del Casupá y el Santa Lucía, tenían seis leguas de frente por diez de fondo, lo que supone unas 150.000 hectáreas (aproximadamente 178.470 cuadras). El precio pagado por estos territorios fue de $2,50 la legua cuadrada, y por hectárea el reducido precio de un milésimo"*.

De estos cuatro grupos sociales surgen cuatro formas de pensar diferentes y contradictorias. Es de hacer notar que, generalmente, el

pensar o la ideología no surge directamente del sector o clase social a que se pueda pertenecer, pues la clase social dominante económicamente también impone sus ideas y conceptos. Aquí, en este momento, es diferente, pues no debemos olvidar que era el principio de una sociedad en formación y apenas se esbozaban las concepciones del europeo. El igualitarismo campeaba. Hacía eclosión la síntesis de dos modos de producción.

Entre los dos primeros, a pesar de antagónicos, existen numerosos elementos comunes que atenúan esa contradicción. El estanciero cimarrón no puede escapar al influjo del medio geográfico y social, pues él, generalmente, también fue nómada, de a caballo, changador y contrabandista. En ese período la contradicción antagónica entre sedentarios y pueblo nómada apenas comienza a esbozarse. Se necesitan mutuamente. El errante encuentra un centro social en el establecimiento cimarrón que responde al ancestro humano de vivir en sociedad. Por el contrario, el gaucho o extranjero acriollado, asentado con su china, tiene necesidad de brazos para las tareas camperas. A pesar de que estas dos clases tienden a separarse cada vez más, se influyen recíprocamente por su común labor diaria, su idiosincrasia y sicología.

Si bien es cierto que el gaucho nómada va sumando a su necesidad de apenas un contacto social, un conchabo remunerado en la medida en que se va consolidando la propiedad privada, no es menos cierto que el gaucho asentado, después de dos o tres generaciones, más fuerte económicamente y con más conciencia propietarista, va comprendiendo que sus intereses reales están del lado de los más poderosos que él. En esos momentos son los pobres de la clase dominante. Pero los grandes latifundistas y el pequeño y mediano propietario comercian un único producto con el extranjero. Ambos están ligados al comprador de cueros, el cual, en esa etapa histórica, es portador de la ideología más avanzada para el progreso humano.

El sector más pobre de la futura clase dominante, procedente de la larga lucha contra el colectivismo charrúa por la posesión de la tierra e influido fuertemente por el adversario derrotado, no está exento de la presión ideológica del cliente comprador de cueros y de sus congéneres capitalinos. Este sector conlleva y desarrolla un fuerte sentimiento patriótico. Tiene inclinaciones nacionalistas. Se opone formalmente al

cliente comprador de sus cueros. Pero con el cliente se disiente, se regatea, pero no se cortan los vínculos económicos. Con el cliente se desarrolla un parentesco clasista con base en la propiedad de un pedazo de tierra. Esta clase media en ascenso se va distanciando en su manera de pensar, poco a poco, oculta y a veces demagógicamente, de la masa sin propiedad. Su conciencia propietarista se consolida aceleradamente, a pesar de que arrastre consigo -debido a su ancestro, al medio social y a su trabajo- costumbres y sicología de la masa de la cual es oriunda. Este es el estanciero cimarrón, el más tarde caudillo de montoneras en el pago que luchará junto a Artigas en defensa de su tierra y de su patria. Como propietario de mediana o pequeña extensión de campo, su preocupación básica es crecer y consolidarse legalmente según los dictados del poder español. Su lucha en esa etapa no es todavía contra la masa popular, indígena y mestiza, sino contra las leyes españolas y el gran propietario latifundista.

Resumiendo: cuatro son las maneras de pensar en nuestro país, diferentes y contradictorias, que emergen espontáneamente de sus respectivas bases materiales. Las masas charrúas y mestizas, con la posesión y uso de la tierra y sus productos que paulatinamente van perdiendo ante el avance del conquistador europeo. El pequeño y mediano hacendado, con precaria posesión de la tierra, en permanente lucha con el gran propietario, pero todavía unido a la masa popular. Y el gran latifundista que, a su vez, se divide en dos sectores por pequeñas diferencias originadas en los medios de que se valen para apropiarse de las grandes extensiones de campo.

La época histórica en que viven estos cuatro grupos humanos -época del tránsito mundial de un modo de producción inferior hacia otro superior, en este caso el capitalista-, propiciará muy pronto una suma de intereses que entrarán en choque con los imperios europeos español y portugués. Es conveniente insistir en que, en cuanto estas contradicciones imperaban en nuestro medio, a nivel mundial la burguesía europea avanzaba avasalladoramente en la conquista de colonias o ya estableciendo de hecho las bases de un nuevo modelo de dominio, visto hoy con toda claridad: el futuro neocolonialismo, con base en las relaciones económicas e ideológicas con las clases dominantes locales.

Nace un héroe popular

A finales del siglo XVIII y principios del siguiente, en Europa la burguesía lucha por consolidar su poder político como nueva clase social emergente del viejo mundo ya decrépito. Los reflejos de aquella cruenta lucha se hacen sentir en nuestro país a través de su ideología, que inflama las cabezas más cultas de Montevideo y Buenos Aires. Coincide la decapitación del mundo feudal europeo con las ansias del pueblo oriental de un reordenamiento social. Las masas se agitan. El cuerpo social se estremece. Se plantea la necesidad del surgimiento de la personalidad que encarne la cultura espiritual nacional y la ideología burguesa. Se plantea la necesidad de la personalidad que represente al gauchaje y al chinerío y a sus jefes inmediatos -el pequeño y mediano estanciero-, es decir, de esa manera de sentir y actuar de origen charrúa -cuya conciencia social rezagada aún perdura-, y que dirija el rompimiento de las trabas coloniales que impiden el desarrollo económico. Se abre la posibilidad de un salto para el desarrollo cuyo modelo formal es la flamante república del norte, pero sin excluir a la masa oriental como base para un desarrollo capitalista armónico.

Sin embargo, la prédica del periódico inglés *"Estrella del Sud"* era dirigido a los comerciantes y propietarios de estancias, no al pueblo: *"La brillantez que revista el espíritu de libertad penetrará la niebla que oscurece nuestros ojos"*. Y detrás de estas palabras atracaban en el puerto de Montevideo buques abarrotados de mercaderías baratas, al liberarse de la intermediación española.

Entonces, la necesidad social de unir el concepto de libertad que vive en el seno del espíritu nacional y el concepto burgués de libertad, cuyo portador es el comerciante inglés, genera la personalidad que hará esa síntesis. De las entrañas de este pueblo nace José Artigas.

Artigas, representación viva del medio

Del rezagado mundo espiritual del charrúa se impregnà la persona de José Artigas acerca de los derechos y valores humanos, porque en ese medio se nutrió su conciencia.

Dice Eduardo Acevedo: *"El hombre es obra de su medio, y aun cuando pueda alcanzar a modificarlo, y a veces lo modifica fundamentalmente, de la índole del escenario en que actúa resulta la explicación más acabada e indiscutible de sus hechos propios y de su vida misma"*.

Artigas, nacido en Montevideo en el seno de una familia con prerrogativas sociales, raciales y económicas, se formó bajo la doble influencia del mundo colonial europeo -con las clásicas ideas del conquistador- y el espíritu de la campaña que penetraba profundamente en los hogares capitalinos. Es de hacer notar, además, que la mayor parte de su vida transcurrió en el medio rural.

Entretanto, hasta su primer empleo a los 32 años de edad, que le ofreció el gobierno colonial, no pudo dejar de conocer las luchas burguesas por el poder en Europa. Quizás, también, con los compradores de cueros extranjeros conociera otros conceptos acerca de la libertad promovidos por la burguesía europea. Pero debió ser con Félix de Azara que se ampliaron sus conocimientos del mundo burgués europeo. En las largas charlas sostenidas con este progresista aragonés, en los fogones norteños, durante la fijación de las fronteras con Portugal, también debió conocer los pensamientos de los "déspotas ilustrados", Campones y Jovellanos, entrelazados con la vanguardia ideológica burguesa representada aquí por los compradores de cueros e introductores de mercancías buenas y baratas. Más tarde, junto a Monterroso, consultarían la Constitución norteamericana y a ideólogos burgueses.

Pero es en los campos orientales, desde muy joven, en los establecimientos de su padre, en las cuereadas a lo ancho y a lo largo del territorio nacional, entre los nativos y los gauchos, los charrúas y las chinas, donde absorbe y se forma con lo esencial del alma nacional: el humanismo y el amor a la libertad. Este humanismo -simple, primitivo, pero concreto-, es oriundo del colectivismo primitivo charrúa en su máximo desarrollo.

Establecía la obligación y el derecho al trabajo y a la propiedad con una escala de valores a la inversa de la impuesta en Europa: *"Los más infelices serán los más privilegiados"*. Y estas palabras estaban avaladas con una suerte de campo y ganados. No existían condiciones para proponer, a lo Cristo, un regreso a formas de trabajo ampliamente superadas. El humanismo artiguista respeta a la persona humana, como cuando se negó a ser el verdugo de sus enemigos. El humanismo artiguista creaba condiciones concretas para el desarrollo de la vida social, como cuando pedía arados y semillas para los agricultores abipones y guaicurúes.

El concepto de libertad, también de origen charrúa, no tenía ni podía tener el contenido del mismo concepto en la Europa de entonces. Para el burgués europeo la libertad popular era para atraer mano de obra que necesitaba, presa en los campos feudales. Para el pueblo oriental la libertad consistía en disponer de los campos *"de naide"* y sus vacas. Para el pueblo mestizo la libertad estaba indisolublemente unida a la continuidad e intensificación de la política del reparto de suertes de campos y ganados. La libertad se concretaba en la proliferación de la progresiva estancia primitiva.

La igualdad y la fraternidad alcanzó su gradación máxima en Purificación: *"todos le rodean y le siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miseria a su lado"*, admitió el cura Larrañaga. La consigna burguesa de libertad, igualdad y fraternidad, era sentida y practicada por las masas orientales.

Es en los campos orientales, entre su pueblo y su quehacer, donde se asienta la sólida base de su armónica ideología, aun cuando lo formal fuera de procedencia europea.

Por estas razones Artigas fue, según Eugenio Petit Muñoz, *"el mayor conductor de masas que ellas hayan tenido en aquella época, no sólo en la Banda Oriental, y no sólo en el vasto escenario de la Liga Federal, sino en todo el continente americano y en el mundo entero, durante la primera mital del siglo XIX, sin que podamos excluir de estas comparaciones ni al propio Bolívar, en quien la idea republicana quedó menoscabada por sus concepciones de Presidencia vitalicia con facultad de proponer al sucesor, y en quien la idea democrática quedó fuertemente contrapesada sucesivamente por la de su Senado hereditario de Angostura de 1819, o*

por la de una Cámara de Censores vitalicia, y por aquella misma Presidencia vitalicia de 1826 y la limitación del voto a los que supieran leer y escribir, en un país como Bolivia en que el analfabetismo era general, por lo cual, casi nadie, prácticamente, votaría. Ni podemos excluir tampoco de una comparación favorable a Artigas a la ya entonces poderosa, floreciente y liberal nación americana del Norte, porque aun cuando era republicana, federal y democrática, y, precisamente, el modelo originario para Artigas, de república, de federación y de democracia, su democarcia estaba en regresión para dar una parte cada vez mayor de poder a la plutocracia que en su seno se venía incubando. Ni podemos excluir tampoco de una confrontación con el ideal republicano indeclinable de Artigas, a la gran figura patriótica y moral del Libertador San Martín, héroe abnegado y austero... pero que trocó los principios iniciales de la Logia Lautaro por sus proyectos monárquicos reiteradamente sostenidos desde 1816..."

Los héroes populares no mueren porque sería tanto como matar al pueblo que los genera. El héroe es el pueblo. Los héroes se extinguen o se olvidan cuando representan los valores de las transitorias clases dominantes. El valor de un héroe está medido por el grado de representatividad de la masa popular en el espacio y el tiempo dados. Pero el pueblo cambia, evoluciona, se transforma, en su marcha ascendente, por tanto, Artigas, como pueblo, periódicamente se convulsiona en la búsqueda de superiores niveles de desarrollo.

Corolario de la penetración europea

Derrotado definitivamente el colectivismo primitivo charrúa, colonizada esta porción de tierra americana por españoles y portugueses, derrotado el artiguismo por la conjunción de intereses económicos antinacionales, saturada poco a poco nuestra tierra por los nuevos pobladores criundos de Europa, las primeras mezclas raciales se van diluyendo para formar otras que, por su origen y la época en que viven, conllevan la conciencia de su propio espacio y período histórico dentro

de la pequeña era del modo de producción de la explotación del hombre por el hombre.

La propiedad privada sobre el principal medio de producción oriental, la tierra, impuesta en toda su extensión, con el latifundio pronto adquiere proporciones gigantescas.

Pero la lucha por la tierra entre el pueblo y un puñado de personas continúa hasta el día de hoy. La tierra, como medio fundamental de producción, es vital para el pueblo uruguayo en su proceso de desarrollo material y espiritual.

El nuevo modo de producción oriental impuesto por los europeos y los criollos europeizados, dependió y aún depende de los altibajos de la rectora economía de los imperios que se suceden. La estructura conceptual artiguista, con la base espiritual del complejo charrúa pero adaptada a esa época histórica, se fue reduciendo a su mínima expresión por imposición de la dictadura de clase dominante, cuya política -encaminada especialmente al aplastamiento del espíritu charrúa- impulsó la inmigración, no de guaycurúes o abipones sino de oleadas tras oleadas de europeos, muy aptos para servir al sistema.

La penetración masiva europea aisló la sociedad uruguaya de su medio natural, el americano, violentando la formación de capas populares ajenas a su base ideológica y síquica. Así, la violencia se extendió a los gauchos, chinas, negros y mulatos. Expulsados del campo, los gauchos pasaron a los cuarteles a sufrir el vejamen del castigo físico –*"diez azotes por el reglamento y el resto por la cuenta"*; chinas, negros, mulatos y mestizos fueron desplazados a las orillas de los centros poblados, por imposibilidad de competir con elementos europeos con mayor cultura material y una espesa conciencia de sumisión y obediencia. Aquella primera sociedad criolla se fue extinguiendo al son de lo que los mismos invasores llamaron *"el lamento del cornudo"*.

TERCER TEMA

INGLATERRA, MADRINA DE MELLIZOS

Introducción al tercer tema

Las dos ideologías de los llamados partidos tradicionales sembradas durante la conquista, colonización y recolonización de los territorios charrúas, comienzan a definirse en los años de la ocupación luso-brasileña. Con la presencia en el país de una potencia extraña y rapiñadora, el lugar de cada grupo social en la economía del país se va haciendo conciencia y afirmando sus tendencias ideológicas.

La ideología de origen nacional, de la tierra oriental poblada con mayoría de mestizos, originada en los trabajos camperos, poco a poco perderá el leve contenido popular y solo expresará los intereses egoístas de los estancieros. Los jefes históricos blancos -con excepción de Bernardo Berro y el recordado caudillo Aparicio Saravia- pasaron por nuestra historia pregonando un conjunto de ideas cada vez más alejadas de los intereses concretos de las masas del campo. Propiciarán, sí, en con-

tubernio con su formal opositor ideológico, la expulsión del pueblo de los campos e incluso del territorio nacional. Muy pronto las concepciones nacionalistas en la cúpula dirigente del Partido Nacional se transformarán en una hipócrita ideología que solo conserva pálidos reflejos de su vieja aspiración en los periódicos golpes demagógicos en búsqueda de votos sobre las masas del campo... refugiadas en los "galpones" de los pueblos y ciudades.

Inicialmente el Partido Nacional aspiró a un desarrollo independiente de los imperios opresores, pero, precisamente por esto, siempre fue derrotado. El partido de los estancieros luchó por ser la clase rectora de la economía y la política, pero nuestra tierra fue recolonizada por la burguesía europea, impidiendo toda independencia real en los moldes del sistema burgués. La oligarquía vacuna aceptó muy pronto su papel de colaboradora pasiva y a veces activa de esos poderes extranjeros.

La otra ideología, la del Partido Colorado, impuesta a sangre y fuego por las potencias capitalistas, estuvo y está al servicio de la recolonización.

Aquel pequeño grupo en contacto con los compradores de cueros, exportándolos según las leyes españolas o contrabandeándolos; barraqueros, usureros, prestamistas, importadores, comerciantes -a veces ejerciendo todas estas "profesiones" a la vez- y el cada vez más numeroso grupo de "doctores" que nutren su saber con la historia que justifica la explotación del hombre por el hombre, fue el sector de la naciente clase dominante que desencadenó guerras y revoluciones, mató y asesinó para imponer el imperio de sus intereses económicos recubierto con el bonito ropaje conceptual de sus mandantes europeos.

Este sector oligárquico triunfante, después de la ignominia de su "Defensa" y de su connivencia antipatriótica con ingleses, franceses, brasileños y porteños para masacrar al pueblo oriental, tuvo, ciertamente, su época de caridad capitalista con las migajas de migajas que dejaba caer de su gran banquete el soberano burgués europeo. Era la época en que la oligarquía uruguaya lucraba con la muerte de millones de personas en los campos de batalla del mundo. Era la época del *"mí, batllista"*. Era la época de la importación masiva de conciencias ya secularmente elaboradas para el trabajo sumiso y con la abierta intención de "hacer la América". Era la época, además, de hacer valer la ideología burguesa incrustada en las

masas trabajadoras de procedencia europea. Era, también, la oportunidad del remate del agónico espíritu libertario de origen charrúa, refugiándose aceleradamente en los rancheríos y periferias de las ciudades.

Las ideologías de ambos sectores oligárquicos tradicionales se fue debilitando en sus respectivas bases populares a causa de su imposibilidad de dar soluciones reales para el progreso de las más amplias mayorías populares. La ley de lemas mantuvo un tiempo prisionero al pueblo. Pero pronto una nueva síntesis artiguista rompe esa camisa de fuerza y el pueblo, cada vez más unido, marcha hacia su liberación definitiva.

La burguesía europea recoloniza las Provincias Unidas del Río de la Plata

A principios del siglo pasado, la burguesía mundial en ascenso, encabezada por Inglaterra, exigía crecientes cantidades de materias primas para su floreciente industria. También exigía y conquistaba por todos los medios -de acuerdo con el método y el sistema tradicional de la propiedad privada- cada vez más mercados para sus productos manufacturados. Para satisfacer estas necesidades perentorias, la burguesía mundial se valió de la diplomacia y la persuasión, la intriga y el engaño, la prepotencia y el halago, el oro y las armas. Tenía la experiencia acumulada de los viejos bucaneros fenicios y griegos, de la esclavista Roma y siglos del claroscuro vaticano. Inglaterra era la heredera mayor de miles de años de imposición de la explotación del hombre por el hombre y del creciente individualismo.

En esta región de América, el pueblo trabajador anhelaba reorganizar la sociedad y satisfacer sus necesidades de acuerdo con los adelantos de la época. Para la masa popular, en esos tiempos, los medios de información eran los artículos de uso y consumo que se veían, se deseaban, pero a causa del intermediarismo parasitario español, no eran de fácil adquisición.

Para otros sectores sociales, la libertad deseada era para acceder a

superiores niveles de desarrollo a través del trabajo en los campos, la industria -la exportación del tasajo abría excelente nueva fuente de ingresos- y el comercio.

La opresiva corona española frenaba todo progreso. Por ello se sublevaron en 1810 contra el colonialismo español. Un objetivo material, concreto, la propiedad de la tierra y sus productos, estaba en la base del fervor patriótico. Por esta conquista lucharon y murieron, tanto propietarios patriotas como pueblo sin propiedad.

Pero la burguesía mundial estaba interesada en la recolonización, no en la liberación de los pueblos. Con su socio menor, la colonialista Portugal, ocultamente tramaron impedir la libertad de estos pueblos y repartirse el botín rioplatense.

En 1820 alcanzaron su objetivo. Las aspiraciones de los pueblos de esta región quedaron truncas. Lord Ponsomby, representante del gobierno y la burguesía inglesa, pocos años después, fue el artífice de la solución a las contradicciones que molestaban al imperio inglés.

Con la derrota de la federación artiguista por el connubio inglés, portugués y la oligarquía mercantilista porteña, se solucionó la contradicción principal en beneficio del imperio inglés. Ya no surgiría aquí ninguna potencia competidora con la poderosa Inglaterra. Ya nuestros pueblos quedaban condenados a abastecer de materias primas a la industria inglesa y consumir su manufactura. La experiencia le había enseñado que no debía permitir el desarrollo y la competencia, sino matar en la cuna al futuro adversario. Una potencia económica en el hemisferio sur americano era inadmisible. Para Inglaterra, con su experiencia en Europa por la supremacía, aquí era un juego de niños.

El ideario artiguista, síntesis ideológica regional con lo más avanzado de esa época, no se alcanzó. Vale decir, aquello por lo cual Artigas y su pueblo lucharon, quedó trunco, inconcluso. El desarrollo por la vía capitalista, en un salto que arrastraría consigo los valores humanos nativos -por lo menos exentos del lastre europeo-, fue destrozado en los campos de batalla por los recolonizadores y sus secuaces.

Desaparecido del escenario rioplatense el gigante de la democracia, José Artigas -el único con preclara visión del mejor camino para estos pueblos-, se inicia la lucha entre la corriente conservadora de origen ibérico y la corriente sub-burguesa dependiente de Inglaterra y Francia.

El pueblo comienza a ser usado en beneficio de estos dos sectores de la clase dominante.

En la Banda Oriental, solo a partir de las últimas décadas del siglo pasado, ya consolidado el poder oligárquico anti-artiguista, la figura del héroe, José Artigas, también comenzó a ser usada por la clase dirigente. Sólo entonces se reconoció a un Artigas formal, como los romanos a Cristo.

Del crisol de la personalidad de Artigas, la oligarquía -que retiene sin derecho el poder económico- extrae algunas formas ideológicas, pero con mucho cuidado oculta su contenido popular y concreto. No olvidemos que nuestro héroe reflejaba las necesidades, anhelos y aspiraciones de las más amplias mayorías de su tiempo. Tampoco debemos olvidar que era una sociedad con múltiples contradicciones. Pues así como luchaba el charrúa por un lugar seguro y en paz dentro de las nuevas condiciones impuestas por el extranjero usurpador, luchaban también sus descendientes mestizos y otros segmentos sociales pobres por un pedazo de tierra que se les negaba. Pero también luchaban por sus intereses específicos, la clase social conformada por los grandes latifundistas y los ricos comerciantes montevideanos.

Esta clase social apoyó oportunistamente al general Artigas en cuanto sus intereses fueron favorecidos y en cuanto aparecía factible la posibilidad de que Montevideo desplazara a Buenos Aires como principal puerto para la entrada y salida de mercaderías en el Río de la Plata. Pero estos latifundistas y mercaderes percibieron, poco a poco, el aspecto populista y el nacionalismo *sui generis* en la ideología artiguista -enemigo circunstancial de sus negocios con ultramar- y ante las poderosas fuerzas coaligadas de porteños, lusitanos e ingleses fueron desplazándose más hacia la derecha (fieles a su conciencia feudataria), creyendo consolidar sus ventajas económicas, sociales y políticas. Se produce, entonces, el momento entreguista y abyecto: esta clase social, sumisa al colonialismo europeo, servil, egoísta y cobarde, lame la bota del nuevo amo. Dos actos reflejan acertadamente su indecisión, ignorancia y oportunismo: el *"Viaje de Montevideo a Paysandú"*, narrado y protagonizado por el cura Larrañaga, reflejo fiel de esa oligarquía, y el recibimiento, por este mismo grupo de personas, con Dámaso Larrañaga a la cabeza, que se le hizo en Montevideo al jefe de los invasores portugueses.

Mal podremos comprender nuestra historia si la separamos del tejido económico-ideológico mundial de esa época y de las diversas contradicciones de orden mundial, regional y local, concatenadas e interdependientes. Por alguna causa nuestra clase dirigente vierte todavía crecientemente nuestro esfuerzo productivo en los centros de poder de Estados Unidos y Europa. Por tanto, la contradicción principal fue y sigue siendo entre el pueblo oriental y los centros mundiales de succión económica. Siendo así, aunque pequemos por redescubrir el agua tibia, debemos insistir en reactivar la memoria histórica.

Las oligarquías criollas se someten a Europa

Veamos someramente el contenido del pensamiento porteño, pues este, en la urdimbre inglesa, fue decisivo en los acontecimientos anti-artiguistas.

En el área política, la federación artiguista fue negada a causa del fundado miedo de la oligarquía porteña de que Buenos Aires se transformara -en el mejor de los casos- en mera capital administrativa y Montevideo en el principal centro comercial, quitándole a aquella las jugosas ganancias del puerto único. Y fue negada, además, por el pesado lastre colonial y feudal en la conciencia porteña, lo cual le impedía ver los mayores beneficios que obtendría por la vía propuesta por Artigas. La democracia se redujo a cenáculos privilegiados, satisfechos con su pequeño feudo, donde votaba apenas el cinco por ciento de la población, como ordenaba nuestra primera Constitución. Las reivindicaciones económicas populares simplemente fueron desconocidas por las leyes de la oligarquía o aplastadas por la violencia, cuando fue necesario.

Derrotado el artiguismo en el campo militar, quedaba solucionada la primera y principal contradicción. La segunda contradicción, la regional, se refería a las aspiraciones de la oligarquía porteña y al expansionismo lusitano.

El sueño, la aspiración máxima de los ricos españoles nacidos en América, era ocupar el lugar de privilegio de los españoles peninsulares,

como colonizadores. En la capital del virreinato, como en las capitales provinciales, los criollos ricos envidiaban al elemento español su posición política y social, ahondando las naturales diferencias generacionales. Los hombres criollos ricos jamás pensaron en la libertad y el bienestar de los pueblos, sino en ejercer el poder absoluto para enriquecerse sin impedimentos, sin el intermediarismo español, y vivir su fastuoso sueño de lujo y esplendor, propio de la concepción señorial y feudal española.

Después de Mayo, cuando tuvieron el poder político, la oligarquía porteña -integrada por comerciantes ligados a los negocios de importación y exportación, ricos prestamistas también con nexos extranjeros, y estancieros-, el núcleo más rico e ilustrado criollo del virreinato, solo pensó en cerrar y consolidar su coto de caza a las riquezas: el virreinato del Río de la Plata. Su mejor aliado era precisamente el imperio inglés.

Por esta causa la oligarquía porteña se negó al ingreso de Bolivia como provincia platense. *"Bolivia era el centro textil más importante del virreinato platense. En Cochabamba había, al filo del siglo, ochenta mil personas dedicadas a la fabricación de lienzos de algodón, paños y manteles, según el testimonio del intendente Francisco de Viedma. En Oruro y La Paz también habían surgido obrajes que, junto con los de Cochabamba, brindaban mantas, ponchos y bayetas muy resistentes a la población, las tropas de línea del ejército y las guarniciones de frontera. Desde Mojos, chiquitos y guayaros provenían finísimas telas de lino y de algodón, sombreros de paja, vicuña o carnero y cigarros de hoja"*. (Citado por Eduardo Galeano en *"Las venas abiertas de América Latina"*). Además, el recuerdo de la vieja ruta comercial española hizo temer a los porteños la pérdida de los mercados norteños.

Rechazando a Bolivia trancaron las puertas del norte. En lo sucesivo, las provincias argentinas dependerían del puerto único de Buenos Aires.

Vivián Trías, analizando la esencia del pensamiento unitario porteño, en su estudio *"Juan Manuel de Rosas"*, dice: Buenos Aires *"en su carácter de satélite privilegiado del Imperio Británico, o de satélite-metrópoli a la vez, se perfiló precisamente. Era la bisagra articulante entre el mercado internacional y el resto de la nación. Por esa función cobraba suculentas comisiones. Un porcentaje importante de los artículos importados de Europa, se revendían en las demás provincias y dejaban la nata del beneficio comercial e impositivo en la provincia privilegiada. En 1837,*

cerca del 40% de los textiles importados se consumieron en el interior y el 26% de las restantes manufacturas tuvo igual destino. También se revendían en los mercados provinciales grandes cantidades de azúcar (que competían con el azúcar tucumano), de yerba, tabaco, de trigo y harina (que también competían con productos nativos). A cambio de esos productos, Buenos Aires recibía de las provincias carnes, sebo, cueros y lanas para reexportar y licores, vinos, frutas y tejidos ordinarios para consumir. Es un comercio triangular, cuya llave está en poder de la burguesía intermediaria porteña".

En esta situación de privilegio, cerradas las puertas del norte y sin problemas por el occidente, ¿qué hacer con esta inmensa, poderosa y valiente Provincia Oriental, puerta de entrada principal de su gran feudo? No era posible dejarla como colonia portuguesa porque sería un incómodo, poderoso y amenazante vecino. Tampoco era conveniente que integrara las Provincias Unidas por el achatamiento, más tarde o más temprano, de la capital del ex virreinato. Menos aun era posible un país independiente con aquella enorme extensión territorial, casi todo aprovechable para la explotación agropecuaria. Recuérdese que por el tratado de San Ildefonso, a la Banda Oriental le correspondía bastante más territorio que el actual, límites que fueron exigidos por el gobierno de Oribe. Con razón dice Eduardo Acevedo en *"Historia del Uruguay": "(...) los porteños hubieran preferido la anexión del territorio oriental al Brasil, en la esperanza de evitar el engrandecimiento a que lo inclinaban su posición geográfica, su suelo y su clima".*

La burguesía inglesa, que no pudo conquistar estas tierras por las armas, solucionó la contradicción regional también en beneficio propio, dividiendo para reinar: cercenó la Provincia Oriental e impuso un pequeño Estado tapón. Al brasileño lo satisfizo con la mayor parte del territorio de la Banda. Tranquilizó a Buenos Aires, porque Uruguay, por su reducido tamaño, jamás podría ser su competidor en el mundo y quedaba definitivamente anulado para las provincias argentinas el odioso puerto de Montevideo. A la oligarquía montevideana -privilegiada en relación con sus congéneres de las provincias del interior- la contentó con su propio e independiente feudito. La segunda contradicción también quedaba resuelta en beneficio del recolonizador.

Sin embargo, atribuir la independencia de nuestro país a la obra

exclusiva del imperio inglés sería un gravísimo error, sería cerrar los ojos a la realidad histórica. El Estado tapón coincide con los intereses económicos y políticos de los imperios que se suceden, pero nuestro pueblo siempre tuvo vocación independentista por la sencilla razón de que el amor a la libertad se enraiza en el patriotismo charrúa.

Las masas orientales tienen un largo historial de lucha por su libertad, con un significado que trasciende las intenciones e intereses de sus enemigos recolonizadores. Manuel García, diplomático porteño y conspirador contra los intereses populares platenses, no se equivocó cuando argumentaba, en favor del Estado tapón, que los orientales siempre pedían ayuda a los argentinos cuando eran agredidos, pero una vez expulsado el extranjero, echaban a los de la otra banda del Uruguay.

La lucha del pueblo oriental

Pero todavía faltaba una tercera contradicción a solucionar: ¿cómo dominar a este pueblo amante de la libertad, valiente y siempre decidido a luchar por los objetivos artiguistas?. ¿Cómo eliminar la base material del artiguismo, representada por los millares de pequeños propietarios surgidos de la revolución independentista y agraria?

Esta tercera contradicción está íntimamente ligada a la primera porque la causa de nuestro subdesarrollo, dependencia y "estilo de vida" incierto y mediatizado, radica en la determinación de la burguesía europea de cuál habría de ser nuestro papel en el proceso de la producción mundial.

Sería un absurdo que pretendiéramos hoy un retroceso en la historia -como algunos propugnan- y reandáramos un camino muerto. La vieja burguesía es hoy imperialista. El pueblo oriental, en las condiciones materiales y espirituales en que fue forzado a vivir -y a convivir con la ideología del poder dominante-, desarrolló nuevas formas de lucha. El mundo cambió radicalmente, pues hoy existen millones y millones de personas que se han liberado de la explotación del hombre por el hombre y construyen una nueva sociedad. Más de una tercera parte de la humanidad dejó para siempre atrás la dolorosa etapa histórica de la

propiedad privada sobre los medios de producción y su secuela, el individualismo.

Esta tercera contradicción es la que intentaremos analizar, pues no nos cabe duda que nuestro pueblo, siguiendo el espíritu artiguista, continúa en la búsqueda del trabajo creativo, en paz, libre de contradicciones antagónicas, para explayar su natural generosidad en beneficio de la especie humana; pues quizás para esto, los pueblos se mueven constantemente por toda la redondez de la tierra, se mezclan e intercambian experiencias siempre progresivas.

Por tanto, siguiendo el curso de pensamientos anteriores, no olvidemos que el conquistador europeo dominó con facilidad a los pueblos nativos agricultores, pero no a los cazadores y sus descendientes inmediatos, como al sur de Chile y Argentina, Venezuela y otros lugares de América. No olvidemos que se instaló a lo largo de la costa atlántica una *"magna Europa"* que, junto a superiores técnicas para la producción de bienes materiales, trajo también consigo sus concepciones e ideas de sumisión y explotación del hombre por el hombre.

Así, anulada la amenaza artiguista, apagado el fuego popular de origen colectivista charrúa, la cáscara del crisol nacional fue usada -junto con el cepo y nuevos inmigrantes europeos- para amansar y vencer a la masa con preminencia nativa.

Los sectores económicamente dominantes en nuestro país, guiados por el imperialismo inglés se dieron a la tarea de domar a nuestro pueblo como quien doma un potro. La clase dirigente de blancos y colorados -latifundistas y comerciantes-, disfrazada de "demócrata", instauró su dictadura, más blanda o más dura, según fueran las circunstancias y sus necesidades. Y se cometería el mayor de los errores si se pensara que los imperialistas y sus ayudantes no estudian y planifican sus rapiñas tierra adentro y mundo afuera.

Los ayudantes del imperialismo inglés

Los personajes que se movían en la escena política y administrativa durante la ocupación luso-brasileña y en el Estado naciente -Lavalleja,

Rivera, Oribe, Lucas José Obes, Santiago Vázquez, Nicolás de Herrera, etc.- carecían de un rumbo ideológico definido. Ninguno de los jefes militares o civiles tenía un cuerpo armónico de ideas y conceptos, ni un cabal espíritu patriótico para organizar la vida de una nación que alumbraba. Ninguno fue fiel discípulo de Artigas. Los caudillos con más poder eran casi analfabetos, conducidos con relativa facilidad por los cerebros doctorados de Montevideo, Buenos Aires o de fuera de la región. Todos actuaban en función espontánea de su clase social, y conscientemente de sus intereses económicos personales, políticos o sociales.

Con la derrota de Artigas resurgió la conciencia del colonialismo español, y cambió de amo. Todos repudiaron al gran ausente, preso en Paraguay; algunos lo traicionaron abiertamente. Todos se prestaron al sucio juego de la burguesía mundial, de la oligarquía porteña o del imperio vecino.

¿Y el pueblo? El pueblo era usado con falsas promesas y con demagogia patriotera. A la masa desposeída para nada se la tenía en cuenta, a no ser para forzarla a verter su sangre en los campos de batalla. Si acaso, de reojo, se cuidaban de un gran número de efímeros poseedores de suertes de campo -ahora conservadores de su propiedad- agraciados por la política artiguista.

Lucas J. Obes, Nicolás de Herrera, Fructuoso Rivera, Santiago Vázquez y otros, jugaban su suerte en pro de la riqueza y la "gloria" personales al triunfo de la línea política de los portugueses y la burguesía europea (suponiendo a esta dependiente de aquellos); Lavalleja y Oribe apoyaban la línea política de la oligarquía vacuna porteña, semi-ignorantes de la patraña inglesa de una Banda Oriental "independiente", con su función regional específica, pero, eso sí, volcados por entero en la defensa de los intereses clasistas de la oligarquía criolla. Todos aprobaron leyes o firmaron decretos para la devolución de tierras a los antiguos o nuevos godos.

Nicolás de Herrera

Nicolás de Herrera, activo personaje de las manipulaciones en las altas

esferas internacionales sobre el destino de nuestro pueblo, era un cortesano al servicio de los europeos. Aunque nacido en Montevideo, su vida transcurrió por mucho tiempo fuera de la Banda. Por su formación española, por sus relaciones con la nobleza europea y carioca -fue presentado a Fernando VII, Napoleón y a su hermano José, rey de España- y su cultura derivada de estas relaciones de clase, nada tenía en común con el espíritu regional y menos con la masa nativa oriental. Durante las sordideces del directorio porteño con los ingleses y portugueses en Río de Janeiro, fue una especie de mandadero de Manuel J. García, diplomático argentino. A esto se debe que acompañara a Lecor cuando este entró en Montevideo y fuera recibido bajo palio con las bendiciones del cura Larrañaga. Fue antiartiguista desde 1815, cuando Artigas señalaba una clara democracia con una profunda base nativa y popular.

Como asesor principal de Lecor, Nicolás de Herrera propiciaba la expulsión lisa y llana de todos los *"pobladores de buena fe"* artiguistas y la inmediata devolución de los campos a los antiguos propietarios latifundistas. Lecor, más político que militar, hacía oídos sordos sobre las instancias de Herrera sobre *"las quejas de los propietarios de estancias contra el escandaloso desorden de los intrusos, que abusan de la protección generosa que V.E. les ha dispensado"*.

Este nuevo estamento social en formación, que ya no era revolucionario pero sí conservador de sus campos, no era nada despreciable para la estabilidad del dominio portugués. El saqueo y la rapiña, implícito en el sistema de la propiedad privada sobre los medios de producción, crea un sinnúmero de contradicciones que el general portugués pretendía dominar en beneficio del Imperio. Nicolás de Herrera, con cabeza feudal, tenía una corta visión política.

El 5 de octubre de 1822 le escribe a Fructuoso Rivera, *"su estrecho amigo"* y brazo armado criollo del Barón de la Laguna: "(...) *el Estado Cisplatino va a ser independiente y libre bajo la protección de Brasil, libre e independiente. Su forma de gobierno será la representativa constitucional, y un Jefe Supremo ejercerá el Poder ejecutivo. ¿Y qué nos importa que se llame Rey, Emperador o Director?"*. Clara sugerencia de quien asumiría el mando. La carta está fechada en San José donde Lecor tenía su gobierno. (Documento de E. de Salterain y Herrera, en *"Lavalleja"*, pág. 67).

Herrera desde San José remite también a su cuñado Lucas J. Obes, cartas fechadas el 18, el 20 y el 22 de noviembre de 1822, procurando alertarlo e indisponerlo contra los *"anarquistas de Montevideo"* y contra Lavalleja, que por ese entonces estaba en Clara, como empleado del jefe invasor, puesto debido precisamente a Nicolás de Herrera.

Cuando Lavalleja entró en desgracia con el Barón de la Laguna, Lecor, a causa de las conspiraciones para poner fin a la ocupación luso-brasileña, se le confiscaron los bienes. Rivera dio orden a Nicolás de Herrera para la ejecución de la determinación."*Don Nicolás de Herrera, sobrino político de Fructuoso Rivera que estaba al servicio de los portugueses fue comisionado por el mismo Rivera para levantar en peso todas las haciendas de aquella estancia, y conducirlas a San José (el pueblo) para alimento de aquellas tropas, o para darles el destino que ellos creyesen más conveniente. La tropa de carretas con las boyadas correspondientes se las apropió D. Frutos y comisionó a D. José M. Raña para que las vendiera en el continente* (actualmente Río Grande del Sur), *ignoran si fue con órdenes del general portugués. Doña Ana Monterroso de Lavalleja se presentó exigiendo los intereses de su marido e hijos -el Dr. Nicolás de Herrera le contestó que hasta las sillas de la casa se las habían de quitar*". (Documento recogido por E. Salterain y Herrera).

Nicolás de Herrera, como premio a su traición a la patria, recibió del rey portugués importante extensión de tierra en el Rincón del Rosario, que se apresuró a vender poco antes de la Cruzada Libertadora.

Cuando el emperador brasileño se decidió a poner en práctica el *"plan Ponsomby"*, ante el temor de perder el "Continente", Nicolás Herrera huyó del país, para regresar después y ocupar posiciones de gobierno como si nada hubiera pasado y sin el temor de repetir *"adiós mis campos y vaquitas"*.

Nicolás de Herrera estaba casado con una hermana de otro personaje abrasilerado, antiartiguista, con activa participación pública durante toda la ocupación extranjera y después como país "independiente": Lucas J. Obes.

Lucas J. Obes

Este hombre fue, sin lugar a dudas, el más inteligente de los "próceres" de nuestra independencia. Porteño de nacimiento, doctorado en Derecho en España, preso en Purificación por su temprano antiartiguismo, fiscal general del invasor portugués, diputado de la Cisplatina en Río de Janeiro, más tarde inspirador y redactor de los discursos de Rivera, traficante de esclavos negros porque *"la utilidad para las naciones cultas es un sinónimo de lo lícito"*, según sus propias palabras, el dr. Lucas J. Obes fue, como dice Nelson de la Torre y otros en *"Después de Artigas"*, *"sin duda el más característico de los teóricos de la contradictoria burguesía criolla en gestación"*. Después de servir en altos cargos en el Estado Cisplatino, se las arregló para ser fiscal general y ministro de Hacienda en el gobierno de Rondeau. En la primera presidencia de Rivera fue ministro de Hacienda, Gobierno y Relaciones Exteriores, ocupando los mismos puestos en la presidencia de Oribe y la provisional de Carlos Anaya.

Lucas J. Obes fue designado fiscal por el jefe de los invasores, Lecor, para dirimir el conflicto entre los antiguos godos latifundistas, *"malos europeos y peores americanos"*, y los nuevos propietarios artiguistas, que lucharon por la patria, esto es, el suelo en que se vive, se trabaja y se transforma, se extrae el sustento diario y se ama.

Por supuesto, si el objetivo de la invasión portuguesa era destruir la base ideológica artiguista e impedir el desarrollo por la vía capitalista, la tarea principal del invasor era quitarle las tierras a millares de pequeños propietarios nacidos con la revolución. Con muchos propietarios existía el peligro de que más tarde o más temprano renaciera lo que se combatía: el desarrollo independiente del país, enemigo del imperio inglés. Por tanto, era imprescindible la destrucción de millares y millares de pequeños propietarios rurales y la vuelta al sistema del gran latifundio -pocos con mucha tierra-, compañero natural del explotador mayor de los pueblos.

La existencia de gran número de propietarios se tornaba cada vez más peligrosa por el desarrollo que se iniciaba con la explotación de la carne

salada. El aprovechamiento de la carne -que antes la comían los perros cimarrones y otros animales carnívoros- pronto relegaría el cuero a segundo plano en la economía regional. A los ingleses no se les podía escapar este suculento negocio (como la historia lo probó después), especialmente teniendo en cuenta la alimentación de los negros esclavos introducidos por ellos mismos y los portugueses. No solamente existían numerosos saladeros, sino que en las propias estancias se iniciaba la salazón de carnes. ¿Qué pasaría cuando aquellos millares de pequeños propietarios produjeran crecientemente tasajo en su propio establecimiento? Sería como si hoy cada estancia, con ayuda de moderna tecnología, tuviera su mini-frigorífico. Los ingleses, previsores, y la burguesía criolla, miedosa, veían el resurgimiento del artiguismo.

Pronto Lecor y Lucas J. Obes -en las largas tertulias en la mesa del primero, el llamado *"club del Barón"*, donde era infaltable Santiago Vázquez- comprendieron que sería una tarea difícil y se requería paciencia y tiempo para destruir el artiguismo. Lecor pensaba abrasilerar la Provincia Oriental para siempre -una joya en la corona del imperio- y Lucas Obes y su cuñado Nicolás de Herrera lo secundaban, sin olvidarse de sí mismos en el reparto del botín de la recolonización.

Lucas J. Obes fue un ideólogo pragmático consecuente con esta política fundamental para el poder burgués europeo. La política de este porteño -verdadero fundador del Partido Colorado- fue continuada fielmente a todo lo largo de nuestra historia. No fue casual que este hombre actuara en los puestos más relevantes y decisivos durante la ocupación del país por una potencia agresora, y ocupara los mismos cargos antes y después de la independencia. Nótese que de diputado de la Cisplatina en la corte de Río de Janeiro -fugado de allá, según él, regresando con permiso del emperador, según trasciende del documento de su solicitud al emperador para regresar- pasa a Buenos Aires "preso" y "juzgado" precisamente por su congénere ideológico Rivadavia... Poco después lo vemos nuevamente en los puestos claves de la economía y la política montevideana, hasta su muerte.

En la lucha por la tierra, Lucas Obes es él que sienta las bases "legales" para que los grandes latifundistas y su Estado maniobren contra los "intrusos" o "poseedores de buena fe" artiguistas.

El problema fundamental después de Artigas se centra en lo siguiente:

la Provincia Oriental estaba poblada por miles de pequeños propietarios, pero porteños, brasileños, ingleses y la oligarquía montevideana querían quitarles las tierras.

Muchos de estos pequeños estancieros tenían títulos de propiedad otorgados por el jefe de los orientales, Artigas; muchos otros estaban asentados en tierras fiscales o de los viejos godos que huyeron de la revolución. Este pueblo mestizo, el verdadero generador de la personalidad de Artigas, era el principal enemigo del imperio británico, del emperador del Brasil y de las oligarquías porteña y montevideana.

Desde el otro lado del Plata, los porteños no querían perder su vieja "estancia oriental" cuando allí el poder lo detentaba la oligarquía vacuna -por ejemplo, durante el gobierno de Rosas-, o deseaban su independencia, con privilegios especiales para ellos, cuando el poder lo usurpaba la oligarquía portuaria bonaerense. Ambos sectores oligárquicos, *"peores americanos"*, se consideraban propietarios de muchas leguas de campo en esta Banda.

Por el norte, los brasileños usurparon más de 400 estancias con una superficie de 1.782 leguas cuadradas (según Mario Dotta y otros) y pretendían extender su penetración territorial.

Los ingleses, por su parte, una vez destruido el Estado artiguista, querían consolidar el dominio de sus comerciantes y prestamistas y, por supuesto, eliminar la base de un nuevo intento de desarrollo por la vía capitalista en su mejor forma. Esta fue la causa de la imposición del limitado desenvolvimiento impuesto por el Tratado de Paz de 1828.

En esta dramática lucha por la tierra también pugnaba la oligarquía montevideana. Es en este cuadro donde Lucas J. Obes tiene un papel preponderante en beneficio de su clase social ligada con los recolonizadores. En ese momento ya no es el poder charrúa quien defiende la patria, sino hombres cuyas ideas y conceptos provenían de los colonialistas, recubiertos con falsas ideas de libertad.

El doctor Lucas Obes, primer ideólogo y activista del Partido Colorado, se anticipó en muchas décadas al pragmatismo yanqui, solo que, con cabeza alienada, lo tradujo al revés: lo que es bueno para los imperios brasileño e inglés, es bueno para la oligarquía montevideana. Para Lucas Obes, como diría después Sarmiento, la sangre del gaucho no sirve ni para abono de la tierra, pues la cultura y la civilización estaban en Europa, y

por siglos debíamos mandarles la materia prima y recibir los productos elaborados más sus dones espirituales. Por esto, como dice Vivián Trías, "(...) *la alienación unitaria (colorados en este lado del Plata) se extendió a sus preferencias literarias, a su afán imitativo de las modas europeas, a sus costumbres y lenguaje*". Aquí en nuestro país, los hábitos, ideas y conceptos del imperio de turno fueron repetidos como un eco -remoto y ridículo- por los voceros del Partido Colorado y de una manera zorruna por los doctores oligarcas del Partido Nacional. Con este desprecio por la masa oriental y su cultura espiritual -hasta esa época radicalmente opuesta al individualismo servil de la oligarquía-, la tarea principal de la naciente clase dirigente era la de expulsar a la masa gaucha asentada con su china en las tierras orientales.

Lucas Obes conocía a fondo el problema agrario oriental por haber secundado a Lecor -como ya se dijo- durante toda la ocupación luso-brasileña, por tanto, era el hombre preciso para servir los intereses económicos extranjeros y de la oligarquía criolla.

Los documentos de propiedad de la tierra otorgados por Artigas nunca fueron reconocidos como válidos, por la sencilla razón de que nunca se reconoció la autoridad del jefe de los orientales. Estos propietarios solamente eran "ocupantes de buena fe". Para Lucas Obes los verdaderos dueños de la tierra eran "*los malos europeos y peores americanos*", así como los centenares de estancieros brasileños asentados a la sombra del ejército invasor. Es de hacer notar que, en el Estado oriental independiente no fue abolida la ley rivadaviana de enfiteusis, lo cual significaba que esa masa de poseedores era deudora del Estado por ocupar tierras fiscales. Esta ley de enfiteusis, modificada por el mismo Lucas Obes, fue complementada con otra por la cual no podían votar los deudores del fisco. Toda una red "legal" para el despojo de los millares de asentamientos artiguistas.

No era nada fácil la paz social en un territorio de conquistas antiguas y nuevas. Los viejos colonialistas reclamaban sus porciones del botín otorgadas por los reyes de España, o sus compradores usureros exigían el cumplimiento de disposiciones constitucionales -impuestas al margen de la nueva realidad nacional-, como el caso de Juan Jackson, comprador agiotista de Nicolás de Herrera, del Rincón del Rosario. Los innumerables "soldados de línea", poseedores o no, también aspiraban a un pedazo

del suelo por el cual luchaban y morían, con el derecho indiscutible del pueblo a organizar la sociedad según sus mejores intereses.

Tierra donde los cuervos se hartaron con los despojos del artiguismo. Paraíso "democrático" de la oligarquía reaccionaria. Montevideo, la Atenas de 20.000 habitantes donde 89 eligieron al alcalde en 1834. Mientras tanto, los imperialistas abonaban el brote ideológico de su ahijado, el Partido Colorado, con negocios sucios con la tierra del gaucho. El embrión del futuro Partido Colorado era alimentado y protegido por la burguesía europea a través de ese cordón umbilical, por donde vienen las ilusiones y se van las riquezas.

Lucas J. Obes continuará, entonces, la hipócrita política lecoreana de *"amparo a los pobladores de buena fe"*, según la cual se reconocía el derecho del poseedor, ¡pero no se le otorgaba título de propiedad! En la práctica se les desgastaba en una permanente angustia e inseguridad, y en cuanto se les quitaba la tierra, poco a poco, se hacían los grandes negociados con los títulos considerados "legales" o con las tierras fiscales vendidas a bajísimo precio a los zánganos usureros allegados a la rosca en el flamante gobierno colorado.

El poseedor, en general pequeños propietarios con títulos otorgados por Artigas, ya no era revolucionario. Rápidamente su conciencia propietarista se superpuso a su vieja conciencia popular, y actuaba en función de proteger para sí su pedazo de tierra. Ya no actuaba como integrante de la clase pobre del campo, sino en un sentido individualista. De revolucionario se había transformado en conservador de lo que, gloriosamente, se había ganado como patriota en los campos de batalla expulsando a los explotadores. Pero los explotadores volvieron, amparados en el poder del imperio inglés y sus servidores criollos. Y volvieron para quedarse. Se quedaron e hicieron su historia como vencedores.

Lucas J. Obes fue el principal articulador de los intereses de esos *"malos europeos y peores americanos"*. Lucas J. Obes fue el primer ideólogo del Partido Colorado.

Frucutuoso Rivera
"Frutos es corazón malo y traidor"

El cacique Polidoro y su familia y El Adivino y su familia, salvaron sus vidas rechazando la invitación de Fructuoso Rivera para la reunión de Salsipuedes, porque no confiaban en su antiguo jefe.

Debieron conocerlo muy bien, pues ambos jefes charrúas lucharon en varias batallas bajo sus órdenes. *"Frutos es corazón malo y traidor"* concordaron ambos caciques charrúas. Y no fueron a la macabra reunión.

Recordemos que los charrúas fueron los más fieles seguidores del héroe José Artigas. Recordemos nosotros -como lo recordarían Polidoro y El Adivino- que Fructuoso Rivera traicionó a Artigas en el momento más crucial de la lucha por la libertad de la patria, licenciando su tropa y entregándose al ejército portugués, previo pacto de reconocimiento del grado de coronel en el ejército invasor.

Dice Eduardo Acevedo: *"¿Pero qué importancia tenía la división de Rivera en aquel momento?*(...). *La derrota de Tacuarembó* (de Artigas) *coincidía con el derrumbe del Directorio y del Congreso de Tucumán. Había caído el jefe de los Orientales. Pero el Protector de los Pueblos Libres había llegado a la cumbre y necesitaba con más urgencia que nunca elementos y prestigios que actuasen sobre los tenientes (López y Ramírez) que tremolaban su bandera triunfante en las proximidades de Buenos Aires"*. Es decir, cuando el pueblo más representatividad ideológica necesitaba, Rivera actúa por sí y para sí, impropio del espíritu gaucho. Primó en Rivera el individualismo de su clase social.

Rivera fue nombrado por el jefe invasor, Lecor, comandante del Regimiento de Dragones de la Unión. Este es un cargo de mucha confianza que no se le da a un militar enemigo. Recordemos, también, que el encuentro entre Lecor y Rivera se produjo en Tres Arboles, lugar donde la familia de Rivera tenía enormes extensiones de tierras.

En lo sucesivo, Rivera prueba una y otra vez su fidelidad al imperio portugués, como cuando delató a Martín Rodríguez, gobernador de Buenos Aires, que intentaba reanudar la lucha contra los portugueses.

Rivera también fue diputado por los extramuros de Montevideo, en el Congreso Cisplatino, y apoyó la incorporación de la Provincia Oriental

a las posesiones del rey de Portugal, forzando una votación que repugnaba a la masa oriental. *"Como coronel del Regimiento de Dragones de la Unión, Rivera fue el primero, a pedido de Nicolás Herrera, en proclamar al emperador del Brasil, frente a su regimiento, arengando a oficiales y tropas en el sentido de la conveniencia de la dominación brasileña en la patria oriental."*

Rivera fue condecorado por el emperador con la insignia de *"Caballero del Hábito de Christo"* por señalados servicios, título que actuaba como "fantasma" en la conciencia del portador, según lo anticipara nuestro Artigas.

En noviembre de 1822, por orden del Barón de la Laguna, Rivera fue a sofocar el levantamiento de Lavalleja, forzándolo a pasar a Entre Ríos, consolidando de esta manera el dominio extranjero.

Fructuoso Rivera continuó acumulando méritos al servicio de la ocupación luso-brasileña hasta que cayó prisionero de su compadre Juan Antonio Lavalleja, poco después de iniciada la Cruzada Libertadora, y salvó su vida pasándose al bando contrario.

¿Puede un hombre con estos antecedentes -entre infinitos otros-, comprobados con numerosos documentos y admitidos por los mismos historiadores del Partido Colorado, ser patriota, amar a su pueblo y a su tierra? No, evidentemente. Artigas fue y es el ideal humano de todo oriental, y Rivera fue exactamente lo opuesto. Un Artigas o un fiel discípulo suyo -como los tantos que dejaron sus vidas en los campos de batalla o en la prisión de la isla Das Cobras-, jamás traicionaría a su pueblo ni tendría dobleces políticas inmorales con ninguna excusa. Rivera actuó exactamente a la inversa que nuestro José Artigas. Por esta razón nuestro héroe jamás quiso oír el nombre de Rivera después de su traición. No puede existir un uruguayo indefinido, si ama a su patria, entre la preclara figura del héroe nacional y su opuesto.

Veamos más detenidamente quién era y qué representaba este hombre en ese convulsionado período de nuestra historia.

Para comprender con más precisión la persona llamada Fructuoso Rivera, debemos tener presente lo expuesto a lo largo de este trabajo. No olvidemos el papel hegemónico y determinante de la burguesía europea, en ascenso económico e ideológico en ese período. No olvidemos que esa burguesía planificó y desarrolló su penetración para el sometimiento de

estos pueblos por la vía del neocolonialismo que comenzaba a practicarse, valiéndose de toda una escala de personas y recursos sucios, llegando -cuando era necesario- hasta la destrucción completa de un pueblo, como más adelante lo hizo con el pueblo paraguayo.

Repasemos: Artigas planteó junto a la lucha por la independencia de España, también la independencia económica de esta región. Y aquí, en nuestro territorio, las clases desposeídas insurgieron con violencia no solo contra la opresión de los colonizadores españoles, sino también contra *"los peores americanos"*. Lucha de clases que pudo habernos conducido por una vía independiente de la burguesía mundial dominante. Por supuesto, dentro del sistema capitalista. Por tanto, era necesaria la consecuencia revolucionaria y fidelidad al pueblo para alcanzar el triunfo de los objetivos propuestos. A Rivera lo traicionó su propia conciencia de clase rica, puesta a prueba en los momentos más difíciles de la lucha. A la mayoría de los tenientes de Artigas les tocó la prisión, el destierro y la muerte. Rivera siguió la vía abyecta de la traición y la colaboración con el enemigo.

Por esto, a partir del encuentro con el jefe invasor en Tres Arboles -en un latifundio de su propiedad que por supuesto salvó de la rapiña invasora-, Rivera fue usado hábilmente por la burguesía europea a través del pragmático Lucas J. Obes. Después, la historia la escribió el vencedor. Y esa historia no está bien contada.

Rivera fue llevado a la presidencia de la República porque era el único que tenía cierto prestigio -ganado demagógica y arteramente- entre el gauchaje asentado en un pedazo de tierra y era hombre de confianza de los poderes extranjeros. Y la política de Lucas Obes, relativa a la destrucción de la base del desarrollo capitalista a partir del campo, debía ser de mucha cautela, retomando la línea de Lecor.

Mientras Rivera tranquilizaba de palabra a los propietarios artiguistas y gauchos asentados en tierras del Estado, Lucas Obes cuidaba el prestigio de Rivera, pues este era su brazo armado para el éxito de su política pro-imperial. Por esto, al finalizar el año 1833, un decreto del gobierno de Rivera -por iniciativa de Lucas Obes- "desconoce" el derecho de los propietarios godos y porteños porque *"la peligrosa lucha entre poseedores y propietarios de terrenos abandonados en el curso de la revolución, asegurando a aquéllos el tranquilo goce de los que hubieron*

de la mano del tiempo y las circunstancias, sin defraudar a éstos del derecho que pueda competerles por cualquier título legítimo" -eran "legítimos" los títulos de gobiernos extranjeros pero no los otorgados por el gobierno de Artigas-, mandaba adjudicar las tierras a los poseedores, pero salvaguardando el *"derecho de los propietarios supuestos o verdaderos"*. Por supuesto, "adjudicar" no significaba darles títulos de propiedad, había condiciones que los gauchitos no podrían cumplir.

En ese momento -y de aquí la causa del decreto-, Rivera estaba perdiendo el apoyo en el campo -en beneficio de Lavalleja, apoyado por los latifundistas bonaerenses- de los viejos y nuevos pequeños propietarios que pretendían afirmarse. Esta era la base de una futura burguesía nacional que Inglaterra combatía y jamás permitiría desarrollarse.

A Fructuoso Rivera, militar al servicio de la burguesía europea, se le acusa de ocho graves cargos en su gobierno -como enumera Carlos Machado en *"Historia de los Orientales"*-, consecuencia obligada de sus aventuras políticas después de la traición a Artigas: "(...) *la desaprensión para atender su cargo descuidando controles administrativos y alejándose de sus obligaciones en la capital, el desorden y la malversación que imperó en las finanzas, la violación abierta de la ley, el genocidio cometido contra los charrúas, los grandes negociados ligados al problema de la tierra, la intromisión abierta en problemas ajenos, la ligereza con que se promovió la intervención ajena en nuestras cosas y la severidad revanchista con que se persiguió a los adversarios"*.

Cuando Rivera -después de su derrota de India Muerta- ya no es útil a la oligarquía colorada, simplemente lo destierran al Brasil. Vivió miserablemente y para nada le sirvió el título de barón de Tacuarembó, ni la condecoración de *"Caballero del Hábito de Christo"*, ni sus títulos de ex general en jefe y por dos veces presidente de la República. El mercenario simplemente fue despedido de su empleo.

Hasta hoy, toneladas de papel se gastan en un vano intento de erigir a Fructuoso Rivera en un símbolo nacional, pero el pueblo, con la misma firmeza y decisión que impuso a la oligarquía a José Artigas, rechaza el símbolo de la oligarquía traidora. Rivera fue una persona útil a su clase social, de aquí la admiración de los dirigentes del Partido Colorado por un personaje que supo usar la sicología gauchesca como un buen capataz de los recolonizadores.

La Defensa

Inmediatamente después de la derrota del artiguismo, comenzó la lucha política interoligárquica por el usufructo sectorial de la riqueza nacional.

El Partido Colorado nace entre las personas directamente ligadas con el comercio exterior y el mundo de las finanzas. Es un grupo minúsculo radicado en Montevideo. Es natural que esta gente estuviera bajo la influencia extranjera en los hábitos de vida y en la manera de pensar, pues en aquellos días comenzaba a expandirse por el mundo la ideología burguesa como cobertura del dominio económico. Estos comerciantes tenían, además, una estructura síquica predispuesta a la sumisión impuesta por el poder español.

El otro sector de la oligarquía criolla, mayoritario y con respaldo patriótico de masas, era el producto creado por el medio social del conquistador español y su descendencia. Este sector social -para la época tradicional clase dirigente- se consideraba la propietaria de la tierra conquistada a sangre y fuego. Era la portadora, además, de los resabios feudales de origen español. Aspiraba, desde luego, a una independencia política, nacionalista. Pero chocó con el poder burgués europeo que exigía sumisión y dependencia económica.

En los vaivenes de la política interoligárquica pos-artiguista, se produce la Cruzada Libertadora liderada por Juan Antonio Lavalleja, representante de los grandes estancieros rioplatenses. Son derrotados los luso-brasileños. Se pacta la "independencia" de la Provincia Oriental. Los ingleses y brasileños maniobran e imponen a Fructuoso Rivera como primer presidente de la flamante República.

Con Rivera presidente se garantizaba la demagogia en el campo y el paulatino desalojo de los pequeños propietarios artiguistas y los nuevos ocupantes regresados del campo de batalla de las frecuentes guerras. (No olvidemos que Uruguay en esa época era casi un desierto, pues toda la población del país era la que tiene actualmente el Departamento de Rivera, lo cual da una idea de la desesperación de unos pocos para acaparar tierras).

Al final de su período, Rivera nombra a su sucesor: general Manuel Oribe, segundo jefe del Ejército, después de Rivera.

Manuel Oribe era un militar de carrera. Hijo y sobrino de militares. *"Su nombre se ligaba con el patriciado de Montevideo y remontaba sus vinculaciones a la propia nobleza española (era nieto del primer gobernador que tuvo la ciudad, y por ese linaje -el de su madre: Viana- estaba emparentado con Rodrigo Díaz, el legendario Cid y por doña Jimena con Alfonso VI)"* ,apunta Carlos Machado en *"Historia de los Orientales"*.

Como nieto de José Joaquín de Viana -un español de la nobleza- y por formación militar, Oribe heredaba un ancestro feudal y un definido concepto de jerarquía. No tenía las tendencias "burguesas" de la época. Por esto Lucas Obes y sus secuaces no vieron con buenos ojos la elección. Pero quien mandaba era "el gobierno a caballo" de Rivera, como alguien lo definió. Oribe era amante del orden y "defensor de las leyes" precisamente porque ambos conceptos se complementan para la defensa de su personalidad clasista y su formación militar.

Oribe fue honesto en la administración pública y fiel a los principios de su clase social. Oribe saneó las finanzas públicas, pero no olvidó de firmar decretos devolviendo tierras a latifundistas bonaerenses, compromiso adquirido anteriormente por Lavalleja.

Oribe inició una política opuesta a la de Fructuoso Rivera y este fue usado nuevamente por portugueses, ingleses y franceses. No le convenía a la burguesía europea la política de corte nacionalista iniciada por Oribe. El brazo armado de esa burguesía, Rivera, interviene y Oribe es forzado. a renunciar.

Muy pronto se demostrará que el pueblo oriental estaba masivamente respaldando el nacionalismo de su clase dirigente, pero con un sentimiento patriótico que esa misma clase dirigente lo irá perdiendo paulatinamente: la invasión de Oribe arrastra en masa la campaña para poner Sitio a Montevideo, barricada de la burguesía europea.

Casi diez años dura el sitio. Un gobierno honesto, aunque oligarca, se ubica en el Cerrito. Un gobierno espúreo, vergonzosamente extranjerizante, se instala en Montevideo. Algo más de doce mil hombres en el campo sitiador, todos orientales y argentinos (aquí es conveniente recordar las palabras de Manuel J. García sobre el pedido de ayuda a los argentinos). Defendieron Montevideo 2.500 franceses al mando de

Thiebaut, 500 italianos de Garibaldi, 500 argentinos enemigos de Rosas al mando de Paz, apenas de 200 a 300 orientales. La defensa contaba con el apoyo naval de 50 buques europeos con 600 cañones y 6.000 soldados listos para desembarcar y defender la ciudad. *"Lepredour* -señala Carlos Machado-, *el agente francés, se animó a confesar: 'Montevideo no tiene ningún medio propio de resistencia y sin el temor que los extranjeros ejercen sobre sus habitantes, éstos habrían abierto las puertas de la ciudad y llamado a Oribe'."*

"Es preciso que sepáis -dice Thier en París, recogido por C. Machado en *"Historia de los Orientales"- que esa república de Montevideo ha sido impulsada a la guerra por Francia* (...), *el bloqueo de Buenos Aires no ha sido posible sino porque Montevideo nos ha suministrado medios de refresco para nuestros buques, víveres, abrigo, reparo, en una palabra: lo que se llama una base de operaciones* (...)". Preguntará después: *"¿Sabéis quiénes gobiernan en Montevideo? Jóvenes muy distinguidos, educados a la francesa* (...) *¿Sabéis lo que es Montevideo? Es una ciudad francesa de cultura francesa, de gente francesa* (...) *es un gobierno formado por nosotros y para nosotros* (...) *nuestra colonia de Montevideo"*.

La población francesa en esos momentos ascendía a 25.000 personas sobre un total de 70.000 habitantes en todo el país, la inmensa mayoría mestiza.

Estos extranjerizados y recolonizados por la burguesía europea ofrecieron a Inglaterra que se hiciera cargo del país como un protectorado de la Corona británica. *"Es una gavilla de hombres prostituidos miserablemente al extranjero"*, se les calificó.

Luis Alberto de Herrera señala con relativo acierto cuando toca el tema de "La Defensa" en *"La Tierra de los Charrúas": "Las intervenciones* (...) *señalan la intromisión absorbente de las potencias europeas en nuestros negocios. Sus buques sostuvieron el bloqueo, su dinero obtenido en abundancia, solucionó el problema financiero, sus súbditos constituyeron el núcleo de la guarnición"*.

Es importante insistir en la observación de la llamada "Defensa" porque es en esos diez años cuando se clava en nuestro país el aguijón de la dependencia a través del Partido Colorado. El triunfo de esa minoría insignificante -apoyada por el inmenso poder extranjero- impuso una orientación política que perdura hasta hoy.

Es verdad que el gobierno de Oribe en ningún momento insinuó una tendencia política artiguista. Por el contrario, los grandes latifundistas hispánicos o de este origen, vieron consolidadas sus aspiraciones fundiarias en perjuicio del pueblo poseedor de pequeñas parcelas de tierra. La política sobre la propiedad de los campos -iniciada por Lucas J. Obes- solo se modificó para beneficiar a los terratenientes porteños.

La victoria de los hombres de la "Defensa" fue la consolidación de los planes de dominio del imperialismo inglés, sin los gastos de la ocupación militar. Se impuso el neocolonialismo con la cobertura política del Partido Colorado, cuyos escasos componentes estaban sometidos económica e ideológicamente a la metrópoli imperial. De allí en adelante todas las variantes del idealismo burgués serían posibles, pero jamás escaparían del centro dominante.

Posteriormente vinieron conatos reivindicativos del otro sector de la clase dominante, cuyos exponentes fueron Berro y Saravia.

Pero antes de pasar al gobierno de Berro, veamos la composición social de la nueva República Oriental del Uruguay, como fruto de "La Defensa".

El choque de dos culturas

El embajador brasileño en Montevideo se lamentaba -poco después del '51-, según documento en *"Historia de los Orientales"* de Carlos Machado: *"El partido blanco es el más numeroso, sin discusión posible. Y la necesidad de transigir con él resulta inevitable. Desgraciadamente, el partido que defendió a la plaza de Montevideo contra las fuerzas sumadas de Rosas y Oribe representa, si no contamos a los extranjeros, a una fracción apenas diminuta"*. Transcribe el mismo historiador Machado, pensamientos del propio apátrida Sarmiento: *"Navegan las aguas del Plata los genoveses como patrones y tripulantes de cabotaje; hacen el servicio de changadores robustos vascos y gallegos; las boticas, droguerías y tiendas de Montevideo, tiénenlas los italianos; franceses son la mayor parte de los comerciantes, modistas, tapiceros, doradores y pelu-*

queros; ingleses dominan en el comercio de consignación y almacenes; alemanes, ingleses y franceses, en las artes manuales (...), los vascos (...) explotan por millares las canteras de piedra; los españoles ocupan la plaza de revendedores de los comestibles; los italianos cultivan la tierra (...) los canarios, en fin, siguiendo la costa, se han extendido en torno a Montevideo y cultivan cereales... No son argentinos ni uruguayos los habitantes de Montevideo; son europeos que han tomado posesión de una punta del suelo americano (...)" ¡Y Sarmiento feliz, porque odia profundamente al pueblo mestizo!

Estos nuevos varones -y muy pocas mujeres- ya no eran solo españoles y portugueses, sino también italianos, franceses, ingleses y alemanes; vienen y se quedan para "hacer la América". Pero al final la América los hará a ellos. Impondrán el individualismo burgués en el cual han sido formados, pero en pocas generaciones adoptarán otras características propias de las primeras mezclas raciales que habían echado raíces en el cambiante ser social oriental. Sus hábitos y sicología fueron adaptándose al nuevo medio en un proceso de permanente cambio. Nuevas clases sociales comienzan a formarse y a luchar entre sí. Pronto habrán de hacerse presentes -también originarias de Europa- ideas obreristas y variantes de la misma ideología burguesa más proclives a mantener el dominio de la clase que se impuso en "la Defensa".

Los nuevos colonizadores europeos comenzaron a desarrollarse en Montevideo y los departamentos vecinos, y pronto penetraron al interior del país. Estos *"europeos que han tomado posesión de una punta del suelo americano"*, según Sarmiento, traen una superior cultura laboral y concepciones e ideas del capitalismo proto-imperialista, pero, naturalmente, estaban ausentes el sentimiento de patria y los valores espirituales de los hijos de la tierra oriental.

El pueblo oriental pos-Defensa está compuesto por dos comunidades bien definidas: la masa del campo, portadora de las virtudes y valores gauchescos, patriota -oriunda de la mezcla de la madre nativa con el portugués y el español- y deseosa de un pedazo de tierra porque es en lo único que sabe trabajar, y la primera generación de nuevos europeos, extraños a la tierra oriental. Son dos culturas que se rechazan mutuamente: la cultura espiritual de tierra adentro y la cultura material que generaba el cosmopolitismo, que aún no coinciden. Son dos culturas que lucharon

desde muy temprano y sentaron las bases populares de los llamados partidos tradicionales, blanco y colorado. Pero, también, son dos partidos cuyas ideologías tienen en común la explotación del hombre por el hombre, el dominio de una clase sobre otra.

Berro, el imperialismo inglés y sus ayudantes regionales

El gobierno de Bernardo Berro fue, sin lugar a dudas, el más serio, honesto y nacionalista que tuvo nuestro país en toda su historia posartiguista.

Bernardo Berro fue claro, preciso y firme al defender la soberanía de la nación frente a la prepotencia brasileña, a la rapaz Inglaterra y al traidor gobierno unitario porteño.

El gobierno de Berro mejoró toda la estructura económica del país: propició y aumentó el número de bovinos y ovinos, así como la importación de animales para el mejoramiento zootécnico; extendió los cultivos de cereales; creó la moneda nacional; pagó gran parte de la cuantiosa deuda externa; protegió a los trabajadores estableciendo un salario mínimo; pobló las fronteras del norte, de donde surgiría nuestra Rivera; y, lo más interesante, lo que indica el espíritu y acción artiguistas, distribuyó campos de 900 cuadras y chacras de 60, extendiendo la base productiva; en el terreno de los derechos humanos (no por intereses económicos mezquinos) defendió firmemente la libertad de los negros, especialmente contra el esclavista Brasil.

Sin embargo, en el plano político cometió el grave error, buscando la unidad del pueblo oriental, de dar los mandos del ejército a los incondicionales del imperialismo inglés.

Inglaterra, fiel a su principio de ahogar cualquier futuro competidor, decidió acabar con el rebrote desarrollista oriental, y con el cada vez más poderoso Paraguay. El gobierno inglés orquestó los asaltos.

El señor Thorton, embajador inglés en Buenos Aires, contaba para esta empresa con la casta dirigente brasileña -histórico hermano menor del inglés en sus correrías de rapiña por el mundo-, con el obsecuente Mitre

y el traidor Venancio Flores. Era necesario el aplastamiento del gobierno nacionalista oriental para que Montevideo, luego, sirviera de base de operaciones para el asalto al Paraguay.

El ejército brasileño, al mando de Menna Barreto, tomó el centro del país y Salto. La escuadra brasileña, al mando de Tamandaré, bloqueó Montevideo y el litoral uruguayo. Pronto se consumó la tragedia de Paysandú con el aporte del partido unitario porteño y la saña sanguinaria de Venancio Flores.

Por tercera vez el pueblo oriental es derrotado. Por tercera vez la burguesía europea encabezada por Inglaterra empuja contra nuestro país a sus fuerzas armadas regionales. De allí en adelante, el Partido Colorado -impuesto por ese poder extranjero como herramienta ideológica de dominación- cumplirá sin muchos tropiezos su tarea de nexo recolonizador de los imperios que se turnan.

Aparicio Saravia y José Batlle

Solo merece mención el intento de Aparicio Saravia de revertir este proceso pro-imperialista. Su muerte inicia lo que más adelante se llamará asesinato selectivo.

Aclaremos, antes, detalles significativos: a finales del siglo pasado y principios de este, nuestra campaña estaba todavía muy poblada. El latifundio, recién alambrado, forzaba la emigración que el gauchaje no quería aceptar. Estaba en su medio. Estaba allí donde su histórico trabajo lo había formado con sus propias características culturales. Los ranchería, "pueblos de ratas" de reciente formación, se contaban por centenares. Las ciudades del interior eran pueblos grandes que se ensanchaban en sus periferias como galpones de estancias cimarronas, habitando en el centro los estancieros y comerciantes. Entonces, como hoy, carecían de industrias capáces de atraer mano de obra. La desocupación campeaba. Los salarios, de ocho pesos de la época de Berro, habían descendido a cinco. El hambre y la miseria popular, en medio de la carne gorda -como hoy- iba en aumento.

Mientras tanto -como hoy- la oligarquía montevideana, dueña del

poder y la riqueza, vivía su equívoco sueño de burgués europeo. Impedía el voto de grandes masas populares, trampeaba elecciones, hacía grandes negociados sucios en su propio beneficio. Lo grueso de la riqueza nacional se lo regalaba al extranjero.

Pero esta oligarquía, a partir de "la Defensa", aceleró la importación de colonos europeos. Era la forma de darle base popular al Partido Colorado. Poco después surge su ideólogo y su arquitecto: José Batlle y Ordoñez. Este, desde su primer viaje a Europa se hizo consciente de la importancia política de esta corriente migratoria. Durante su primera presidencia llamó al país a 50.000 nuevos europeos. Pocos años después se llegó a la cifra de 250.000. Pronto se alcanzó un equilibrio con el número de personas originarias del interior del país. El proceso de fusión de la cultura espiritual de tierra adentro y la cultura material del extranjero ya había comenzado. Ahora se aceleraba.

La sucesión de oleadas de colonos europeos fue impulsando la economía de un Uruguay casi desierto. Instaló una reducida industria liviana y desarrolló la agricultura. Más allá de ciertos límites chocó con el sagrado latifundio. La condición de país dependiente estaba pautada por la burguesía extranjera.

Sin embargo, a pesar de que el colono venía a trabajar y hacerse rico, no podía dejar de traer consigo no solo una conciencia capitalista sino también la influencia de las ideas progresistas de una clase obrera europea que allá conmovía los cimientos de su clase dominante. El colono europeo dio una fisonomía más moderna a esta *"punta del suelo americano"*. Por su influjo universalizó un aspecto de nuestro folclore, aunque con la contradicción de una música alegre y una letra de transitorio lamento. Asimismo amplió la cosmovisión de todo el pueblo oriental y elevó su nivel político. El ejemplo más típico de este europeo quizás fuera Domingo Arena, dejando atrás sus inquietudes anarquistas para darse íntegro a la persona e ideología de J. Batlle y Ordoñez.

El colono europeo se impuso desde el principio como un estamento social por encima del criollito, aun los bandidos mercenarios al mando de Garibaldi. Procreó y se fundió con la nativa mestiza. Blanqueó a los numerosos negros montevideanos. Pero a su vez, no dejó de ser modificado por el criollaje arrabalero. Las primeras generaciones de esta mezcla se exhibieron con orgullo como hijos o nietos de inmigrantes de tal o cual

país. Esto reflejaba una posición clasista oriunda de la ideología burguesa impuesta en Europa, una sicología originaria de otro medio y un espíritu cosmopolita que tiende a extinguirse. En oposición a esto también vivían -y aún se observa- reminiscencias del espíritu colectivista, con sus valores específicos, en los sectores pobres que siguen la demagogia de la cúpula blanca y en desprendimientos progresistas de las bases populares del Partido Colorado.

Hechas estas consideraciones, podremos ubicar el momento en que se produjo el levantamiento de Aparicio Saravia. Una moderna bala asesina no permitió comprobar si la consigna de *"aire libre y carne gorda"* hubiera sido un viraje en la política entreguista del Partido Colorado y un desarrollo libre e independiente, honesto y nacionalista como lo proclamaba su caudillo.

Pronto se produjo el segundo éxodo del pueblo oriental. Solo que esta vez fue contra su voluntad. La población del campo se fue en busca de subsistencia. Cada vez más hacia el sur. Por allí comienza a producirse la fusión de las dos culturas. Por abajo, desde las capas sociales más pobres, poco a poco Artigas comienza a remozarse, a revigorizarse. Por arriba, la oligarquía colorada y blanca también comienza su fusión, pero para un mejor servicio al nuevo imperio que comienza a nacer: los Estados Unidos del Norte.

Puede decirse que Saravia representaba esa cultura moral de tierra adentro, producto de la vieja mezcla de la nativa con el español y el portugués. Batlle representaba lo opuesto -con sus grandes masas europeas recién venidas-, imponiendo con relativa facilidad una variante de la ideología burguesa, la socialdemocracia, más adecuada para captar esas nuevas masas.

Los europeos ya habían conquistado allá el voto universal y secreto, un mejor sistema electoral, las ocho horas para el trabajador, pensiones y seguros sociales. Esos trabajadores recién venidos -usados por la oligarquía extranjerizante para consolidar su poder- portaban antecedentes de lucha histórica muy diferente a nuestra primera sociedad. Habían sido esclavos y siervos. Habían ascendido a clase obrera, aun cuando su conciencia fuera capitalista impuesta desde arriba. Nuestro pueblo inicial, casi virgen en la lucha de clases, se funde con masas con vivencias milenarias de la explotación del hombre por el hombre y con un indivi-

dualismo apto tanto para ascender en la escala social, enriqueciéndose, como para iniciar la lucha por su liberación como "clase en sí".

En Europa es la época de las grandes luchas de la clase obrera. Es la época del gran Lenin. Es la época en que la combativa Rusia está preñada de revolución. Uruguay, país sometido y subdesarrollado, no escapa a esta conmoción mundial y su clase obrera tempranamente inicia su lucha. Y es en medio de estos combates de clase que se van fusionando ambas culturas. La proveniente de Europa se va plasmando en la que se "exilia" en los arrabales montevideanos, primero; luego continúa en las ciudades del interior, por penetración del europeo.

El Partido Colorado capta estos inmigrantes desde muy temprano. J. Batlle les da una ilusión de seguridad y libertad. Pero solo ilusión, pues este partido es la expresión política más avanzada de la burguesía mundial hoy transformada en imperialista.

Sin embargo, la nación de Artigas ha comenzado a quitarse una piel ideológica que no le corresponde, valiéndose de ideas, conceptos progresistas y tecnológicos, producto del avance de los pueblos.

Así como la conquista del fuego, de la agricultura, la rueda, de la energía atómica y el desarrollo del humanismo se ha realizado, también las nuevas ideas -en el proceso de evolución- pertenecen al acervo de la humanidad.

Corren aires de libertad con base en los pensamientos más desarrollados y granados del hombre. Es el impetuoso adelanto de la ciencia que no solo penetra la naturaleza poniéndola a nuestro servicio -como la radio, televisión, antenas parabólicas, el dominio del espacio extraterrestre-, sino que también desmenuza la reconditez de la conciencia e ilumina el camino de la lucha por la felicidad universal.

La ideología científica -necesaria para la reorganización política- se plasma así en una cultura espiritual *sui generis* que tiene en el interior la influencia española asimilada por el mestizo y conservada por las sucesivas mezclas raciales, integrándola, a la vez que es transformada.

Vivimos e impulsamos el gran salto cualitativo del espontáneo colectivismo primitivo al racional colectivismo científico, eliminando las contradicciones que engendró el secuestro privado de los bienes sociales. El viejo y legendario charrúa renace revestido de ciencia y humanismo consciente.

CUARTO TEMA

LUCHA POR LA TIERRA Y TRANSICION AL COLECTIVISMO CIENTIFICO

Introducción al cuarto tema

Hemos procurado ver las causas de aquellos acontecimientos más relevantes de nuestra historia. Hemos intentado ubicarnos en el espacio y en el tiempo en que esos hechos ocurrieron y cuyo protagonista principal fue el pueblo oriental, como víctima permanente de agresiones externas.

Por lo tanto hemos visto la lucha del colectivismo primitivo charrúa y la incidencia de su conciencia social en nuestra primera sociedad mestiza. Vimos también la imposición de la propiedad privada sobre nuestro único medio de producción, la tierra, como entrando de lleno en un feudalismo a la americana -saltando milenios de historia esclavista-, con sus proyectos de "marquesados" y "baronatos".

Junto a este proyecto de organización social proveniente de la penín-

sula ibérica, tempranamente se introdujo al esclavo negro, en tanto el tercer sistema de la propiedad privada, el régimen capitalista, penetraba avasalladoramente como consecuencia de su imperio en Europa.

Vimos, además, que esos tres procesos espontáneos, surgidos uno del otro con fuerza de ley en Europa, se dieron aquí mezclados, en un lapso muy corto e impuestos en sus peores formas por grupos de aventureros, rapiñeros y explotadores recubiertos con ropajes de "civilizados".

Mientras tanto el pueblo, en permanente movimiento y cambio, guerras y asentamientos "ilegales", contrabandos y cuereadas, actuaba esencialmente en procura de un pedazo de tierra como única forma para estabilizar su existencia.

En el centro de las luchas políticas más importantes en nuestro país estuvo la posesión de la tierra. Lo fue la trágica defensa charrúa de su suelo y su hogar, y lo fue la inconclusa gesta artiguista.

Después de esta presencia popular por sus intereses más esenciales se inició la lucha interoligárquica hasta que, desaparecido el último caudillo, se logró un *modus vivendi* adecuado a los intereses económicos de los dos sectores de la clase dominante.

Sin embargo, Uruguay, como eslabón de la cadena de países dependientes del complejo industrial-financiero imperial, forzadamente sufre las crecientes contradicciones y distorsiones del propio imperio que nos las traslada, exigiendo nuestra histórica oligarquía más sacrificios al pueblo uruguayo. La oligarquía cumple. Y las contradicciones se tensan.

La exigencia de estos sacrificios motivó el período más aberrante, más trágico de nuestra historia: la última dictadura militar. Esta cumplió los fines económicos que el imperio le encomendó, pero al fracasar en su tarea de destruir el espíritu libertario del pueblo uruguayo, fue retirada a los bastidores.

La primera contradicción (imperialismo *versus* pueblos americanos) estaba unida estrechamente a la tercera contradicción (imperialismo *versus* pueblo oriental). Esta última contradicción subsistirá hasta la total liberación de nuestro pueblo.

Hoy al enemigo principal lo denominamos simplemente imperialismo en un sentido universal, pero nosotros le agregamos el gentilicio "norteamericano" porque en el mundo, hasta ahora, aparece como la cabeza del imperialismo.

El imperialismo propiamente dicho se extiende por todo el campo capitalista. Cubre a todos los países donde existe la explotación del hombre por el hombre o al menos donde no se ha iniciado la construcción de una nueva sociedad con independencia del dominio imperial. Imperialismo quiere decir poder, secuestro y uso con fines parasitarios de la riqueza creada por el trabajo de las grandes masas humanas dominadas; también se define hoy como el poder de las multinacionales unidas al capital financiero, con el mismo contenido de todos los imperios anteriores.

Existe objetivamente el imperialismo, por ejemplo, el japonés, inglés, alemán occidental, francés y norteamericano, cada cual con su región y todos en todo el mundo capitalista. Por su potencia económica y militar, el imperialismo norteamericano es el más poderoso ("el carro jefe", como algunos de sus servidores gustan llamar); militarmente es no solo un poder agresivo a los pueblos libres del campo socialista y a los que están en camino del socialismo sino que también es el soldado encargado de impedir que escape algún pueblo del mundo del dominio imperial. Sin embargo, estas cinco potencias económicas tienen sus contradicciones entre sí. Motivaron las dos últimas guerras mundiales. Estas contradicciones en el seno del imperialismo resurgieron en la actualidad. Japón, por ejemplo, invadió los mercados del mundo con sus productos -en especial el propio mercado interno norteamericano- y amenaza hundir las economías de los otros grandes países capitalistas. Pero en esta oportunidad no habrá guerra intercapitalista por la simple razón de que Estados Unidos ha ocupado militarmente a todos esos países, aunque la ocupación tiene otras causas y otros rótulos.

En el supuesto "nuevo mundo", desde muy temprano del siglo pasado el presidente norteamericano J. Monroe indicó el rumbo a la ya entonces poderosa burguesía de su país: *"América para los americanos"*, entendiendo por tales a los norteamericanos. Estados Unidos mantuvo y extendió su hegemonía en América valido de su poderío económico y militar, robando tierras y riquezas de pueblos más débiles y usando el *big stick* (gran estaca o garrote) toda vez que los pueblos de América intentaron liberarse. También Estados Unidos se opuso sistemáticamente a la idea de Simón Bolívar de una América Latina unida, propuesta en el Congreso de Panamá, el 22 de junio de 1826, creando en su lugar una

El imperialismo propiamente dicho se extiende por todo el campo capitalista. Cubre a todos los países donde existe la explotación del hombre por el hombre o al menos donde no se ha iniciado la construcción de una nueva sociedad con independencia del dominio imperial. Imperialismo quiere decir poder, secuestro y uso con fines parasitarios de la riqueza creada por el trabajo de las grandes masas humanas dominadas; también se define hoy como el poder de las multinacionales unidas al capital financiero, con el mismo contenido de todos los imperios anteriores.

Existe objetivamente el imperialismo, por ejemplo, el japonés, inglés, alemán occidental, francés y norteamericano, cada cual con su región y todos en todo el mundo capitalista. Por su potencia económica y militar, el imperialismo norteamericano es el más poderoso ("el carro jefe", como algunos de sus servidores gustan llamar); militarmente es no solo un poder agresivo a los pueblos libres del campo socialista y a los que están en camino del socialismo sino que también es el soldado encargado de impedir que escape algún pueblo del mundo del dominio imperial. Sin embargo, estas cinco potencias económicas tienen sus contradicciones entre sí. Motivaron las dos últimas guerras mundiales. Estas contradicciones en el seno del imperialismo resurgieron en la actualidad. Japón, por ejemplo, invadió los mercados del mundo con sus productos -en especial el propio mercado interno norteamericano- y amenaza hundir las economías de los otros grandes países capitalistas. Pero en esta oportunidad no habrá guerra intercapitalista por la simple razón de que Estados Unidos ha ocupado militarmente a todos esos países, aunque la ocupación tiene otras causas y otros rótulos.

En el supuesto "nuevo mundo", desde muy temprano del siglo pasado el presidente norteamericano J. Monroe indicó el rumbo a la ya entonces poderosa burguesía de su país: *"América para los americanos"*, entendiendo por tales a los norteamericanos. Estados Unidos mantuvo y extendió su hegemonía en América valido de su poderío económico y militar, robando tierras y riquezas de pueblos más débiles y usando el *big stick* (gran estaca o garrote) toda vez que los pueblos de América intentaron liberarse. También Estados Unidos se opuso sistemáticamente a la idea de Simón Bolívar de una América Latina unida, propuesta en el Congreso de Panamá, el 22 de junio de 1826, creando en su lugar una

Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas subordinada al Departamento de Estado norteamericano, de donde saldría después ese organismo de control de América Latina que se llama Organización de Estados Americanos (OEA). Fue el poder económico y militar de la burguesía yanqui, para la conquista y la rapiña, que transformó a los Estados Unidos en estado imperialista. El "área del dólar", como también el "patio trasero" de los Estados Unidos, incluye a toda América Latina y Canadá (hoy se exceptúan a Cuba y Nicaragua, libres). Por tanto, solo en esta época de liberación definitiva de los pueblos del mundo y cuando casi dos mil millones de personas conforman el mundo libre y socialista, es posible al pueblo oriental dar una solución al viejo conflicto con las potencias opresoras.

A continuación veremos algunos aspectos que facilitarían el acceso a la tierra, como la eliminación de la deuda externa y el papel de la conciencia popular en la lucha por su conquista.

Dependencia y deuda externa

Sin embargo, transitar esta última etapa de liberación no es fácil. El pueblo siente sobre sí la dictadura económica de los poderosos. A todos nos duele, lo mismo aquí en nuestro país que en nuestra América o en el mundo capitalista, que los artículos más imprescindibles a la vida cada día son más inalcanzables, suben incesantemente; los salarios y sueldos descienden en su valor real y no conocemos muy bien, no tenemos conciencia clara, del porqué; las tarifas de luz y agua suben de manera exorbitante sin apelación posible. Los impuestos para la mayoría de la población son asfixiantes e intolerables y, aparte de que nuestro gobierno colorado busca permanentemente cómo aumentarlos y crear otros nuevos, penden sobre el pueblo oriental como una constante amenaza de descalabro familiar.

¿Cuál es la causa de esta política del actual gobierno? El gobierno obedece al pie de la letra lo que dice el Fondo Monetario Internacional para cumplir con el pago de los intereses que devenga la cuantiosa deuda

contraída por la oligarquía con los agiotistas extranjeros. Como en la época de Rivera, Flores, Santos, Latorre, Nardone y Pacheco Areco, hoy no titubea en sacrificar al pueblo cuando lo decide el mandante extranjero.

La planificación intervencionista (implantación de la dictadura militar, programa para la elección del actual presidente de la República, el tácito compromiso por la impunidad) del imperialismo norteamericano, y su aplicación con la colaboración de sus secuaces históricos, tenía en su meollo la idea de un retroceso milenario. No contaron con el rechazo popular, la solidaridad internacional de los pueblos y la época en que vivimos de liberación definitiva del yugo de otros hombres. Imbuidos de una falsa base conceptual acerca de la conducta del hombre, confundiendo conciencia con instinto, esperaban doblegar y "reeducar" al torturado. En respuesta, la conducta de este fue altamente revolucionaria y humanista, con muy pocas excepciones.

La causa de la unión de los políticos de la oligarquía colorada y blanca para votar el perdón de los crímenes de la dictadura militar fascista, la intransigencia para cumplir con el "servicio de la deuda externa" -como eufemísticamente se encubre la sangría del trabajo honesto del pueblo-, el deterioro de la economía y la sociedad radica en que el imperialismo norteamericano y la más selecta oligarquía criolla son ya una sola pieza sin fisuras.

No importa que el hambre real, físico, haya penetrado en la mayoría de los hogares, ni tampoco las masas de niños y jóvenes que deambulan sin destino por calles y caminos. No importa el destino de la nación. *"La deuda social contraída por los gobiernos latinoamericanos es, quizás, ya irreparable. En la región hay más de 50 millones de niños menores de 5 años de edad que sufren de extrema pobreza"*, aseguró la doctora Teresa Albanes, directora regional del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). *"Hay que admitir que en la región tenemos ya ejemplos como los de Biafra y Etiopía"*, agregó. Nuestros niños han iniciado ese trágico camino, pues lo que importa a este gobierno colorado es contribuir con 400 millones de dólares al año -dólares que son el sudor y el sacrificio de nuestro pueblo- para que las fábricas norteamericanas de armamentos sigan produciendo elementos de exterminio humano. Para este gobierno antipopular no importa que no haya ninguna posibi-

lidad de frenar la crisis latinoamericana -en la cual nos inscribimos todos- hasta finales de siglo, como lo declaran las autoridades del FMI y del Banco Mundial. Lo que sí importa a la oligarquía uruguaya es alimentar al "carro jefe" de la economía mundial capitalista, en detrimento de nuestros niños y de la salud física y mental del pueblo del mañana.

No es fácil transitar esta etapa de pleno esfuerzo negativo de la mayoría de los políticos históricos de la oligarquía blanca y colorada. Para el prestamista extranjero y para estos políticos venales, más algunos "ideólogos" nuevos agregados de la rosca latifundista-financiera, el deudor es "el país", no fulano de tal, como les encanta individualizar. De esta forma se diluye, se extingue, desaparece el verdadero deudor, aquellos ciudadanos concretos que recibieron abultadas sumas de dólares y compraron lujosas mansiones en Punta del Este o Miami, invirtieron en suntuosidades o simplemente depositaron ese dinero en bancos del exterior para percibir jugosas ganancias; entre otras personas concretas, algunos militares.

No es fácil transitar esta etapa porque ¿quién paga ahora?: el país, nosotros, que somos el 95 por ciento del país.

Es verdad que el imperialismo está enfermo de cáncer incurable,pero todavía vive; y como cualquier ser vivo, se nutre de lo que le es habitual: del trabajo, del sacrificio, de la vida de los pueblos sometidos. Es el "interés" de su dominio. El imperio de hoy en día está representado fundamentalmente por el inmenso capital financiero que domina el mundo capitalista. Como todo capital, necesita de intereses. Sin intereses, sin lucro, comienza a consumir aquello que para él es sagrado: el propio capital, como la reposición actualmente en poderosos bancos norteamericanos, de miles de millones de dólares en previsión de fallas en la succión de nuestros pueblos.

Todos los imperios siempre necesitaron de permanentes conquistas. Sin esta ingestión se consume a sí mismo. Cuando Roma llegó a sus últimas fronteras, detenida por el vigor de los pueblos, comenzó su lenta e inexorable extinción. Es, en última instancia, cuando comienzan a desarrollarse las latentes contradicciones internas.

Hasta hace muy poco tiempo el imperialismo resolvía circunstancialmente sus problemas económicos internos con una guerra de rapiña o una guerra de reajuste entre sus componentes. Sin embargo, a pesar de la

proliferación de guerras locales por él promovidas -y precisamente estas guerras son el producto de viejos antagonismos creados por el imperialismo-, este ha comenzado a nutrirse de sí mismo. En las condiciones actuales no es posible una guerra de conquista de los pueblos libres del mundo contra el campo socialista. Porque no es posible ahora, es que el imperio prepara la llamada "guerra de las galaxias" o un ataque a los pueblos libres, y al mismo tiempo, quedar inmune. Mientras tanto, promueve guerras locales para aceitar su maquinaria guerrerista y lucrar.

En este programa de agresión, el imperialismo invierte cifras verdaderamente galácticas, extraídas de los pueblos sometidos. Gabriel García Márquez dijo en la Reunión de los Seis en Ixtapa, México, refiriéndose a los gastos norteamericanos de preparación para la guerra: *"La UNICEF calculó en 1981 un programa para resolver los problemas esenciales de los quinientos millones de niños más pobres del mundo. Comprendía la asistencia sanitaria de base, la educación elemental, la mejora en las condiciones higiénicas, del abastecimiento de agua potable y de la alimentación. Todo esto parecía un sueño imposible de cien mil millones de dólares. Sin embargo, ese es apenas el costo de cien bombardeos estratégicos B-1B, y de menos de siete mil cohetes Crucero"*, y esto es una parte ínfima del programa armamentista norteamericano.

Esta criminal inversión se debe a que el imperio no puede prolongar su vida debatiéndose en sus propias contradicciones. Advierte que los pueblos sometidos no pueden –y cada día quieren menos– contribuir al cataclismo mundial. A su vez, ya no puede resolver sus problemas comerciales y financieros dentro de las propias fronteras. En el mercado norteamericano dominan Japón y Alemania.

Según datos aportados por la revista *Times*, la mayoría de los grandes rascacielos son propiedad de la burguesía japonesa. Estados Unidos es el mayor deudor del mundo de Japón y Alemania, su moneda se desvaloriza frente al yen y el marco. La revolución tecnológica que se desarrolla, especialmente en estos dos países, enriquece a las burguesías y condena a la desocupación a grandes masas de obreros y empleados.

En nuestro país, el sitial preferencial adjudicado a los reclamos de la banca internacional equivale a 1.000.000 hectáreas anuales de tierras recuperables para el pueblo. Sin embargo, para nosotros el problema no es solo escapar de la deuda externa. También debemos enfrentar el atropello

de la extranjerización de organismos estatales de producción; y seguramente en el futuro, los efectos de una reducción del armamentismo entre las dos superpotencias.

La URSS y los países socialistas ahorrarán grandes sumas de dinero que seguramente se invertirán en su propio desarrollo y en una mayor colaboración con los países del Tercer Mundo. Pero el imperialismo, ¿qué destino dará a esas cantidades enormes de dólares liberados? Sería ingenuo pensar en ciertos beneficios para nuestros países. *"Desconfío* –dijo Fidel Castro en marzo del '88 en una entrevista a una periodista norteamericana– *del oportunismo que pueda tener la administración norteamericana. Que quizás su enfoque sea la paz con las grandes potencias socialistas y de guerra con los países progresistas y socialistas del Tercer Mundo, puede ser. Porque por ahí anda un informe de un grupo de asesores del Pentágono, que están hablando del desarrollo de las armas convencionales, de las guerras de baja intensidad, con el objetivo de promover guerras sucias contra los gobiernos progresistas."*

Independientemente de este incremento de la industria del armamento convencional, también vendrán los efectos negativos del fortalecimiento del sector industrial norteamericano. *"Hay una creciente presión por parte de los diferentes sectores productivos industriales por un cambio en la política sobre la deuda. Particularmente los sectores exportadores se han visto perjudicados por la reducción de las exportaciones a Latinoamérica. Esos grupos presionan para una modificación de la política de la administración Reagan"*, declaró Cameron Duncan, asesor de la Comisión de Banca de la Cámara de Representantes de los EEUU.

El imperialismo programa sus rapiñas por el mundo con mucha antelación. No olvidemos que en 1964 comenzó en Brasil la siembra de dictaduras militares fascistas en el Cono Sur, con su correspondiente política económica. Las actuales "democracias viables", a través de sus dóciles servidores tradicionales, tendrán sin duda su política económica de servicio al imperio con otro rostro.

Cambios en la conciencia popular

En algunas partes de este trabajo hemos tocado el tema de la conciencia

social, aquella que a través del conocimiento de los procesos materiales puede modificar una realidad que nos es adversa.

El pueblo oriental tiene un magnífico historial de lucha por su liberación. Hoy no tenemos un Artigas que reúna las aspiraciones de las clases y sectores sociales más avanzados, pero quizás la ruptura definitiva con un pasado de opresión popular hizo que se desarrolle el oriental que analiza y se define. El mito de la "Suiza de América" va dejando paso a una conciencia activa que influye, encauza y orienta los cambios materiales de la sociedad en consonancia continental.

Las modificaciones en los modos de producción ya no serán impulsos ciegos del desenvolvimiento de las fuerzas productivas, sino consecuencia de elaboraciones claras de una conciencia colectiva con cabal conocimiento de causas y efectos.

Múltiples factores incidieron en la nueva conciencia de nuestro pueblo: el viejo espíritu libertario de origen charrúa, la educación artiguista arrancada por el pueblo a la oligarquía, el voto secreto y universal, las luchas sindicales, y por último, la dirección obrera que ha ido esclareciendo y organizando paciente y constantemente el camino para la liberación nacional.

Esta clase obrera que ahora aglutina en torno a sí lo más avanzado de la sociedad uruguaya, es el fruto de la síntesis entre los trabajadores de ultramar con el pueblo expulsado de los campos, que tuvieron como lugar de encuentro el sur del país.

En la actualidad es necesario superarnos y actuar de manera consciente sobre el mundo que nos rodea. El cerebro del hombre domina cada vez más las leyes de la naturaleza y la sociedad, la vida y al hombre mismo como máxima expresión de este armonioso regazo maternal que llamamos Tierra. Puede influir decisivamente en los acontecimientos sociales y sobre sí mismo con conocimiento de sus causas y efectos. La masa social ya no es, como antes, un ser no pensante. La suma y síntesis de cientos de miles de cerebros conforman una conciencia colectiva cualitativamente superior, dentro de nuestra praxis histórica de la lucha por el más importante medio de producción: la tierra. El pueblo puede y debe actuar conscientemente en la búsqueda de sus objetivos más caros, y con pasos firmes conquistar su total liberación.

Especialmente nosotros debemos hacerlo, pues compendiamos toda la

historia humana en apenas tres siglos y sufrimos históricamente toda clase de distorsiones, traumas e influencias negativas para el asentamiento de sanas bases materiales en nuestra organización social.

En los últimos años se ha procesado un acelerado desarrollo de la conciencia social popular oriunda de las primeras fusiones camperas con las últimas oleadas de inmigrantes europeos. La fuerza de las raíces de la orientalidad está homogeneizando una nueva conciencia popular a impulsos de urgentes necesidades concretas, de grandes movimientos latinoamericanos de liberación y de un reordenamiento mundial para una vida más humana y armónica.

En el pasado, la oligarquía con su poder económico impuso la conciencia política, jurídica, moral, etcétera. Entre otras formas de dominio también impuso el voto, a su manera. Cada sector oligárquico hizo valer su poder porque detrás de este estaba una masa popular con una relativa afinidad histórica, pero nunca intereses económicos comunes. Así como el primitivo propietario de campo se fue distanciando del gaucho sin propiedad -pero continuando unidos por la cultura espiritual gauchesca-, también el primitivo comerciante capitalino, que importó personas con una cultura espiritual afín a la suya –independientemente de la demagogia del anti-gaucho Frutos Rivera-, fue dejando atrás a la masa que no "hizo" la América.

Estos dos sectores de la clase dominante y los dos sectores populares se fueron lentamente estructurando en grupos cada vez más antagónicos, pues los intereses materiales e históricos de los ricos no coinciden con los intereses materiales e históricos del pueblo. Tampoco hoy, por supuesto, coinciden el mundo espiritual de la fastuosidad, del derroche, del lujo hiriente, de la cultura cosmopolita, con el mundo espiritual del pueblo que transporta los valores humanos específicos de nuestra tierra para enriquecer el acervo universal.

En la esfera de la conciencia social, la oligarquía vacuna se va alejando, hasta la ruptura, de la masa de la cual es oriunda. El viejo comerciante y agiotista capitalino, hoy asociado muy menor de las finanzas internacionales (aquellas "fortunas internacionales", según palabras de Fructuoso Rivera), rechaza al inmigrante europeo que se transformó en obrero con su ideología todavía insegura.

Los sectores dominantes del campo y la ciudad hoy aparecen, cons-

cientemente, cada vez más unidos. Los dos sectores populares, representantes de dos culturas no antagónicas, se sintetizan espontáneamente. Por esto, otra de las formas en que se expresa el "rezagamiento" de la conciencia popular es en el tradicional voto colorado o blanco.

El voto en nuestro país ha sido el piso en que se asienta la supuesta voluntad popular. Cuando en Uruguay votaba apenas el cinco por ciento de la población, según nuestra primera Constitución, se eligió en Montevideo a un intendente (o su equivalente en aquella época) sobre una población de 20.000 habitantes con sólo 89 votos. Para la ley y para el minúsculo grupo oligárquico colorado y blanco esa era la base social que respaldaba las resoluciones del intendente de entonces. Poco a poco, a través de luchas políticas y guerras, la oligarquía blanca y colorada -según sus necesidades y las condiciones del momento- fue cediendo el voto a otros sectores de la población. Por supuesto, nunca renunció a toda clase de triquiñuelas y trampas el día de la elección. El voto universal también lo dio en su momento oportuno, en los últimos años de la década del '30, con la participación femenina y para la elección de Alfredo Baldomir.

La elección de los dirigentes es tan vieja como el mismo hombre. En nuestro país siempre fueron controladas y dirigidas desde arriba por el sector oligárquico de turno. La oligarquía blanca y colorada se lleva la mayoría de los votos populares el día de las elecciones.

Cada cinco años el pueblo va a las urnas y deposita esperanzado su voto, espontánea o emocionalmente, con la intención y el deseo de cambiar una realidad que le es negativa. Pero seguidamente no solamente se ve defraudado en sus aspiraciones sino que la vida concreta, real, demuestra una permanente involución en la satisfacción de las necesidades más elementales.

La interrelación espiritual entre la oligarquía y la masa popular, que existió en el pasado, está rezagada en la conciencia popular. Todavía perdura en la cabeza de los pobres del interior. Pero el injerto, extraño a la esencia popular, es rechazado y se desprende, pues ya comenzó con poderoso ímpulso en el sur del país y en los centros donde se adensa la clase obrera. Lo llevadero de la situación material en cuanto afluían a nuestro país las migajas de migajas de las conquistas imperiales por el mundo, acabó para siempre.

El mundo espiritual del pueblo oriental todavía carga el lastre de la

conciencia de la clase que nos explota. De aquí, para algunos el voto emocional, para otros, el voto espontáneo, como viejas reminiscencias espirituales de una realidad concreta del pasado. La autoconciencia o el conocimiento popular de estas dos formas del voto transformará el contenido del voto en su contrario: voto para el pueblo, no para la oligarquia.

El voto espontáneo o emocional no es correcto para los fines perseguidos. El voto emocional dependerá de la causa de la emoción, pues esta puede tener su origen en un falso ideal o ante la presencia de símbolos de la oligarquía. El voto espontáneo está enraizado en aquella interrelación espiritual ya muerta, pues hoy los campos son del gran hacendado y su sociabilidad es con la clase dominante.

La movilización consciente del pueblo debe conducir al voto racional, no espontáneo o emocional. Por supuesto, de cualquiera de las dos maneras en que actuemos, espontánea y emocional o racionalmente, siempre es la compleja conciencia la que impulsa. Pero una cosa es la espontaneidad o emocionalidad de la conciencia, que nos conduce a la pasividad, y otra cosa es la racionalidad de la conciencia, que nos conduce a actuar progresiva y activamente sobre las cosas. No es lo mismo la movilización consciente para la conquista de un objetivo, que esperar pasivamente a que el objetivo venga a nosotros.

El voto racional es producto de la actividad analítica, más acorde con el alto nivel político alcanzado por la mayoría de las personas de nuestro pueblo. El voto espontáneo y emocional -si bien tiene sus remotas causas- nos viene impuesto por una conciencia de clase, por pocas personas que hasta ahora han pensado y analizado por la mayoría que conformamos este país. El voto de la masa blanca y colorada es emocional y espontáneo porque actualmente se enmarca en un conjunto de ideas y conceptos que nutren la conciencia de la oligarquía dominante y ya no corresponden a los intereses materiales y espirituales del devenir histórico popular.

La oligarquía colorada y blanca actúa racionalmente porque tiene autoconciencia de los intereses de su clase social; un ejemplo de ello es la ley de impunidad. Es un racionalismo no progresista para el pueblo porque mantiene vallas al desarrollo de la democracia; es un racionalismo conservador para sí, como clase dirigente.

La masa blanca y colorada -luego de cada elección- ha quedado con la

ilusión del puestito tradicional en el aparato administrativo. La vieja aspiración del hombre común de "entrar en el presupuesto" -gancho de la oligarquía para pescar votos- ya no existe. Nunca sirvió esa política al desarrollo del aparato productivo. Las mejores tradiciones del artiguismo referentes al trabajo y desarrollo en el campo, siempre fueron rechazadas por la histórica oligarquía colorada y blanca.

Los movimientos de lucha por la tierra

En su mayoría, el pueblo oriental es originario de aquella corriente humana expulsada de los campos y portadora de su cultura espiritual. Su sicología e inclinaciones al quehacer diario son un producto de esas tradiciones camperas. En su idiosincrasia está ausente la cultura agrícola pues, a la inversa de otros pueblos que siembran hasta en un miniapartamento, en nuestro país existen cientos de miles de pequeños terrenos desaprovechados. Este detalle no es producto de la pereza sino de su conformación histórica sico-física.

Al hombre del pueblo, especialmente el de los sectores más pobres, le atrae el campo. En ciudades y pueblos del interior prefiere la changa en una estancia a otra en una chacra. Prefiere las labores camperas a trabajar como peón de albañil. Prefiere arrear ganado, alambrar, bañar animales y recrear la vista en la verde pradera, a la estrechez del cuartel como milico. Se siente más cómodo en un galpón de estancia que en un rancho de lata en la ciudad. Prefiere el trabajo ancestral que conformó su sicología, a la variedad de oficios que está forzado a realizar en su diaria aventura. Sin embargo, este pueblo que ve de lejos las inmensas praderas vacías, cada día adensa más los barrios de miseria. Centenares de niños recorren las calles de todas las ciudades recogiendo desperdicios, sin abrigo y sin escuela, en camino de la degeneración física y síquica. Se multiplican los robos, los asaltos a mano armada, la inseguridad, la prostitución, la homosexualidad y el consumo de drogas.

Las changas en la construcción escasean y sus salarios son para pasar hambre; los cuarteles están supersaturados, incluso con técnicos salidos

de UTU, como mecánicos, carpinteros, electricistas, herreros y hasta estudiantes con secundaria completa, que no encuentran el trabajo para el cual se han preparado. Los tradicionales entes autónomos están extranjerizándose o "modernizándose" y ya no absorben mano de obra. Por las fronteras penetra el contrabando que nutre a la "economía sumergida", quitándole espacio al comercio tradicional. La emigración hacia las grandes capitales vecinas -lo cual permitió en el pasado una mediocre estabilidad interna- ha disminuido considerablemente a causa del carácter regional de la crisis.

Estas masas marginadas nada pueden esperar de las ciudades sin desarrollo industrial, de una oligarquía insensible a los problemas populares y de un Estado que en lo esencial sólo tutela intereses extranjeros. Estas masas comienzan a mirar cada vez con más insistencia estos campos desolados cuna y centro de su larga lucha histórica.

Incorporar las organizaciones de aspirantes a colonos que luchan por la recuperación de los campos es tan importante como la lucha por el no-pago de la deuda externa por la nacionalización de la banca, por la lucha salarial, etc. Fortalecer las diversas organizaciones que luchan por salarios justos en el campo y ciudades del interior y *"crear un gran frente social y político en torno al problema de la tierra"*, como se plantea uno de los movimientos por la tierra, apunta a una alternativa política-económica de carácter nacional.

La mejor reforma agraria es ley

La ciencia social nos indica que la primera contradicción que el hombre tuvo en su historia fue con la naturaleza. Esta primera contradicción se oculta, no se extingue, en el largo proceso del desarrollo del ser humano, para dar preminencia a otras contradicciones en el seno de la sociedad. En la actualidad, la primera contradicción que tenemos los uruguayos es con el imperialismo norteamericano que impide nuestro desarrollo como sociedad que pugna por avanzar. Para solucionar esta contradicción -que la arrastamos desde la derrota de Artigas-, hoy tenemos el auxilio de la

ciencia social. Sin embargo, esto no quiere decir que la contradicción con la naturaleza haya desaparecido. Está ahí, representada por esa inmensidad de tierra impenetrada, virgen del arado, y por nosotros, el hombre oriental. Es nuestra particular y vital "noosfera" que tenemos que ponerla al servicio del pueblo, como esencial al desarrollo social consciente. Pero, así como a nivel mundial no se podrá poner el pleno esfuerzo y creatividad humanos en la nueva contradicción con el macro y micromundo -la misma naturaleza con otras formas- sin antes resolver en beneficio de la especie la amenaza a la vida que representa el imperialismo, tampoco podremos cultivar nuestros campos sin antes resolver la contradicción popular con el imperialismo norteamericano y la oligarquía colorada y blanca.

Levantar las banderas reivindicativas de la tierra es esencial para la lucha popular. Pero esta reivindicación tiene sus particularidades en la época actual y su especificidad en cada lugar del país.

Existen varias propuestas de reformas agrarias. Puede decirse que cada partido o movimiento político tiene una. Por paradoja, una de las mejores propuestas de reforma agraria existentes es la ley Nº11.029 de enero de 1948. ¡Es ley! Aprobada con los votos de los legisladores blancos y colorados nunca se puso en práctica ni en una mínima parte, pues el latifundio improductivo es intocable para la oligarquía colorada y blanca.

Cuando esta ley fue aprobada eran los años en que la clase dirigente uruguaya tenía su cuota parte del festín con los 50 millones de cadáveres de la última guerra mundial. Hizo esa excelente ley para reformar la estructura de la tenencia de la tierra, aumentar la producción de carnes y lanas, imaginando una mayor participación en el macabro botín de una tercera guerra mundial. Creó el Instituto de Colonización como organismo para ensanchar y profundizar la producción básica de nuestro país.

En los 40 años transcurridos, los gobiernos colorados y blancos tuvieron la oportunidad para impulsar su propia ley. Sin embargo, los gobiernos de la oligarquía entraron por el camino de la desesperación ante el clamor mundial por la paz y por cambiar el carácter de una guerra mundial de exterminio lento por la casi instantánea muerte del planeta. Olvidaron la ley porque los ejércitos europeos ya no pelean entre sí ni mandan sus fuerzas armadas al nuevo mundo descolonizado.

Olvidaron la ley 11.029 porque el gendarme armado del imperialismo,

el ejército norteamericano, ya no puede retozar impunemente sobre el espíritu vietnamita esparcido por los pueblos del mundo. Olvidaron la ley 11.029 porque ya no cumpliría los fines perseguidos por la oligarquía uruguaya. En cambio continuaron su tradicional entrega, pero ahora de una manera absoluta: los bancos extranjeros son propietarios de una tercera parte de nuestras tierras y controlan la producción de las restantes, superando al propio Lucas J. Obes en materia de ventas tramposas y negociados con la soberanía nacional.

Pero, si alguna reforma agraria impulsara la oligarquía "vacuna" del Partido Nacional, no sería otra cosa que un intento de consolidación de ese sector dirigente a través de una nueva repartija de la tierra, propiciando, además, *"la concentración de la vivienda en núcleos poblados, ya existentes o a crearse, como solución socialmente más aconsejable que la que impone la radicación en el propio establecimiento"* (propuesta de W. Ferreira en *"Nuestro compromiso con usted"*), lo cual no sería otra cosa que remodelar los viejos rancheríos.

En esta ley olvidada por la oligarquía están todas las formas posibles de explotación agropecuaria. Pero en la época actual, caracterizada por el tránsito de un modo de producción inferior hacia otro superior y coincidente con la imparable caída histórica del imperialismo y sus secuaces, es imprescindible aplicar la ley 11.029 en sus aspectos más populares y progresistas, que los tiene.

Hoy no podría hacerse la redistribución de los campos exclusivamente de manera individual como en la época de Artigas. Pero con su mismo espíritu, su misma escala de valores humanos -*"los más infelices serán los más privilegiados"*-, es posible inyectar a los campos orientales la energía del nuevo hombre oriental, para que complete la obra de nuestro héroe máximo, frustrada transitoriamente. Se impone, pues, la necesidad de una explotación agropecuaria moderna y científica, pero con el viejo espíritu del colectivismo primitivo charrúa, ahora consciente. Se impone, hoy, el reclamo inmediato de una porción de esta tierra improductiva para el trabajo colectivo, según el régimen c) del artículo 7 de la ley 11.029.

Se probó la eficiencia del trabajo colectivo con la experiencia realizada en Soriano, en la Unidad Cooperativa N.1 de Cololó, creada por Epimenio Bachini. Los centros agroindustriales llamados *kibutz* en Israel, trabajados en régimen colectivo (como lo establece nuestra ley), creados

37 años antes del nacimiento del Estado, fue la firme base que posibilitó la absorción de cientos de miles de inmigrantes judíos y luego la consolidación del Estado independiente. Los primeros judíos de los *kibutz* no eran agricultores sino jóvenes cultos imbuidos de un racionalismo progresista, como muchos de nuestros desocupados.

Esta experiencia en un país eminentemente capitalista como Israel, indica la posibilidad para nosotros de invertir el fenómeno emigratorio del campo a la ciudad en la búsqueda de trabajo. Cualquier punto de nuestro país está a muy corta distancia de los centros poblados o de las ciudades, distancia que se acorta permanentemente con los modernos medios de transporte y comunicaciones, eliminando el antiguo aislamiento del hombre de campo.

La conquista de estas tierras que en su historia no conocieron el arado, exige la participación activa y consciente del pueblo, especialmente de la juventud, para transitar en paz por la turbulenta época actual. La ley 11.029 es una bandera de todos los movimientos de lucha por la tierra. Debe, necesariamente, coincidir con la lucha de la clase obrera, en un encuentro de propósitos populares.

La masa trabajadora del campo no está precisamente donde debiera estar. Está, preferentemente, en las lindes de las ciudades y los pueblos. Y allí, en los comités de lucha por la tierra es donde se la debe reunir y organizar para las tareas reivindicativas específicas. Es en esos comités de base donde la conciencia de la alternativa económica dará más fuerza al movimiento de lucha por la tierra.

Fuente de trabajo creativo y permanente

La ley de enero de 1948, aplicada correctamente, es la vía adecuada y digna para que los jóvenes rompan con el secular atraso. El hábitat de las vacas, ovejas y caballos es más del 80% del territorio nacional. Tenemos millones de hectáreas de tierras ociosas y los "brazos útiles", como los llamaba Artigas, languidecen de hambre en las ciudades y pueblos sin

exigir lo que por derecho natural les corresponde. Hay alrededor de seis hectáreas, cuatro vacunos y ocho ovinos para cada habitante del país. Pero en las ciudades y pueblos están los antiguos como los nuevos expulsados por los bancos extranjeros.

La ley 11.029 autoriza al Instituto de Colonización -con la aprobación del Poder Ejecutivo- a expropiar latifundios improductivos para beneficio social. La instalación de centros rurales de producción, en forma colectiva, puede dar una nueva fisonomía social al país. Apenas un pequeño porcentaje de su extensión improductiva sería suficiente no solo para la instalación de millares de familias sino además para ampliar con más tierras las necesidades del miniproductor como el tambero, quintero y chacrero, en los cinturones de pueblos y ciudades.

También es justa la lucha por la consolidación del pequeño y mediano productor rural. Más tierras, semillas, fertilizantes, maquinaria adecuada, ayuda en el mejoramiento zootécnico, como también el apoyo político honesto para descargarlo de su pesada carga tributaria. El tránsito al colectivismo científico -precisamente por ser una etapa superior en la producción de bienes materiales- es gradual y no prescinde del aporte de la propiedad individual.

La instalación de entes rurales explotados colectivamente, no se contrapone con la propiedad privada del pequeño y mediano productor rural; tampoco con el gran estanciero cuyo establecimiento es socialmente útil. En estos momentos más bien se complementan, debido a la profunda crisis que a todos daña y a la creciente succión del imperialismo norteamericano de los frutos del trabajo del pueblo oriental. Así como en nuestra primera formación económico-social pueblo y propietarios de tierras se necesitaron mutuamente para defenderse de los poderosos de entonces, hoy también se hace necesario el apoyo mutuo para la defensa del patrimonio nacional e individual, y para transitar seguros por esta etapa de turbulencias creadas por el enemigo común, el imperialismo norteamericano. Así como aquellos primeros pequeños y medianos estancieros comprendieron la necesidad de una alianza tácita con los primitivos gauchos, a los pequeños y medianos productores no les queda hoy otra vía que la confianza patriótica en las fuerzas populares para asegurar el usufructo y progreso de sus propiedades. El pequeño y mediano productor sabe -por su experiencia y cultura- que no puede

enfrentarse aislado al poderoso latifundista vecino, a la rosca financiera criolla unida a los bancos extranjeros y a la expresión política de sus enemigos, la oligarquía blanca y colorada entreguista.

El ideal perseguido es la creación de entes rurales para el trabajo colectivo, pero ningún Poder Ejecutivo de la oligarquía colorada o blanca autorizará al Instituto de Colonización a expropiar tierras del gran latifundio para beneficio popular, ni siquiera una tibia reforma agraria en beneficio del pequeño y mediano estanciero, pues tendría que enfrentarse a la banca extranjera. Unicamente la masa sin trabajo junto a la clase obrera -con fervor patriótico, con odio activo contra la injusticia social-, unida en los comités de lucha por la tierra, podrá forzar un cambio radical en el proyecto de país aun más servil y miserable que está imponiendo el imperialismo y sus secuaces criollos. La gran producción agropecuaria, según su adecuación a los diferentes tipos de tierra, para transformar al país en una gigantesca fábrica de proteínas y sus derivados exige crear centros rurales de producción con base en el artículo 7 de la ley 11.029, régimen c): *"Colectiva, cuando los colonos realicen los trabajos y se distribuyan los beneficios en común, sea en conducción unida o separada"*, y garantiza salirle al paso a conmociones sociales cada vez más cercanas. La formación en el país de colectividades con familias necesitadas y con antecedentes de laboriosidad, en un solo núcleo de producción, en la extensión de campo que la misma ley prevé, generará riqueza y bienestar social. Son posibilidades reales y banderas irrenunciables de los movimientos de lucha por la tierra, allí donde se adensa el ex poblador de los campos.

En una estancia-granja, la producción colectiva debe ser variada y diversificada, no solo para atender las necesidades internas del propio establecimiento sino para la formación de un excedente que permita cumplir a breve plazo su finalidad social. Se impone la planificación para una explotación semi-intensiva de vacas, de ovejas, de cerdos y gallinas, además de otras líneas de producción dictadas por la calidad de la tierra. La improvisación aventurera debe desterrarse como concepto azaroso impropio del consciente movimiento popular de lucha por la tierra.

Los entes rurales aseguran altísima productividad a causa de una superior organización que se logra con el trabajo colectivo, de la utilización de la nueva tecnología que ya está al alcance de todos los pueblos

libres y de una elevada autoconciencia que se va adquiriendo en el curso de la lucha por el objetivo.En consecuencia, el nivel de vida material y espiritual se eleva rápidamente, asegurando la vigencia de una auténtica libertad.

Los entes rurales poblados con familias para el trabajo colectivo ofrecerán a sus integrantes todos los servicios indispensables a partir de lo más urgente, como lo exige la actual imparable crisis; esto es, trabajo, alimento y vivienda. Se establecerá la asistencia médica, dentaria, escuelas, bibliotecas, clubes para niños, recreación y todo aquello que expresamente lo dicta la ley 11.029 en el artículo 48. La ley 11.029 también prevé la instalación de servicios de reproductores, viveros, silos, parque forestal, plantas industriales, etc.

Es indudable que, a partir de la agricultura forrajera y tal vez la importación de tecnología para el aprovechamiento de residuos hortigranjeros, se abren inmensas posibilidades para la cría semi-intensiva de vacunos, ovinos, suinos y aves. De la media de 0,80 unidades bovinas que tuvimos en nuestros mejores momentos, pasaríamos a 1, 2 y 3 en brevísimo lapso, en colaboración armónica para propósitos sociales con el productor mediano y pequeño.

Nueva Zelandia -país que los especialistas gustan poner de ejemplo-, con menos tierras que Uruguay, alimenta tres vacas en una hectárea de tierra; en nuestro país se necesitan dos hectáreas para la comida de una vaca. Nuestro país, con un *stock* bovino similar o levemente superior al de Nueva Zelandia, produce un porcentaje bajísimo de leche y derivados con relación a la producción neozelandesa. En Uruguay -como media- se necesitan de tres a cuatro años para la preparación de un novillo gordo; en los países desarrollados ese tiempo se reduce a menos de la mitad, como en Inglaterra, donde es común la cría de terneros enteros y su sacrificio con 420 quilos, en un tiempo de 14 a 18 meses. En Nueva Zelandia existe un *stock* ovino de 70 o más millones de cabezas con una producción media de casi 5 quilos de lana por oveja, de excelente calidad. Nosotros, con más campos y quizás con más pasturas específicas, no hemos podido estabilizarnos en los 23 millones, ni alcanzar ese rendimiento medio en la producción de lana.

Es evidente que aplicar la ley en sus aspectos más avanzados resulta mucho más barato, y de rendimiento económico y social más rápido, que

una redistribución de cualquier otra forma que la misma ley establezca.

La injusta tenencia de la tierra, fenómeno que se arrastra desde el fin del período artiguista, determinó la inserción de Uruguay en el mundo de los subdesarrollados y, en consecuencia, la dependencia del país del mercado internacional monopólico de carnes y lanas. Es inconcebible que, mientras Holanda e Israel -un país quitándole tierras al mar y el otro al desierto- desarrollen industrias lecheras y hortigranjeras de gran magnitud, ocupando líneas destacadísimas en sus rubros de exportación, Uruguay, con extensísimas y magníficas tierras, con infinitos ríos y arroyos, irrigado pródigamente por la naturaleza, con fertilizantes al alcance de la mano en la porción de mar que corresponde a su soberanía, sea un país mendigo de los centros de poder como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otros organismos financieros del imperialismo.

Se terminó de imprimir en
el mes de julio de 1989 en
Imprenta Unión.
Montevideo–Uruguay.

Comisión del papel. Edición
al amparo del art. 79 de la
ley 13349. D. Legal 235610.

El rechazo popular durante cinco siglos a la penetración del individualismo europeo y el actual proceso de extinción de la base material que lo sustenta, incide en la creciente autoconciencia liberadora del remozado ser social americano. El pueblo uruguayo, supuestamente europeo en tierras de América, no es ajeno a este proceso. La lucha popular oriental –especialmente por liberarse de las tutelas ideológicas y espirituales introducidas por la oligarquía dominante– lo americaniza cada día más y lo aleja de un mundo agónico, aunque aún poderoso y opresor.

J. A. Hunter, nacido en Rivera en julio de 1924, vivió toda su vida en las lomas cordilleranas y en las llanuras de América. Obrero entre criollos, mestizos, mulatos, negros, cholos e indígenas, fue nutriendo su cultura en la lucha por su jornal. A veces como actor y otras como espectador del proceso liberador de nuestra América, le posibilitó una visión global y particular de este. Durante su última prisión, en el penal de Libertad de Uruguay, pudo recopilar algunos de los datos perdidos tras su detención, que contribuyeron a la redacción del presente trabajo.

editorial
tae